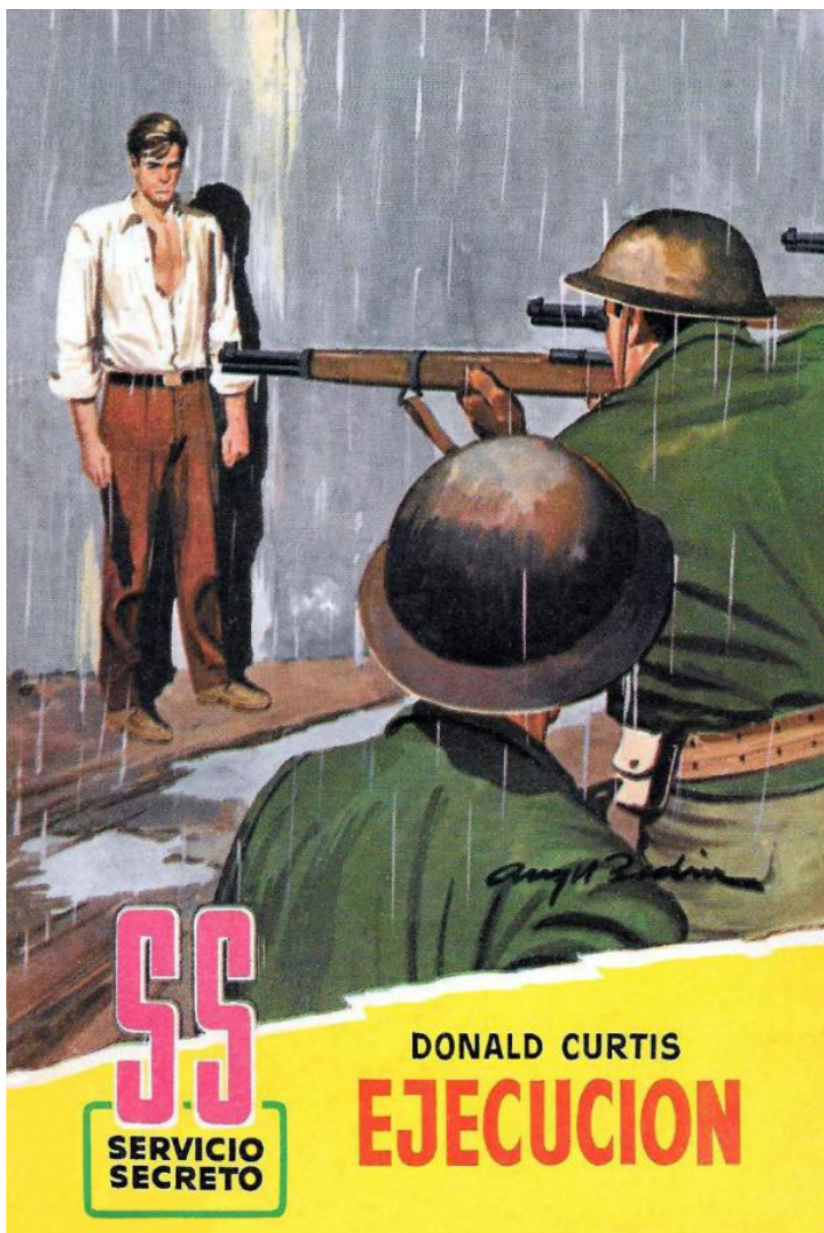




SS

SERVICIO
SECRETO

DONALD CURTIS
EJECUCION

DONALD CURTIS

EJECUCION

1.^a EDICIÓN
MAYO-1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B 3555-1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS-1960

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960**

N. R. 701/80

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

562. — Matar es mi destino. 579. — Hijo de la venganza. 626. — Destinos de violencia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

498. — Niebla. 500. — La vorágine. 506. — Morir es complicado.

En Colección BUFALO:

295. — Trampas. 322. — Sudoeste. 330. — Pasó un forastero.

En Colección PANTERA:

8. — La carga de Llano Rojo. 35. — Rancho Perdición. 43. — Destino: muerte.

En Colección TEXAS:

176. — Es mi venganza. 192. — La muerte llegó con él. 205. — El revólver es mi ley.

En Colección CALIFORNIA:

166. — Cobardes. 181. — El «Colt» dicta sentencia. 188. — El odio tiene raíces.

En Colección COLORADO:

22. — La herencia de Caín. 47. — La dama de Santa Fe. 128. — Buitres sobre Tejas.

En Colección KANSAS:

7. — Doctor «Colt».

En Colección ASES DEL OESTE:

11. — Violencia en el Cimarrón.



CAPÍTULO PRIMERO

EL TRAIADOR

—Dennis Howard...

—Muerto.

—Fred Clarence...

—Muerto.

—Hamilton Banbury...

—Muy grave. Sin esperanzas.

—Stephen Broddell.

—Muerto.

—Nelson Matthews.

—Grave. Mutilación de una pierna. Pérdida de un ojo.

—David Coleman.

—Muerto.

—... Y Peter Steel.

—Heridas leves. Dado de alta en una semana.

—Eso es todo. Gracias, coronel Graves.

Se hizo el silencio en la sala. El coronel Graves, después de dar los informes pedidos, tomó asiento. Se percibió el roce de los papeles, al ser doblados y depositados por el fiscal sobre una mesa.

—Señores —se volvió a la mesa larga, situada ante el ventanal. Cinco rostros le contemplaron. Cinco caras herméticas e inexpresivas, sobre los uniformes cubiertos de entorchados e insignias jerárquicas—. Acabamos de dar lectura someramente al informe sobre las siete víctimas del suceso más lamentable de estos últimos tiempos, en lo que afecta a nuestro país y a nuestro Servicio de Inteligencia. Ustedes mismos han podido comprobar, sin gran esfuerzo, su resultado total; cuatro muertos. Dos heridos muy graves. Uno de ellos, Hamilton Banbury, dejará posiblemente de

serlo esta misma madrugada. Noticias recibidas últimamente del hospital, indican que ha entrado en período agónico, y los médicos han desistido de todo esfuerzo por salvarle. Nos queda, pues, un herido grave, desdichadamente privado de un ojo, y de una pierna: Nelson Matthews. Y un herido que ya pasea, se vale por sí mismo y nunca pasó peligro alguno, a causa de sus levísimas heridas.

El fiscal hizo una pausa. Su dedo, dramáticamente, señaló al hombre sentado en una de las butacas de la reducida sala.

—¡Y ese hombre es Peter Steel, el acusado de alta traición ante esta Suprema Corte Militar! —concluyó vibrante.

Siguió otro silencio. Los presentes sabían ya eso. Pero no dejaba de causar su efecto la forma de presentar el caso del hábil fiscal militar del Gobierno de Su Majestad.

—Hemos asistido al desfile de pruebas acusatorias, de testimonios más o menos vagos contra el agente del *Intelligence Service*, Peter Steel, presentándole como indiscutible causante de la tragedia —prosiguió, tras la pausa destinada a que la idea se grabase fuertemente en la memoria de los miembros del tribunal—. Pero ahora entramos en un segundo y decisivo período de esta causa, tristemente justificada.

—El señor acusador deberá guardarse para sí sus comentarios y no contribuir a crear un clima adverso a mi defendido, cuya culpabilidad dista mucho de haberse demostrado —cortó, incisivo, el abogado de Peter Steel.

—La defensa tiene razón —advirtió el presidente con suavidad—. El señor acusador habrá de limitarse a presentar hechos y testimonios, sin aportar juicios propios ni opiniones personales.

—Sí, señor. Pido perdón —se excusó el fiscal, con una sonrisa serena. Se volvió, y habló con voz alta—: Solicito la presencia de mi primer testigo de cargo.

—Si la defensa no tiene nada que oponer a esa presentación.

—Nada, señores —dijo el abogado—. El señor fiscal puede iniciar su tarea.

—Gracias —su inclinación cortés no dejó de ser burlona—. Con la venia, cito a... ¡Edmond Forbes!

Hubo un revuelo en la sala. Evidentemente, nadie esperaba a aquel testigo. Y, menos que nadie, el acusado. Peter Steel alzó su cabeza, de abundante cabello ondulado y oscuro. Clavó sus ojos

penetrantes y fríos en la puerta de la sala. Pisando con fuerza sobre las baldosas negras y grises, avanzó un hombre. Alto, atlético, de cabellos canosos y expresión sombría. Unas gafas de cristales color caramelo, brillaban ante sus ojos menudos y perspicaces. Vestía uniforme militar de gala. Con el grado de teniente.

—Por favor, teniente Edmond Forbes —pidió el fiscal, una vez le indicó su asiento y le tomaron juramento—. ¿Quiere decirnos quién es usted, exactamente?

—Soy funcionario del *Intelligence Service*. Y ayudante especial del agente Peter Steel, en un caso concreto.

—¿Qué caso, por favor?

El interrogado vaciló, evidentemente inseguro sobre esa respuesta.

—Conteste al fiscal, teniente Forbes —le señaló el presidente—. Cuánto aquí se declare, no trascenderá al público. Es un Consejo de Guerra, no una audiencia pública.

—Sí, señor —el teniente tragó saliva, miró al fiscal y habló lentamente—: Le ayudaba concretamente en la llamada «Operación Crisálida».

—¿Quiere explicar al tribunal, por favor, en qué consistía esa operación?

—¿Es absolutamente necesario hacerlo?

—Absolutamente necesario, teniente Forbes.

—Bien... —Inclinó la cabeza, evitando mirar a Steel—. En cierta colonia británica, cuyo nombre no hace al caso mencionar en este proceso, se ha descubierto recientemente la presencia de un movimiento político muy serio. No es nacionalista ni de cariz comunista, como podíamos suponer en principio. Y como se imaginó. Ha habido luchas sangrientas, sabotajes y acciones terroristas que parecían señalar la presencia de un exacerbado nacionalismo o de unos agentes pagados por un determinado país que para nadie es un secreto. Pero unos y otros se han declarado totalmente ajenos a tales sucesos, y se ha dado el caso de que existieron víctimas de una y otra tendencia, que abonaron la sorprendente teoría actual. Esa teoría es la que existe una tercera fuerza oculta que mueve todo eso desde la sombra. Es un completo enigma su intención y modo de operar. Pero tenemos pruebas de que sus resultados son estremecedores.

—¿Puede poner algún ejemplo que ilustre la cuestión, sin entrar en revelaciones indiscretas, teniente? —pidió el fiscal—. ¿Por qué es tan grave ese peligro?

—Señores, ustedes saben en el programa de armamento en que estamos metidos actualmente. En él figuran en lugar destacado los proyectiles dirigidos de fabricación británica. Uno de ellos, especialmente eficaz y poderoso, es un alto secreto nacional. Se han enviado piezas experimentales a ese territorio británico.

—¿Y...?

—Todos ustedes están enterados de lo sucedido después —suspiró el teniente Forbes—. Los proyectiles han volado en mil pedazos, dentro de su almacén secreto, al que solamente unos pocos privilegiados tenían acceso y podían conocer exactamente.

—Y en esa explosión, los agentes secretos británicos nombrados antes, hallaron la muerte o unas lesiones mucho peores que la misma muerte... a excepción del agente Peter Steel, ¿no es eso?

—Sí, señor.

—¡Protesto! —saltó la defensa bruscamente—. El interrogatorio todo, es premeditadamente cáustico y malintencionado. Nada de eso es prueba de culpabilidad para el agente Steel, y...

—Con la venia, suplico se suprima del sumario la última parte del interrogatorio, ya que molesta a la defensa, y seguiremos por otros cauces —sonrió, sagaz, el fiscal.

—Concedido —se avino el tribunal—. Prosiga la acusación.

El defensor, sudoroso, se sentó junto a Peter Steel, que le sonrió débilmente.

—No se esfuerce, capitán Burke —dijo entre dientes—. Demostrarán que soy culpable. No sé cómo, pero lo demostrarán, ya lo verá.

—Si usted pierde la fe, todo estará perdido —observó secamente el defensor.

—Lo está, por mucha fe que conserve yo —suspiró el acusado, mirando a Forbes.

Éste, interrogado por el implacable fiscal militar, hablaba con tono claro:

—... Y la «Operación Crisálida» consistía en vigilar la presencia de esos proyectiles en el territorio cuyo nombre me está vedado citar. También en vigilar toda posible presencia de un agente

enemigo o de un saboteador, por astuto que fuese.

—Se enviaron los mejores hombres del *Intelligence Service*, ¿no es cierto?

—Todos los mejores, señor. Dirigidos por los agentes especiales Dennis Howard y Peter Steel, bajo la coordinación general de *sir* Horace Leighton.

—¿Y se llegó a un desastre?

—Sí, señor. El saboteador se filtró, los proyectiles volaron en mil pedazos, y con ellos nuestros agentes y nuestro plan de acción. El agente Howard murió hecho pedazos. En cambio, Peter Steel quedó con vida, cuando precisamente le correspondía a él vigilar más de cerca el lugar de la hecatombe.

—El testigo deberá abstenerse de manifestar sus opiniones y criterios —avisó severamente el presidente del tribunal—. Prosiga el señor fiscal.

—Teniente Forbes, ¿dónde estaba el agente Steel al producirse la explosión?

—Es lo que yo quisiera saber —dijo duramente Forbes—. Su puesto aquella noche, era en la misma nave de los proyectiles, relevando a Fred Clarence.

—Y Fred Clarence murió, porque era el que estaba aún junto a los proyectiles. Pero ¿no es cierto que el agente Steel salió de su despacho, donde estaba en su compañía, teniente Forbes, para relevar a Clarence?

—Cierto, señor.

—¿Cuánto tiempo antes de producirse la explosión?

—Cosa de diez minutos.

—¿Tenía tiempo suficiente para hacerse el relevo?

—Con tres minutos bastaban. El agente Steel no fue allí, puesto que quedó con vida al volar el depósito, mientras todos sus compañeros morían o sufrían terribles mutilaciones. Era la única noche en que estaban *todos* los agentes en el centro de almacenamiento de proyectiles dirigidos. No funcionaron los servicios de extinción, porque alguien los había desconectado o inutilizado.

—¿Es cierto que usted vio al acusado manipular esos extintores poco antes?

—Cierto, señor. Me dijo que los estaba comprobando para un

posible riesgo.

—¡Protesto! —saltó el defensor de Steel con otro brinco—. Esa manifestación es totalmente inútil como evidencia acusatoria, porque comprobar los extintores entraba en la funciones de mi defendido, y después, cualquiera pudo manipular en ellos...

—Cualquiera que fuera, necesariamente, de nuestro grupo —advirtió suavemente el teniente Forbes—. Nadie más.

—El defensor deberá tener paciencia y no aventurar juicios —sonrió el fiscal—. No pretendo exponer los hechos como acusaciones. Si he presentado al teniente Forbes como testigo de cargo es para que identifique el documento que voy a mostrarle ahora...

En medio de un silencio teatral, el fiscal avanzó hasta una mesa, tomó un papel y se acercó a Forbes, desplegándolo y mostrándolo claramente a la vista de todos.

—Teniente, fíjese bien en este papel. ¿Lo reconoce?

—Sí —repuso débilmente el agente—. Se lo entregué yo mismo, señor.

—Gracias. ¿Está seguro de que es el mismo?

—Seguro. Ese tipo de letra no es fácil de confundir con otro.

—¿Quiere leerlo en voz alta?

—Sí —se aclaró la garganta, y leyó, con voz precisa—: «Steel, tienes de tiempo hasta esta noche. Recuerda que son quinientas mil. O la muerte».

Un murmullo de estupor recorrió la sala. Steel saltó con viveza:

—¡No es cierto! ¡Jamás recibí yo ese papel! ¡No sé de qué me hablan!

—El acusado debe callar ahora —advirtió el tribunal—. Prosiga, teniente Forbes. Ese documento es realmente serio. ¿Cómo lo obtuvo?

—Al volver herido el señor Steel, que iba en mangas de camisa, tomé su guerrera para cubrirle. Entonces, de un bolsillo cayó ese papel. Lo leí, y me sorprendió su texto. Además, verán que tiene una letra rara, trazada como con un palo grueso mojado en tinta, o un pincel muy tosco. Y es tinta china negra...

El fiscal exhibió el documento ante todos los presentes, que asintieron. Steel, jadeante, dejóse caer en su asiento, calmado por su defensor.

—El documento carecería de significado, si no fuese porque el agente Steel lo recibió poco antes de ocurrir la tragedia.

—¡Falso! —aulló él—. Lo que recibí fue una carta de mi mujer, una nota inocente, que alguien cambió en mi bolsillo por ese absurdo papel.

—Le repito al acusado que debe callar —avisó el presidente del tribunal—. Luego se podrá defender debidamente.

—No importa, señores —dijo el fiscal con magnanimidad—. Voy a aceptar la declaración espontánea del acusado como buena. Retírese el teniente Forbes, por favor. Presentaré a mi segundo testigo de cargo contra el acusado...

El teniente se incorporó, mirando vidriosamente a Peter Steel. Cruzó dignamente la sala, y un oficial le indicó un asiento, entre el reducido público militar, donde el testigo se acomodó en silencio.

El fiscal volvióse dramáticamente hacia la puerta y soltó la bomba:

—¡Señora de Peter Steel!

Esta vez, el acusado se irguió con mayor violencia, tensos sus músculos, contraído el rostro por un vivo estupor, que se transmitió a toda la sala. Los miembros del tribunal se miraron entre sí, atónitos.

—¡Imposible! —gritó el capitán Burke, airadamente—. La esposa de mi defendido no puede ser testigo para la acusación. No es legal...

—Ella quiere declarar por su propia voluntad —dijo rudamente el fiscal—. Y ésta no es una sala de Justicia civil, sino militar. Se juzga por alta traición a un reo. No podemos pararnos ante tecnicismos legales propios de una sala civil. Que el tribunal decida, porque la declaración de la señora Betsy Steel es vital para este caso.

Hubo una breve deliberación. Finalmente, el presidente declaró:

—Esto es un Consejo de Guerra, capitán Burke. La señora Steel puede declarar.

Peter, muy pálido, miró hacia la entrada. Vio abrirse las hojas de madera, aparecer la figura erguida, juvenil, elegante y fascinadora, de Betsy Steel, su propia esposa. Con el cabello, de un rubio ceniciento y suave, peinado hacia atrás. El rostro ovalado, terso, muy pálido y sin expresión. Los grises ojos fijos en el vacío. Su

cuerpo esbelto, pero de mujer plena, sobriamente vestido de gris y marrón.

—¡Betsy! —gritó, desgarrado—. Betsy, tú no puedes declarar contra mí...

Ella le miró, indiferente. Sus ojos destellaron, por un fugaz momento. Luego, avanzó hacia la silla de los testigos, con el paso grave y lento de un reo de muerte hacia el cadalso.

Se le tomó juramento en medio de un silencio agobiante. Los presentes parecían contener hasta la respiración.

—Señora Steel —preguntó grave, pero firme, el fiscal—. ¿Cuánto tiempo lleva usted casada con el acusado?

—Tres años.

—¿Tienen hijos?

—No.

—¿Son felices, a pesar de ello?

—Tan felices como cualquier otro matrimonio... Es decir, lo fuimos.

—Comprendo. Ahora todo ha cambiado, ¿no es cierto?

—Sí, todo... —extrajo un pañuelo, que se llevó a los ojos—. A partir del momento en que hablé con él, y comencé a ver algo raro... y até cabos con otras cosas.

—Por favor, no divague ni se anticipe, señora Steel —cortó el fiscal, tajante—. Empecemos: ¿cuándo habló usted con él y creyó ver algo raro?

—El pasado día doce de setiembre...

—Perdón, señora. El doce de setiembre, según creo, su esposo estaba de usted a bastantes millas de distancia. ¿Cómo pudieron hablar?

—Existe un invento llamado teléfono, señor —dijo ella con sonrisa amarga.

—Oh, perdón —el fiscal enrojeció, y sonaron leves risas en la sala—. Continúe.

—Hacía tiempo que Peter no me escribía desde... Bueno, desde donde estaba. Le escribí algunas cartas. Y le remití un par de cartas de remitente desconocido, que me llegaron a casa. Cartas de un tal John Smith, de Somerset.

—¿Le era familiar ese *John Smith*? —El fiscal ironizó al subrayar el nombre.

—No recordaba a ninguno. Ni creo que Peter conociera a nadie de tal nombre, por increíble que parezca. Como decía, a todo ello no obtuve respuesta alguna, y comprendiendo que Peter tendría duro trabajo donde estaba destinado, pensé en ponerle una conferencia telefónica. Hablamos ambos por teléfono ese mismo día.

—¿El doce de setiembre? —insistió el fiscal.

—Sí. Recuerdo bien la fecha. ¿No fue cuando...?

—Exactamente, señora. Cuando ocurrió el desastre.

—¡Eso es falso! —gritó Peter—. ¡Betsy, tú sabes que no hemos hablado nunca por teléfono tú y yo, mientras estuve allí! ¡No puedes mentir en eso!

—Señores, si dudan de mi palabra, comprueben ese extremo en la central telefónica y...

—No es necesario —sonrió el fiscal. Extrajo un documento—. Ya se ha comprobado. Aquí tengo el certificado de Teléfonos, conforme en el día doce de setiembre, a las catorce treinta de la tarde, la señora Steel habló desde Londres con su esposo Peter Steel... Aquí se consigna la duración de la conferencia: seis minutos. Y el punto de destino de tal conferencia, naturalmente. Todo comprobado, véanlo.

—¡Es monstruoso! —chilló Peter—. ¡No hablé con ella...! ¡Alguien fingiría...!

—Señora Steel, trate de recordar. ¿Era la voz de su esposo la que...?

—Sin lugar a la menor duda, era la suya —asintió ella.

Peter cayó de nuevo, oprimiéndose la cabeza entre sus crispadas manos, totalmente anonadado. Escuchó, como un eco terrible, las restantes palabras de su mujer:

—Le dije que tenía en casa un paquete postal muy grande y bien embalado, que no había querido tocar. Él me dijo, muy excitado, que no pensara siquiera en tocarlo, y lo dejase tal como estaba, que él pronto regresaría a casa.

—Señora Steel. ¿Usted había escrito a su marido últimamente, como para que él recibiese carta suya en aquel mismo día de la fecha?

—No —declaró ella—. Siempre le escribía por correo aéreo. Hacía ya dos semanas que no le enviaba carta alguna, en espera de

sus noticias. Ninguna carta tarda más de dos semanas en llegar a su destinatario, con la distancia que había de recorrer.

—Ciertamente, señora Steel —asintió el fiscal, triunfalmente—. Por lo tanto, su esposo no recibió carta suya ese día, sino una en la que alguien le decía cosas muy sospechosas y extrañas. Mucho más sospechosas, si ahora tiene la bondad de referir ante este tribunal lo que contenía el paquete postal de su marido.

—¿Es... necesario? —Ella estaba a punto de llorar.

—Sí. Es totalmente necesario, señora. Vital, diría yo. Diga a este tribunal lo que hizo con el paquete postal...

—Al hablarme Peter de ese modo tan extraño, sentí espoleada mi curiosidad. Hice algo inconfesable, lo admito. Lo cierto es que abrí el paquete.

—¿Y qué encontró?

—Me horroricé al ver lo que contenía. Era dinero. Dinero en billetes nuevos, legales, todos del Banco de Inglaterra. Dinero, hasta una cifra enorme: quinientas mil libras esterlinas. ¡Medio millón de libras! Y con ello, una nota; escrita con unos raros caracteres, como si la hubieran hecho con un palo mojado en tinta china.

—¿Es éste el papel que usted me entregó, junto con el medio millón de libras? —El fiscal tendió a la señora Steel otro papel, recogido de la mesa de pruebas.

—Sí —asintió ella débilmente, tras echarle una ojeada.

—¿Quiere leerlo, por favor?

—«Peter Steel —comenzó ella—: Aquí tienes tu precio. Si no cumples, morirás».

El revuelo ahora fue impresionante. Los gritos de viva protesta de Peter, los aullidos de su defensor y el clamor de los presentes, se mezclaron. Finalmente, el tribunal impuso orden.

—Nada más —dijo el fiscal—. He concluido mi caso contra Peter Steel.

—Peter Steel, ¿tiene algo que declarar ante este tribunal?

El acusado, erguido frente a la mesa de los militares que habían de sentenciar, pálido pero sereno y dueño de sí todavía, respondió roncamente:

—Nada. Todo es una conjura contra mí. Todo es falso. Miente Forbes, miente mi mujer, mienten todos. ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

—¿No va a confesar su delito de alta traición? ¿No va a revelar quién pagó su servicio de deslealtad a su patria y a sus compañeros, con medio millón de libras esterlinas?

—¡No puedo confesar lo que ignoro! ¡Tienen que creerme! ¡Tienen que escucharme! ¡He sido siempre un fiel servidor de Inglaterra! ¡No soy un traidor! ¡Soy inocente! ¡Alguien quiere hundirme, destrozar mi vida y mi carrera para siempre! ¡Escúchenme! ¡Soy inocente!

Dos militares armados se acercaron a él, le apartaron de la mesa del tribunal.

Los miembros deliberaron después, mientras Peter iba profiriendo protestas más y más débilmente.

Por último, el presidente del tribunal ordenó silencio. En el ambiente electrizado que siguió a su mandato, fielmente obedecido por todos, sonó su voz con toda claridad:

—Agente Peter Steel, al servicio de Su Majestad. Este tribunal militar, reunido en sumarásima causa contra usted, le considera culpable del delito de alta traición, de venderse a un enemigo ignorado y de causar, con su crimen de lesa patria, la muerte a sus compañeros, y la pérdida de una importante misión. Por ello, este tribunal le condena, Peter Steel, a ser pasado por las armas, conforme a la Ley Militar, por espía y traidor, en la mañana del próximo viernes al sábado. Que Dios tenga piedad de su alma...

Peter Steel, mudo, petrificado, no fue capaz siquiera de expresar una protesta, de lanzar un solo grito. Con ojos dilatados, miró a los hombres inexorables que fijaban su terrible, inminente destino...

CAPÍTULO II

LA EJECUCIÓN

El miércoles y el jueves no habían sido días muy soleados, pero al menos no alcanzaron la densidad nubosa del viernes. Y éste, cuando llegó la noche, se volvió tormentoso, frío y húmedo. La lluvia comenzó a batir sobre los muros de la prisión militar.

No recibió muchas visitas el último día de su vida.

El capitán Burke, que acudió a lamentar el fracaso de su apelación a la reina, la denegación final del indulto, y manifestó su simpatía a Peter, en la hora suprema.

Steel supo que el fusilamiento tendría lugar a las siete en punto de la mañana, cuando apenas si habría asomado la luz del día por oriente. Se le anunció la visita de su esposa, pero se negó a recibirla.

Había entrado ya la madrugada cuando le visitó el honorable *sir* Horace Leighton, uno de los altos jefes del *Intelligence Service*. Venía acompañado del general Tarleton, del Estado Mayor. Y uno de sus jueces en la causa.

—Pero ¿es esto posible, mi querido amigo Steel? —dijo el veterano *sir* Horace, con expresión aturdida, mirándole a través de la reja metálica que le separaba—. ¿Tú, uno de mis mejores hombres... fusilado por espía, por saboteador, por traidor a tu patria, a tu reina, a tu honor?

—*Sir* Horace, soy inocente... ¡soy inocente! —gritó sin patetismos el preso—. ¿No me cree usted tampoco?

—No puedo creerte, muchacho. Todas las pruebas te acusan. Son demasiado contundentes, demasiado claras... Lo que yo me pregunto es: ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? Medio millón de libras no compensan de morir... ni de matar a tus mejores amigos, Peter.

A los que como yo mismo, confiaban en ti...

La faz de Peter se contrajo. Una sombra cruzó por su rostro pálido y sereno. Fue como si ante sus ojos cruzaran, en lúgubre cortejo, las sombras de los compañeros muertos. Pero apenas duró un momento. Al final, tragó saliva y habló roncamente:

—No me importa lo que usted crea, lo que crean todos... Pronto voy a reunirme con ellos. Y ellos saben que no soy culpable. Ellos creen en mí, porque están donde se ve la auténtica verdad...

—Ya se lo dije, *sir* Horace —suspiró el general Tarleton—. No sacaré nada en limpio de este hombre. Se encierra en su inocencia, y nada más.

—Peter, si nos dieras una pista, una señal, algo que nos sirviera para saber quién o quiénes están detrás de este horror, de qué manos procede ese dinero maldito, qué país, fuerza política o movimiento enemigo tenemos que combatir... tal vez aún lograras salvar la vida. No te lo garantizo, pero... habría una esperanza. Se aplazaría la fecha de la ejecución, se revisaría tu causa, solicitaríamos el indulto...

—Es inútil. Si nada sé... ¿qué le voy a decir? Fui allí a luchar contra ese enemigo misterioso. Y es más fuerte que nosotros. Nos ha aniquilado a todos, se burla de ustedes, y me envía a mí una muerte que no merezco. Algún día sabrán lo terrible que es un poder capaz de todo eso... ¡y tal vez entonces será tarde!

—¿Se da cuenta, *sir* Horace? —señaló el general Tarleton—. Todavía tiene el cinismo de anunciarnos la victoria de sus aliados. Vamos, mi querido amigo. No hay nada que hacer aquí.

—Sí, vamos... —suspiró el jefe del Servicio Secreto. Miró gravemente a Peter—. Adiós, Steel. Lamento tu final... pero nada puedo hacer por evitarlo.

Se alejaron. En su celda, Peter quedóse con los hombros hundidos, la cabeza hincada sobre el pecho. Igual que un pelele derrotado, vencido, sin alma...

Dejó de llover en la madrugada. Pero persistía el cielo nublado, la humedad fría y pegajosa, que se adhería a los huesos como la helada mano de la Muerte, ensañándose ya en acariciar a su futura víctima...

Peter se estremeció. Rechazó todo servicio de los carceleros, excepto unos cuantos cigarrillos. Fumó nerviosa, mecánicamente,

aplastando los cigarrillos casi enteros.

A las siete menos cinco minutos, oyó los pasos de los soldados...

Ya venían a por él. Ya era el momento...

Se estremeció. Persignóse, con una plegaria elevada al Altísimo. Después de todo, era un momento terrible en la vida de un hombre, un momento atroz y espeluznante.

Era natural perder el valor. Peter Steel nunca había tenido miedo. Ahora, sí.

Los soldados se detuvieron en el pasillo. Un oficial, acompañado del capellán, se encaminó a la celda. Primero entró el sacerdote. Fue breve. Luego, salió acompañando a Peter.

El traidor avanzó, pesadamente, arrastrando sus pies, calzados con recias botas, el cuerpo hundido y como roto bajo la tela burda, gris oscura, de su traje de prisionero.

La marcha trágica, en la fría madrugada, terminó en un patio cuadrangular, gris y mojado. Los muros eran también grises, de cemento. Sobre su cabeza, el cielo, teñido de un azul borroso, grisáceo y triste por el este, era plumizo, denso, agobiante. Sepultó los pies en un charco de lluvia, y el agua chapoteó en el silencio.

El piquete de ejecución esperaba, alineado frente a uno de los muros. Se les unió el grupo de soldados que le escoltaban. Formaron una hilera rígida, castrense, ominosa.

El oficial se apartó a un lado. Otro oficial asistió a Peter.

—¿Quiere que le venden los ojos, Steel? —preguntó roncamente.

—No —dijo él con frialdad—. Prefiero morir mirando a la vida que se va... Gracias, oficial. Y, por favor, que sea breve.

El oficial se retiró. En la puerta del patio hubo movimiento. Peter miró hacia allá. Vio al general Tarleton y al doctor militar. Esperaban el momento en que se certificaría la defunción del reo a muerte.

Peter tragó saliva. Tenía la boca tan seca, que parecía llena de estopa. Se irguió ante el paredón gris. Frente a él, los soldados del piquete recibieron la primera orden. Cargaron los fusiles con un seco chasquido uniforme, simultáneo.

Luego, las armas se alzaron.

—¡Apunten! —dijo la voz seca del oficial.

El sacerdote castrense murmuraba una oración, como fondo lejanísimo de la escena.

Una pausa. La última... Peter no cerró los ojos, a pesar de que una tremenda tentación le forzaba a hacerlo, a no ver la hilera de negras bocas que apuntaban hacia él en el frío, lívido amanecer.

—¡Fuego!

La descarga...

Ocho llamaradas. El cuerpo de Peter, sacudido espasmódicamente, osciló un momento. Luego, rodó de costado. Manchas rojas, oscuras y viscosas, comenzaron a cubrir su cuerpo, su cabello oscuro y ondulado, poco antes tan lleno de vida.

El oficial se aproximó, pistola en mano. Auscultó un momento al hombre tendido sobre el suelo encharcado y frío. Luego, fríamente, aplicó la pistola a la sien. Disparó una sola vez.

El cuerpo, con una sacudida final, quedó inmóvil. El oficial hizo una seña al doctor. Éste dejó al general Tarleton, y cruzó el patio, en medio del silencio.

Inclinóse. Aplicó un estetoscopio al pecho de Peter Steel. Escuchó.

Arrancando el instrumento de sus oídos, se separó del ejecutado.

—Está muerto —dijo roncamente—. Voy a certificar su defunción.

El oficial dio una seca orden. El piquete, con marcial ritmo inexorable, salió del patio marcando el paso.

El general se acercó al ejecutado. Le contempló en silencio. El sacerdote impartió su bendición al muerto. Comenzaron a retirarse. Dos militares, con una camilla, se aproximaron. El cuerpo ensangrentado de Peter Steel, fue tendido en ella, cubierto con una sábana, que bien pronto se enrojeció también en algunos puntos.

El general Tarleton, del Estado Mayor, entró en una estancia cercana, en la que había varios hombres vestidos de paisano con blocs de notas, abrigos o sobretodos oscuros y expresión ávida. A través de una ventanilla provista de grueso cristal, vieron pasar la camilla. Ésta se detuvo frente al hueco encristalado. Uno de los portadores, alzó la sábana.

Todos pudieron ver la faz lívida, estirada, en la que la sangre brotaba formando dos hilos de las fosas nasales, y otro más débil en la sien, bajo un negro, redondo orificio. El cabello, mostraba abundante sangre también.

Se volvió a cubrir el cadáver. Los periodistas escribieron rápida,

silenciosamente. El general Tarleton dijo con voz grave:

—Caballeros de la Prensa, Peter Steel ha muerto. La Justicia se ha cumplido...

«TRAIDOR EJECUTADO».

«PETER STEEL, EL HOMBRE QUE TRAICIONÓ A INGLATERRA, FUSILADO ESTA MADRUGADA».

«JUSTICIA CUMPLIDA, DIJO EL GENERAL TARLETON, TRAS EL FUSILAMIENTO DE PETER STEEL, EL HOMBRE QUE FALTÓ A SU DEBER DE INGLÉS Y DE SERVIDOR A SU PATRIA».

Los periódicos aparecían ante ella como fantasmas negros, voraces, cargados de una densa tinta llena de vida y de feroz enemistad...

Betsy Steel se cubrió la cabeza con ambas manos, lanzando un ronco grito de angustia. Quiso dejar de mirar a aquellos diarios, extendidos sobre la mesa. Pero no podía.

El rostro, el nombre de su marido, la atraían como una vorágine...

Rompió en sollozos, y cayó sobre un diván, cerrando los ojos, cubriéndolos con sus manos crispadas, como si los titulares pudieran penetrar hasta ellos, agudos e hirientes como agujas de acero.

Sir Horace Leighton suspiró, cruzándose de manos sobre el abdomen, que empezaba a perder su línea. Y con ella, uno de los mayores orgullos de sir Horace, durante cerca de cuarenta años.

—Sentencia cumplida —dijo beatíficamente—. No había otro remedio, por mucho que nos duela a todos...

Su interlocutor asintió. Era el general Neville Tarleton.

—Peter Steel fue un buen agente para el Servicio Secreto Británico durante varios años... —comentó el militar—. Siempre es lamentable borrar un nombre como el suyo de la lista de honor del *Intelligence Service*.

—La guerra no tiene entrañas, mi querido general —suspiró sir Horace—. Y esto de ahora es una guerra.

—¿Contra quién?

—No lo sé. No lo sabe nadie. El enemigo es: X. El día que despejemos la incógnita X, estaremos enterados de la identidad de nuestro adversario. Hoy por hoy, no sé...

—Podría ser Rusia.

—Podría ser. Pero es una explicación demasiado fácil. He podido examinar archivos secretos rusos, a través de informes de nuestros agentes de espionaje. Están tan confusos como nosotros.

—¿Nacionalistas?

—Tampoco lo creo. Tenemos infiltrados agentes en el nacionalismo de varios países. Y nuestro territorio en cuestión, no es una excepción. Ellos tampoco saben nada, están sorprendidos por estos actos últimos contra la seguridad británica.

—Francamente, no puedo entenderlo —confesó Tarleton—. ¿Qué otro enemigo podemos tener en el mundo?

—Ah... —*sir* Horace se encogió de hombros—. Ése es el *quid* de la cuestión, mi querido amigo... La famosa incógnita Equis, no olvide...

Se incorporó, con una media sonrisa burlona, y caminó lentamente hacia la salida del club. Tarleton le miró sorprendido, por encima del periódico que hojeaba.

—¿Se marcha ya?

—Sí. Me esperan muchos asuntos importantes en la oficina, mi querido general... La vida no se detiene nunca para los que quedamos aquí. Solamente se detuvo para Peter Steel ayer... como antes se detuviera para sus infortunados compañeros de servicio. Nosotros continuamos en la brecha...

Sonrió más ampliamente, agitando su mano suavemente en el aire, y salió del comfortable, silencioso salón del club.

Nelson Mathews contempló con ojos opacos y amarga contracción de su boca, la vacía extensión del lecho bajo las sábanas. Allí donde antes había una pierna... ahora no había nada. Absolutamente nada. Solamente el bulto de una pierna, la izquierda.

La derecha, desde la mitad del muslo, le dolía mucho. Era un dolor físico, sensible. Pero la pierna no estaba allí. Solamente el dolor.

Acaso por un extraño equilibrio de la Naturaleza a la hora de las pérdidas físicas, era el ojo izquierdo el que perdiera en la explosión

de la base de proyectiles dirigidos. Ojo izquierdo... pierna derecha... Nelson Matthews pensó, con ácido humorismo, que hasta una gran desventura, un horrible desastre como aquél, podía conservar la armonía física de un ser humano. Todo se equilibraba a la hora de perderlo para siempre.

«No tema —le había dicho el doctor Samuels—. Ahora hay auténticos prodigios en ortopedia. Tendrá pronto dos piernas. Y usted mismo se asombrará de la poca diferencia existente entre la que perdió y la que le pongamos. Confíe en Dios y en la Ciencia, Matthews. Siempre hay que confiar en algo para vivir mejor».

En cuanto al ojo... Samuels no había sido tan optimista. El dolor y el aspecto del nuevo ojo artificial sería idéntico al que conservaba sano. Pero de sobra sabía él que la vista no se recuperaba tan fácilmente, después de un destrozo en la retina, los nervios ópticos y el globo ocular.

Contempló de nuevo los diarios, dispersos sobre el lecho. La enfermera se había opuesto vivamente a sus deseos de leer la Prensa del día. Pero finalmente habíase salido con la suya.

Ahora ya sabía que la sentencia se había cumplido. Y la ejecución de Peter Steel, de su amigo Peter Steel, estaba en todos los rotativos, en todo el mundo...

—¿Por qué quieres leer todo eso? —le preguntó de repente el hombre sentado al lado del lecho—. ¿No es torturarse un poco?

—¿Torturarse? —Miró con un encogimiento de hombros al visitante. Su único ojo brilló tras las gafas de un lente negro y otro transparente—. No, no me torturo, Pierce.

Kenneth Pierce, del *Intelligence Service*, respiró hondo, golpeando suavemente sus rodillas con los guantes de fina piel marrón que sujetaba con una mano. Era un hombre joven, fuerte y atlético, que vestía impecablemente. Ojos azules, fríos y calculadores, nariz halconada y boca delgada, firme, prieta. Era otro de los veteranos en el grupo seleccionado. Aquel grupo tan terriblemente diezmado últimamente...

—Está bien, lee si quieres. No son noticias agradables para nosotros, Nelson.

—¿Agradable? ¿Hay algo agradable ya para mí, Pierce? —se lamentó Nelson—. Cuando uno se halla en mi estado...

—Por favor, no debes pensar en eso. El doctor ha dicho...

—¡El doctor ha dicho! —Agitó una mano, furioso—. ¡Nunca hago caso de lo que dicen los doctores! Una vez, hace años, estuve enfermo de apendicitis. El doctor me dijo que no era preciso operar. Diez horas después, si no me intervienen, hubiera muerto. ¿Comprendes ahora por qué no creo en ellos?

—No todos los médicos son iguales —sonrió Pierce.

—Casi todos —le miró, con expresión de profundo desaliento—. Tú no sabes, Pierce... tú no sabes la suerte que tuviste de estar aquella noche fuera de... de la Base, de nuestro famoso «Punto... R...».

—Chist —avisó rápidamente Kenneth Pierce, mirando en torno y llevándose el dedo a los labios—. No debes decir nada del «Punto R» ni de la Base. La «Operación Crisálida» sigue siendo un secreto...

—¿Para quién? —se mofó amargamente Nelson Matthews—. Para nuestros enemigos, no, para nacionalistas y rusos, tampoco lo creo. Aunque a éstos no parece que haya que temerles, por lo que dice el Departamento. El golpe ha venido de otro lado.

—Sí... El tercer adversario —suspiró Pierce, pensativo, agitando sus guantes en forma mecánica—. *Sir* Horace le llama la «incógnita Equis». Me gustaría saber qué o quién es...

—Y a mí —las mandíbulas de Nelson se contrajeron. Toda su faz reflejó profundo odio a aquel «algo» o «alguien» por cuya causa se hallaba postrado en la cama del hospital—. Lo que no comprendo es cómo Peter, precisamente mi mejor amigo, Peter Steel, pudo...

—Nadie lo comprende. Tal vez por eso le eligieron. Peter era el hombre de mayor confianza entre nosotros. Pero medio millón de libras esterlinas pueden cegar al hombre más recto. Es demasiado dinero, Nelson.

—Dinero... El dinero pudre al mundo, Pierce. Hay cosas mejores por las que luchar. Amistades, convicciones, ideas, algo que no sean billetes, papel impreso...

—Empiezo a creer que eso nadie lo recuerda ya en el mundo —declaró Pierce, mirando pensativamente hacia la ventana—. Vivimos una época feroz, corrompida, cruel... La gente sólo sabe odiarse, envilecerse y sentir lo más abyecto... No hay lugar para nada hermoso ni idealista.

—Sí, Pierce. A veces, pienso si no hubiera sido mejor estar más cerca del «stock» de proyectiles... y volar con ellos, con Howard,

Clarence, Banbury, Brodell y Coleman, hecho añicos por los aires.

—No digas eso, Nelson. Vivir es hermoso, a pesar de todo. Y tú aún vives... aún estás en el mundo... con nosotros, tus amigos queridos y tus camaradas de siempre.

CAPÍTULO III

LA REALIDAD

La puerta se abrió. Muy lentamente, movida por células fotoeléctricas, accionadas por el paso del visitante a través de los «ojos» de luz infrarroja del corredor silencioso y gris.

Dos hombres de uniforme blanco y caqui, con casco blanco sobre el que se leían las siglas: S. P. (*Special Police*), se plantaron en el umbral. Sus cortos, pequeños pero mortíferos rifles automáticos, de mecanismo ametrallador ultrarrápido, apuntaron al hombre parado en el pasillo.

—Contraseña —pidió, inflexible, inexpresivo, un centinela armado.

—«Crisálida por la reina» —fue la viva respuesta.

—Pase, *sir* Horace —sonrió el militar, echándose a un lado, con un saludo—. Se nos ha pedido rigor con todos, sea quien sea el visitante.

—Hacen bien, muchachos —sonrió *sir* Horace Leighton—. Si viene el propio primer ministro, pídanle la contraseña. Y si no la da, dispáren a matar.

—Eso es muy fuerte, señor —opinó el otro guardián, vacilando.

—Más fuerte sería que un perfecto «doble» suyo entrase aquí con una carga explosiva diminuta, y volase el centro secreto —dijo secamente Leighton, avanzando con paso firme.

La puerta se cerró, con el mismo mecanismo lento y automático. *Sir* Horace Leighton dejó atrás otros puestos de vigilancia. Corredores largos, de tono metálico, rectangulares y de sordo eco a sus pisadas, le condujeron a una puerta final doble, que se abrió en dos etapas. La primera, por células fotoeléctricas. La segunda, por la mención de *sir* Horace, ante un fonocaptor de sensible placa,

situado tras una rejilla del muro; de las cuatro palabras clave de la contraseña:

—*Crisálida por la reina.*

La segunda puerta era mucho más sólida, recia y de puro metal. Al otro lado, se apreciaban unas complicadas conexiones de cables e interruptores. Bastaría la señal de alarma exterior para que se conectaran automáticamente esos cables, pasando por puerta una corriente formidable de alta tensión, capaz de electrocutar a un ejército entero que la asaltase. El *Intelligence Service* sabía tomar bien sus medidas. Y, a pesar de ello, acababa de fracasar en una misión vital para el Imperio Británico...

Sir Horace Leighton se encontró en una amplia sala cuadrangular, de muros grises, metálicos, revestidos de una recia placa de corcho aislante. Una mesa en su centro, recibía la viva crudeza de las lámparas de luz azul dispersas por el bajo techo de la sala a la que muy pocos hombres de Inglaterra tenían acceso.

Butacas tapizadas en gris, confortables pero de rígido aspecto, aparecían en número de seis. La luz era uniforme, sin sombras ni penumbras. Todo claro, frío, silencioso y hermético.

Había ya dos hombres en la sala. Sentados tras el bruñido tablero negro de la mesa, con sendas carteras de piel ante sí, los dos miraron fijamente a *sir* Horace. Le saludaron en silencio, con una inclinación de cabeza.

Sir Horace, también sin palabras, se aproximó a un tercer asiento. Lo ocupó, con un leve suspiro. Se miraron entre sí, sin hablar aún. Luego, *sir* Horace miró a la pared. Un reloj eléctrico marcaba, inexorable, los segundos. Faltaban pocos minutos para las cinco. La hora tradicional del té. Pero *sir* Horace no había ido allí a tomar el té. Algo muy importante tenía que ser lo que alterase las británicas costumbres de los caballeros presentes.

Cosa de dos minutos después, la puerta se abrió de nuevo. Entró una nueva persona. Vestía uniforme militar, cubríase con el abrigo de su uniforme, gorra galoneada, y llevaba cartera bajo el brazo.

Saludó a todos militarmente. Nadie le respondió con palabras, sino con una inclinación de cabeza. Después, el recién llegado cruzó la sala, sentándose junto a *sir* Horace, con quien cambió una sonrisa.

Era el teniente Edmond Forbes, ayudante especial en el

Intelligence Service, del ejecutado Peter Steel.

La aguja larga del reloj se aproximó al punto doce de la espera. Iban a ser las cinco en punto. A esa hora, cuando el reloj eléctrico señaló con un zumbido la hora justa, una puerta oculta en el muro acolchado, se abrió sin ruido. Las cuatro cabezas se volvieron rápidamente hacia el punto aquel. Cuatro pares de ojos se clavaron en el hombre que apareció.

Era alto, enjuto, de cabellos blancos, peinados cuidadosamente. Rostro afilado, severo, sombreando un denso bigote canoso sus delgados labios. Los ojos brillaban tras sus lentes, que espejearon al recibir la cruda luz. Vestía un batín blanco, corto, ceñido a la cintura, y manga corta.

—Doctor Schneider... —susurró *sir* Horace, algo nervioso, incorporándose del asiento como disparado sobre un resorte.

—Buenas tardes, *sir* Horace —sonrió el médico, suavemente. Volvióse hacia los demás—. Teniente Forbes, general Groves, señor ministro...

Los tres restantes saludaron. Avanzaron hacia el médico, recogiendo sus carteras.

—¿Todo marcha bien, doctor Schneider? —preguntó el ministro.

—Todo, señor. Primera parte de la operación, resuelta satisfactoriamente. Habrá otras dos o tres. Depende del resultado de la primera. Pasen, por favor. Mi paciente les espera...

Le siguieron los cuatro hombres. Tras ellos se cerró la puerta del muro. La sala del reloj eléctrico quedó solitaria, desierta... con el único sonido del reloj, desgranando un tic-tac metálico, sordo.

Un corredor corto, de fríos muros claros, iluminado por una cruda luz neón, les llevó a una puerta metálica, breve, en el que apenas cabían los cinco hombres. Silenciosamente, se cerró de nuevo la puerta, y el cubículo descendió rápidamente. Era un ascensor.

Les dejó en otro corredor. Y éste, les depositó por último en una antesala similar al gabinete de arriba. También provisto de reloj, mesa bruñida y seis butacas. Pero aquí había dos guardianes armados, de uniforme caqui blanco, que salieron a una seña del doctor.

Un panel de la pared se abrió, deslizándose a un lado, cuando Schneider se situó ante una célula fotoeléctrica, y entonces pudieron ver la salita interior, de blancos muros, suave luz, y un lecho en el que alguien reposaba con la cabeza y rostro envueltos en vendajes. Solamente eran visibles los ojos y la boca del hombre, a través de las estrechas aberturas que dejaban los vendajes.

Se incorporó una joven enfermera de blanco uniforme, sentada junto a la cabecera del lecho. *Sir Horace* la saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, señorita Wyatt —susurró—. ¿También es usted enfermera?

—Un agente especial ha de ser muchas cosas, *sir Horace* —dijo ella, respondiendo a su sonrisa con otra que iluminó su rubio, dulce semblante—. Aquí tienen a su paciente, en perfecto estado.

Calló, al ver al Ministro, avanzando hacia el lecho. El hombre tendido allí, se incorporó ligeramente. Agitó sus manos, como dando la bienvenida al notable personaje.

—Su presencia, señor, me hace sentirme demasiado importante —dijo una voz ronca, amortiguada por la venda, y que hizo sonreír al ministro.

—Es usted importante —fue la respuesta de éste, en tono grave—. Si me he prestado a todo este fantástico plan, es porque así lo he creído yo también. Pero si las cosas no son como suponemos, la culpa será de *sir Horace*. Él me convenció.

—Serán como él dice —habló el de la cama—. *Sir Horace* nunca se equivoca.

—No diga eso —atajó Leighthon, ceñudo—. Me equivoqué en algo. Por eso perdimos a nuestros hombres y, además, nuestros proyectiles. Ahora no se repetirá.

—Dejemos de discutir eso —atajó el Ministro. Miró a Schneider—. ¿Dice que va bien todo, doctor?

—Es lo que dije —miró al hombre de las vendas—. ¿Usted cómo se encuentra?

—Perfectamente —se llevó una mano a la cara, y se tocó las vendas que cubrían su rostro y cabellos—. A veces duele un poco, pero no mucho. Me tira la piel...

—Eso es natural —sonrió el médico—. En sucesivas intervenciones, esa molestia irá cediendo. Y veremos si logramos el fin propuesto...

Su mano, al hablar, señaló hacia el muro. Todos miraron allí. Había un gran retrato, debido sin duda a un magnífico dibujante, en proporciones muy amplias. El retrato de un hombre de faz ancha y cordial, bien parecido. Ojos ligeramente oblicuos y burlones, cabello liso, de color oscuro. Tez bronceada, nariz ligeramente halconada, boca de labios carnosos y sensuales, mandíbula firme y barbilla hendida.

—No se parece en nada —admitió el Ministro, sorprendido—. ¿Espera lograr exactamente ese rostro, doctor Schneider?



—*¿Espera lograr este rostro, doctor Scheider?*

—Mi trabajo ha sido siempre ése. Mientras estuve cautivo de los nazis, convertí a muchos hombres de la Gestapo o de los servicios especiales del Almirante Canaris en verdaderos seres distintos. Y nadie, jamás, ha descubierto el cambio, de no revelarlo ellos mismos.

—Schneider es un prodigio en cirugía plástica —le asintió gravemente Leighton.

—¿Cuántas operaciones requerirá? —Fue la nueva pregunta del ministro.

—Un máximo de cinco. Hay que hacer injertos, cortes y costuras sumamente difíciles, señor ministro. Rasgar los ojos para darles esa oblicuidad, requiere, por ejemplo, un par de intervenciones delicadas. Recuerde que, ante todo, hemos de lograr un rostro que no recuerde al original en nada... y que, por añadidura, de sensación de *naturalidad*, de completa realidad humana, sin distensiones, rigideces ni cicatrices sospechosas.

—¿Tiempo de todo ello?

—He fijado dos meses, señor.

—¿Dos meses? Es mucho.

—*Sir* Horace me pedía cuarenta y cinco días. Yo le di un plazo mínimo de tres meses si queríamos garantizar el éxito. Me he vuelto a reducir en un mes el plazo. Ni un día menos... o todo fallará.

El ministro dudó.

—No quiero forzarle, doctor. Es a mí a quién fuerzan. Otros hombres y otras circunstancias. Por un reciente acuerdo anglonorteamericano, nos comprometemos a guardar un fuerte «stock» de proyectiles dirigidos «Júpiter» y «Thor», en nuestras bases secretas. Esas piezas llegarán dentro de cincuenta y dos días. Habrá que trabajar muy deprisa, si queremos tenerlo todo a tiempo...

—Lo comprendo, señor —Schneider respiró hondo—. Por mi parte, me comprometo en ese plazo mínimo. Pero si algunos días antes todo hubiera concluido satisfactoriamente... tendrá a su hombre, señor ministro.

—Gracias. Es todo lo que quería saber. *Sir* Horace, no me mezclo más en sus asuntos. Hable usted lo que sea preciso. No le molestaré más.

—Puedo hacerlo, señor —declaró Leighton, sin servilismo—. Ésta es una labor de equipo, no de hombres aislados. Todos tenemos algo que decir y hacer. Usted ha hecho lo más importante al prestarse a toda esta farsa colosal, señor.

—No fue fácil convencerme —repuso el ministro. Miró al hombre tendido en el lecho, que le sonrió con los ojos brillantes, a través de los vendajes—. Para mí, era un doble riesgo tremendo,

capaz de hundirnos en un nuevo desastre y en el más espantoso ridículo, si todo sale mal. Por eso vacilé. Hasta que la confianza de *sir* Horace me venció.

—Yo confío ciegamente en el proyecto... y en el hombre —dijo Leighton, dirigiendo una sonrisa firme al que yacía en la cama, con el rostro oculto a todos los ojos.

—Gracias —dijo roncamente el paciente—. Eso no era fácil... teniente Forbes, lo hizo usted muy bien. Casi llegué a odiarle.

—Era parte de mi papel —el militar rió entre dientes—. Y no soy mal actor...

—¡Qué terrible cúmulo de cargos contra mí! Todo sonaba tan real, tan sincero... Y después Betsy... Eso fue lo que más me asombró. Betsy... ¿Cómo pudieron convencerla, *sir* Horace, cómo la inculcaron tan maravillosamente el papel y lo que había de decir?

Sir Horace y Forbes se miraron en silencio. Luego, cambiaron una mirada con Groves y con el ministro.

—¿Eh? ¿Qué les pasa? ¿Por qué Betsy no ha venido con ustedes a verme? —preguntó el paciente, sorprendido—. Si ella está también en el secreto...

—Ésa es la cuestión, Peter —dijo gravemente Leighton—. La señora Steel no está en el secreto.

—¿Eh? Entonces... ¿lo que declaró... fue preparado por ustedes?

—Fue preparado, Peter, pero no por nosotros —era el teniente Forbes el que hablaba—. Esto es muy doloroso de revelar, amigo Steel. Su mujer le acusó *realmente*. Por sí misma se presentó a llenarle de cargos... Le envió virtualmente al paredón de ejecución, ante el asombro de todos nosotros.

—Y si no hubiera sido porque yo seguía confiando plenamente en el agente Peter Steel —agregó *sir* Horace Leighton—, ella lo hubiera conseguido. Ahora, viste de luto y llora su desgracia inconsolable a ojos de todos, creída de que su marido fue realmente ejecutado... ¿Comprende ahora, agente Steel, por qué no ha venido a verle, por qué ella no debe de saber bajo ningún pretexto que usted todavía vive?

Peter Steel, el hombre «ejecutado» ante el piquete de soldados, se arrancó la última venda. Cayeron las bandas de tela blanca que habían aprisionado su rostro durante cincuenta largos días.

El espejo que ante él sostenía el doctor Schneider le mostró una

faz conocida, familiar, que no era la suya. Se había habituado a verla, día tras día, allí en el muro. El dibujo del artista, puesto ante sus ojos, había tenido la virtud de familiarizarle con el rostro que iba a ver cuándo las vendas le cayeran.

De otro modo, el golpe emocional hubiera sido demasiado intenso. Aquel hombre que estaba viendo, no se parecía absolutamente nada a él. Pero era idéntico, una exacta reproducción del rostro planeado.

—Hemos triunfado, Steel —le dijo el doctor Schneider—. Es usted un hombre nuevo...

—Sí, ya lo veo... —Se tocó la piel, tersa y aún poco sensible, los rasgados párpados, la halconada nariz, los labios carnosos, que suplían los suyos, finos y delgados—. Deje que me vaya habituando a ello, doctor... Es demasiado fuerte así, de golpe...

—Lo comprendo. Mírese cuanto quiera. Esa rigidez de la epidermis, desaparecerá en pocos días, cuando le dé el sol, el aire, y, sobre todo, los baños de luz ultravioleta que la oscurecerán, dándole un aire de hombre a la intemperie, bronceado por el sol.

—No se le olvida detalle, ¿eh, doctor? —masculló con ironía Peter Steel.

—Un detalle es vital, Steel, y usted lo sabe mejor que nadie. En nuestra profesión la diferencia entre la vida y la muerte, dependen de ese detalle olvidado o recordado a tiempo.

—Sí, es cierto —volvió a pasarse los dedos por la faz tersa, inexpresiva, desconocida... «prestada», pudiera decir—. Hola, Peter Steel. Peter Steel te saluda.

El cirujano del *Intelligence Service* rió de buena gana.

—Otra de las cosas que tendrá que olvidar, según creo, es ese nombre. Peter Steel ha muerto. Hace dos meses le fusilaron. ¿Lo ha olvidado?

—¿Olvidado? —Se estremeció, evocando el amanecer lívido, gris, lluvioso. Los muros grises, las armas apuntadas hacia él, sin bala dentro de sus recámaras. La pistola con cartucho de fogueo que le lanzó el supuesto «tiro de gracia». Las ampollas de sangre, oportunamente quebradas, para dar impresión de heridas. El falso examen médico, por un doctor que sabía perfectamente su papel en la colosal farsa. El traslado del «cadáver»... su posterior substitución por otro cuerpo, este muerto de verdad, y sorprendentemente

parecido a él, por milagro de la cirugía plástica de aquel diabólico doctor Schneider. Todo lo recordó con un escalofrío, para añadir luego—: ¿Olvidado? No, doctor. No es fácil olvidar una ejecución cuando el ejecutado ha sido uno mismo. Yo he oído de hombres que, en una guerra, fueron fusilados y dejados por muertos, sobreviviendo milagrosamente a su propio fin. Pero acaso ninguno ha sobrevivido de modo tan fantástico como yo. Asistir a mi juicio, a mi condena, a mis horas postreras en la celda de la muerte, sabiendo que todo era falso en el fondo, pero terriblemente formal y verídico en apariencia, llegó a hacerme pensar si, después de todo, no sería una farsa con una desenlace cierto, y fallaría *sir* Horace, en su charla con el ministro, siendo fusilado realmente. No, no olvidaré aquellas horas, doctor Schneider.

—Hará bien. Steel ha muerto. Creo que te darán documentos, papeles y toda clase de objetos propios de otro hombre. Sus huellas son lo único que no soy capaz de cambiar. Pero en archivos, fichas y todo lo demás, han sido substituidas por otras diferentes, las del hombre que fue enterrado en su lugar, y las tuyas pasan a ser las de... ese nuevo hombre que es usted.

—Un nuevo hombre... —Volvió a mirarse en el espejo con un suspiro—. Sí, creo que sí.

—Resulta muy difícil adaptarse a ello, ¿verdad?

—Lo difícil es adaptarse a otras cosas, doctor —dijo roncamente Peter—. Por ejemplo: a que sea el marido de Betsy Steel, a que siga legalmente casado con la mujer que me envió a la muerte, que falseó y mintió para verme ante el pelotón de ejecución...

—Legalmente, está usted muerto. Ella es viuda.

—¿Y yo qué soy? —ironizó Peter—. Desengañese, Schneider. Hay cosas que el Servicio Secreto no puede resolver. Piensa en todo... menos en el interior de uno mismo. Ése no se cambia con un bisturí o unas fichas alteradas.

—Sí, le comprendo. Quisiera poderle ayudar en eso, como estoy seguro de que lo desea el propio *sir* Horace. Pero, como usted dice, hay cosas que no se pueden resolver.

—Betsy, mi propia mujer... —Se oprimió las sienes con las manos—. ¿Por qué tuvo que mentir, urdir esa fantasía, acusarme tan terriblemente, implacablemente?...

—No todo era urdido. Presentó el medio millar de libras, la

carta de John Smith... el envoltorio de Correos en torno a los quinientos billetes de mil libras... Nadie se inventa una cantidad, sacándola del aire, Steel.

Peter le miró largamente, con la frente surcada de arrugas. Schneider, como cirujano, contempló con íntimo orgullo aquel primer gesto del «nuevo rostro» de Peter Steel. Pero él no pensaba precisamente en eso.

—Le entiendo, doctor. Betsy habló así por orden de alguien. Y alguien le dio el dinero y las demás cosas. Pero ¿quién pudo hacer tal cosa?

—¿Se llevaban ustedes bien, Steel? ¿Eran un matrimonio bien avenido?

—No mucho, la verdad. Betsy siempre ha sido ambiciosa y materialista. Pero lo cierto es que nunca demostró una maldad semejante en cosa alguna. Teníamos diferencias, discusiones, pero nada excepcionalmente grave. Me sorprendió que se prestara a colaborar tan habilidosamente, la verdad. Por eso me asombré al verla en el Tribunal Militar, en el fingido juicio que casi todos sus personajes creían real, a excepción del propio ministro y un puñado de hombres. No esperaba ayuda de ella. Pero, muchísimo menos, una implacable y feroz declaración como la que hizo.

—Los humanos somos gente extraña, Steel. A veces desconcertantes, a veces terriblemente lógicos. Su mujer obró por alguna razón. Los agentes de *sir* Horace la vigilan cuidadosamente. Y creo que hasta ahora no ha dado ningún paso en falso. Hace la vida normal en una mujer viuda, cuyo marido ha sido tristemente notorio y ha muerto sin honor. Todos la compadecen y admiran por su valor al anteponer el patriotismo al amor conyugal.

—¡La muy...! —Peter se mordió los labios, con expresión torva. Serenándose, respiró con fuerza y se dejó caer de nuevo en el lecho —. Creo que estoy cansado, doctor. Notó la falta de práctica en ejercicios violentos. Reposaré un poco hasta que llegue *sir* Horace.

—Sí, más vale...

CAPÍTULO IV

OPERACIÓN CRISÁLIDA

—Repítalo una vez más...

—Johnny Ashton, nacido en Blackpool, Lancashire, el 25 de mayo de 1927. Hijo de Mary Crew y Elmer Ashton, de Lancaster. Mis padres tenían una librería de lance, en Saint Cecile Street, 147. Estudié en Manchester, y trabajé en una industria de tejidos, hasta que elegí como oficio el de tipógrafo de imprenta. De ahí, pasé a aficionarme a la literatura, que ya había cultivado de niño con trabajos en la escuela, y posteriormente en «La Gaceta de Blackpool», y llegando a hacerme periodista. Ahora, como redactor del «Sunday Star», escribo seriales apasionantes sobre los temas de más palpitante actualidad, y es el «Sunday» el que ha resuelto enviarme, como enviado especial, a...

—Ya basta —cortó el ministro con firmeza, incorporándose—. Lo recuerda todo. Pero eso no es suficiente. Debe pensar en que siempre que alguien diga, cerca de usted, «¡Johnny!» o «¡Ashton!», tendrá que volverse. Pero nunca si oye decir: «¡Peter!» o «¡Steel!».

—Me he entrenado ya en esa cuestión, señor —dijo Peter—. Mis reflejos están habituados a responder a unos y rechazar los otros como ajenos.

—Muy bien. Los documentos están en regla. Ha existido un auténtico Johnny Ashton, muerto sin identificar recientemente en un accidente ferroviario, en Durham. Pero nosotros lo hemos identificado. Su fotografía es exactamente la que usted ha tenido ante sí durante dos meses, la faz suya, la que posee usted ahora, con leves variantes. Sus compañeros le identificarían. Pero para evitar posibles fallos, la dirección del «Sunday Star» le ha destinado, por indicación mía, a su delegación de París, de la que saldrá usted

enseguida hacia su punto de destino. Si ha de hacer compras en Londres, hágalas rápidamente. Dispone de un día en la capital, con salida mañana para París, por vía aérea. Y allí, recibirá instrucciones en la delegación del «Sunday Star» de la capital francesa. Pero el que le dé instrucciones no será un periodista de verdad, sino un agente especial del Gobierno.

—Entendido, señor. Todo está previsto.

—Absolutamente todo, Johnny Ashton —remarcó *sir* Horace el nombre al intervenir—. En París estará Edmond Forbes, para vigilarle a distancia y cuidar de usted, contra cualquier posible riesgo.

—¿Y luego?

—Luego, iré al «Punto R».

Peter Steel se estremeció. Por un momento, su imaginación evocó un espectáculo dantesco, atroz...

—¿Otra vez allí?

—Sí, otra vez «Ashton» —rió duramente *sir* Horace—. El enemigo conoce esa base. Nuestra misteriosa «incógnita X», volverá a actuar. Esta vez, el corresponsal de Prensa Johnny Ashton no será blanco de sus diabólicos planes, como lo fue antes Peter Steel.

—Ahora no pensaba en mí, sino... en los compañeros que murieron allí.

—Es a ellos a los que hemos de vengar también, pero no a ciegas, sino tratando de desenmascarar el conducto que «Equis» tuvo para penetrar en nuestro secreto, volar los proyectiles y acumular sospechas sobre el superviviente indemne, que podía prestarse a aparecer como saboteador: en ese caso, usted, amigo mío.

—Si pudiera descubrirlo todo, desenmascarar a nuestro maldito «Equis»...

—Piense una cosa: «Equis» no es hombre o un individuo, sino una potencia, una fuerza viva y poderosa, que se oculta en las sombras. Tiende sus tentáculos a todas partes, radica a la vez en Londres o en Tokio, y golpea en todas partes si lo desea. Mientras sus compañeros volaban hechos pedazos en el «Punto R» de nuestra base secreta, su esposa, en Londres, recibía medio millón de libras y una carta de John Smith, para enviarle a usted al cadalso. Luego entonces, ya sabían en Londres que usted estaba vivo. Tenga eso en

cuenta, y no juegue a las aventuras novelescas. Esto es algo complejo y denso, que no puede resolver un hombre solo, como no sea «Supermán». ¿Entendido?

—Entendido, señor.

—Usted se limitará a recibir instrucciones y cumplirlas. Y a obrar por su cuenta si no hay otro remedio y las circunstancias le obligan a ello. Pero siempre fría, mesuradamente. Dueño de sus nervios ante todo. Ellos han querido deshacernos de un valioso agente. Nosotros, hemos aceptado la derrota, y creamos otro nuevo, en el que nadie verá la menor relación con el difunto Peter Steel. ¡Y esta vez, ni sus propios compañeros sabrán que usted es un agente del *Intelligence Service*!

—«Operación Crisálida», segunda fase, en marcha —suspiró el teniente Forbes. Tendió la mano a Peter—. Suerte... Johnny Ashton.

—Gracias —Peter se la estrechó con una sonrisa—. Johnny Ashton, el «comando» del Servicio Secreto inglés, va a pasar su último día en Londres, antes de ser lanzado sobre territorio enemigo.

—Bromee cuanto quiera, muchacho —dijo gravemente el ministro—. Pero en esas horas de estancia en Londres, para volverse a familiarizar con sus cosas, recuerde una cosa; no puede dar ningún paso en falso. Si alguien sospecha de usted como miembro del Servicio Secreto, se habrá perdido la eficacia posible de todo este plan, y nos será usted tan inútil como si realmente estuviera enterrado. Con el agravante de que, tal vez, ellos se cuidarían de enterrarle por sus propios medios. Éste es un caso de vida o muerte, usted lo sabe. No han vacilado en eliminar muchas vidas. La suya, pues, carece de valor para nuestra «Incógnita Equis». Eso es todo.

Le tendió inesperadamente la mano, con gesto inescrutable, y concluyó:

—Buena suerte, Ashton. ¡Dios salve a la reina y a nuestro país!

—Dios salve a la reina... —musitó Peter Steel, como un eco débil y reflexivo.

Y cuando se dirigía ya a la salida, para reemprender la vida de un ser humano normal, bajo otro nombre, otra identidad y otro rostro, todavía le llegó la voz de *sir* Horace, siempre cauta y aguda, para hacerle estremecer con una última advertencia:

—Ni un paso en falso, Ashton... como tratar de ver a la señora

Steel...

Sin responder, sin volverse siquiera, él inclinó la cabeza y siguió adelante.

Una vez solos, *sir* Horace voló materialmente hacia un teléfono de comunicación interior, en aquel subterráneo complejo del *Intelligence Service*. Oprimió el botón marcando el número siete. Simultáneamente, una voz seca sonó al otro extremo del hilo:

—«Crisálida por la reina». Escucho, señor.

—Habla *sir* Horace. Nuestro hombre sale ahora del edificio. Hará salida por la puerta trasera del supuesto almacén de papel de Prensa situado en el callejón. Sígale, sin que él se dé cuenta.

—Entendido, señor —colgaron con un suave «clic».

Sir Horace, satisfecho, se frotó las manos, mirando al ministro.

—Espero que haya tenido razón, y Peter Steel no sea realmente un traidor —dijo éste, tras una pausa—. Yo me he dejado guiar por su instinto. Y todos, *sir* Horace.

—No es un traidor, señor —dijo con firmeza uno de los más altos jefes del Servicio Secreto inglés, *sir* Horace Leighton—. Peter Steel es el más bravo y duro de nuestros agentes. También es el más astuto e inteligente. Por eso, cuando «ellos» supieron que no habían acabado también con él en el sabotaje, planearon destruirlo de aquel modo. Yo vi el juego y lo varié a mi antojo. No tendrá que arrepentirse de nada, señor.

—Así lo espero y deseo.

—Yo, lo único que espero y deseo, es que nadie de nuestros enemigos identifique a Peter Steel bajo ese rostro y ese hombre —suspiró *sir* Horace—. Porque entonces... creo que nada ni nadie podría salvar su vida...

No lo había podido evitar.

A pesar de todo. A pesar de las advertencias de *sir* Horace. A pesar de su propio sentido de la responsabilidad y de su prudencia.

Estaba allí. Ante la casa.

Después de deambular por todo Londres, de comer aquí, tomar café allá, ver un fragmento de película en el Strand, subir en el autobús, beber cerveza en Piccadilly, y recorrer las sendas flanqueadas por el verde de Hyde Park, había terminado donde indefectiblemente temía que había de concluir su paseo londinense: en Cockspur Street, algo más arriba de Charing Cross.

Cockspur Street, 193.

El edificio, de rojo ladrillo, conservaba su aire Victoriano, lo mismo que la entrada, los cuatro tramos de acceso, las verjas laterales, que se prolongaban ante los demás edificios, no menos Victorianos y tradicionales, del viejo Londres ochocentista.

Conocía bien ese edificio. Conocía casi cada uno de sus baldosines, cada estancia, cada puerta. Cada una de aquellas ventanas, de visillos y cortinillas color ocre, todo lo que guardaban detrás de cristales y cretonas.

Conocía hasta el aire del interior de aquella casa, su olor a cuero, a limpieza y a pulcritud. A libros, a tabaco rubio y a buen *whisky* escocés. ¿Cuántas horas había pasado en ella?

No muchas últimamente. Su oficio no era tranquilo ni sedentario. Paraba poco en casa. En su casa. Ahora, mirándolo bien, examinando fríamente... ¡sabía tan poco de su propia mujer, de su vida en los largos espacios de tiempo que ella pasaba sola, esperando sus, cartas o su regreso de Oriente Medio, de Sudamérica, de África Central o de Berlín...!

Cuando el ataque anglo-francés a Suez, él estaba en El Cairo. Salió para Jerusalén en un avión clandestino con el tiempo justo. Y fue atacado por cazas egipcios y por aviones de reconocimiento israelíes, antes de que pudiera ponerse a salvo de unos y de otros, y alejarse de la zona peligrosa.

Ya anteriormente, el famoso movimiento nacionalista de Mosadeq, con la exploración de los pozos y refinerías petrolíferas de la «Anglo-Iranian Oil Co.», por parte de elementos iraníes nacionalistas, le había sorprendido en Teherán. También la espectacular caída de Mosadeq, y el regreso del *sha*, fueron precedidos por su labor en pro del Servicio de Inteligencia británica, como agente activo unas veces, como simple observador agudo y eficaz en otras.

¿Y entretanto? ¿Qué había hecho Betsy Steel en Londres, cuál había sido la vida de la oscura esposa del agente secreto, en la apacible y victoriana calle Cockspur?

Marzo de 1951... Octubre del mismo año, con el éxodo británico de Abadán... Octubre de 1952, y el triunfo de la revuelta del general Zahedi, leal al *sha* persa... Noviembre de 1956, con la disputa angloegipcia del Canal...

Fechas y fechas ligadas a sucesos mundiales, muy afines al Imperio Británico. Y él, un hombre desplazado de su hogar. Entretanto, Betsy Steel vivía su propia vida de soledad, lejos de su marido. Pero seguramente, no sólo lejos en cuerpo, sino también en espíritu...

Ahora podía verse eso claro. No antes. Ahora, en cuando Betsy se había despojado de la careta, y había revelado que no sentía amor hacia su marido. No sólo eso, sino que parecía odiarle. Le había querido destruir. De un solo golpe. Total y definitivamente.

No quería hacerlo. Una voz le gritaba, imperiosa, bajo la bóveda de su cráneo, que se alejase de allí, que no debía continuar ante aquella casa, exponiéndose a ser visto, e incluso reconocido. Hay cosas en un hombre que difícilmente cambian. El color de los ojos, la expresión de una mirada, un movimiento en sus dedos... Cosas que *ella* podía identificar...

Pero lo cierto es que, a pesar de los gritos de su razón y de las agudas advertencias de su cautela, estaba andando, cruzando la calle... ¡caminando hacia su propia casa!

Había atardecido muy rápidamente. Se iluminaron los faroles del alumbrado público, en la penumbra grisácea de la hora vespertina, cuando los pies de Peter Steel, un Peter Steel nuevo y desconocido, se plantaban ante los escalones de la vivienda.

Miró la placa. Había habido siempre una allí, al menos. Pero ya no estaba. Se veía el rectángulo, de un rojo más vivo, sobre el que se atornillaba la pieza de latón dorado, brillante.

Allí decía: Peter Steel. *Traducciones*. Casi sonrió. Nunca había traducido nada, salvo una vez en que un maniático se empeñó en que le tradujese unos artículos en griego, protestando por el hecho de que en la puerta no se especificara que idiomas traducía. Steel había hecho el trabajo, divertido, y admitiendo la razón del hombre.

El griego era uno de los idiomas que conocía. Y el alemán, el ruso, el italiano, el español, el árabe, el persa, el hindú... Acaso por ello se le ocurrió como tapadera aquel divertido rótulo de «Traducciones».

Ella lo había hecho sacar. Era natural. Ya sobraba, con el cuerpo de Peter Steel enterrado, después de recibir la descarga de fusilamiento.

No supo por qué lo hacía. Pero extrajo de su bolsillo unas gafas oscuras, de las que se utilizan para el sol. *Sir* Horace había dicho que podían ser útiles ante cualquiera que conociese demasiado bien los ojos de Steel. *Betsy los conocía.*

Eran gafas poco sospechosas. Porque no tenían un color negro, sino acaramelado, ligeramente marrón. Disfrazaban, sin dar la sensación de ser disfraz.

Luego, pulsó el timbre de llamada.

Dentro vibró el zumbador de la puerta. Con su familiar, entrañable y, al parecer, ya tan lejano zumbido. Esperó antes de pulsarlo de nuevo. No debía de haber nadie. ¡Sí! ¡Había alguien! Aquel chirrido distante de una puerta... La hoja de madera del despacho, al abrirse, siempre sonaba así, cuando se olvidaba de engrasar los goznes cierto tiempo. Y Betsy lo olvidaba casi siempre.

Unos pasos suaves se aproximaron sobre la alfombra del corredor. Pasos lentos, como vacilantes... tal vez temerosos.

—¿Quién es? —preguntó una voz, tras la mirilla. Y ésta gimió metálicamente al descorrerse. Ojos invisibles escrutaron hacia Peter.

Éste, inmóvil, percibió la presencia de los ojos de *ella*. Clavados en él. Sin saber por qué, no temió nada. Su cabello era de distinto color y ondulación. Peinado con raya, cortado de otro modo. Su rostro, diferente.

Su modo de vestir, moderno, ampuloso y llamativo, desde el sombrero azul claro hasta el ancho abrigo *beige* de pelo, la bufanda amarilla y los zapatos bicolores. Prendas que jamás hubiera llevado Peter Steel. Prendas que eran parte de la personalidad de Johnny Ashton.

—¿Qué desea y quién es usted, señor? —preguntó la voz de ella, irritada por su silencio.

Peter se resolvió. Había sido un error llamar. Pero el error estaba cometido ya. Valía más no cometer otro, haciéndose el mudo. Eso haría sospechar a Betsy.

Sabía variar su voz con rara habilidad. Son muchas las raras habilidades que ha de poseer un agente secreto. Aquélla, la enseñaban en los cursos de adiestramiento de espionaje.

—Perdone, señora. Soy un inspector de teléfonos. Hay una interferencia con uno de los aparatos de este sector, y estoy inspeccionado todas las líneas. ¿Puedo pasar a comprobar la suya?

Será sólo un momento...

—Mi teléfono funciona perfectamente, señor —dijo ella, acremente.

—Oh, claro, señora —rió él, en su papel, agitando una mano con ampulosidad—. ¿Por qué no había de funcionar? Son otros teléfonos los que no van bien, porque el suyo u otro cualquiera se cruzan, en un mal enlace de las líneas. Comprenda, señora, que es por su propio bien. Eso permite a los demás escuchar sus llamadas, y viceversa. No es legal...

Ella enmudeció, sin duda comprendiendo su razón. Acaso no le gustó mucho la idea de que los demás pudieran oír lo que decía por teléfono. Lo cierto es que se cerró la mirilla. Luego, la puerta se abrió. Apareció ella en el umbral.

Alta, esbelta y bien parecida, como siempre. Vestía una bata grande. Era una prenda nueva, que Peter no le conocía. No sintió emoción alguna ante su esposa. Sólo asco. Un asco invencible e intenso.

—Está bien, entre. Pero sea breve. Espero visitas y no deseo ser molestada.

—Descuide, señora. Me marchó enseguida. Sólo le compruebo cómo va el teléfono...

Cruzó junto a ella con seguridad en sí mismo, aunque temblando por dentro. Pisaba fuerte, con pasos largos. Todo lo que Peter no hacía nunca. Steel había sido un *gentleman* del más puro tradicionalismo británico. Eso tenía que morir, igual que había muerto él.

—El teléfono principal está en ese gabinete —señaló uno interior, con la luz. El que fuera suyo—. Los demás son simples supletorios. ¿Ha de comprobar todos?

—No, no. Sólo ése —no sabía adónde iba a parar con aquella aventura absurda pero siguió. Entró en el gabinete. Inclínose sobre el teléfono, dándole la espalda a ella, que le veía hacer, con ceño fruncido. Por la abertura de la bata, veíase su ropa interior, de fino nylon gris humo. Llevaba medias negras, enfundadas a sus bellas piernas, esbeltas y largas. «Un luto perfecto», pensó, con sarcasmo.

Miró a la pared. Había un retrato suyo, de cinco años antes. Con crespones negros. ¡Grandísima farsante! Debajo, su mesa, sus libros y su juego de boquillas para fumar. Incluso una caja de fósforos del

Club Nacional, que dejó él antes de ir a... a la Base Punto R.

De pronto, sin saber por qué, mientras fingía hacer la comprobación con una falsa llamada, ya que retuvo el contacto de la horquilla para no contestar, se le ocurrió la idea.

Tomando el receptor, como si estuviera estableciendo contacto, habló:

—Aquí llamando de casa del traidor Peter Steel. John Smith al habla... ¿Entendido?

Se volvió, despacio, hacia ella. La vio palidecer, abrir la boca, a punto de gritar, y asirse al quicio de la puerta, para no tambalearse. Le miró, asustada.

—¿Quién es usted? —masculló, con voz sorda—. ¿Otra vez uno de esos malditos policías? ¿O un periodista avisado?

—Puede que no sea ni una cosa ni otra, señora.

—Entonces... ¿un agente secreto, un colega de... de Peter? —La voz de ella se debilitó más aún—. ¡Vamos, hable! Y márchese, por favor. Tenga piedad de mi estado...

—Señora Steel, sé quién le dio el medio millón de libras —dijo bruscamente Peter, sin quitar de ella la mirada, a través de sus gafas color caramelo—. Sé todo.

Mentía, claro está. Pero ella no lo sabía. Reculó, como si la hubiera dado un mazazo en el seno.

—¡No! —gimió—. ¡Usted no es John Smith! ¡No lo es! ¡Está mintiendo!

—¿No lo soy? ¿Tan bien conoce al verdadero John Smith? —Avanzó, rápido—. ¡Vamos, habla, víbora! ¡Di quién te ha obligado a esta farsa, quien te ha hecho instrumento suyo! ¡Di quién se escuda tras de ti y por qué hiciste todo!

—¿Quién... quién es usted? ¿Qué quiere de mí...? —Estaba llena de terror, temblaba como una hoja, y no se parecía en nada a la serena, implacable Betsy Steel que acudiera a la sala del Consejo de Guerra a hundirle. Las cosas debían de haber cambiado para ella desde entonces—. ¡Váyase! ¡Oh, váyase y déjeme en paz! ¡Váyase o llamo a la policía!

—Llámalas —dijo tranquilamente él, dando un paso más hacia ella, que ahora se acurrucaba, pegando las espaldas al muro del pasillo, frente a la puerta del gabinete—. Anda, estoy esperando, Betsy...

Se detuvo. Pero era tarde. El hábito, la costumbre de años y años, habían vencido a su cautela, a su frío razonamiento. Ella pareció estremecerse bajo la llamada. Betsy identificó sin duda la voz, el tono, la forma de ser pronunciado su nombre... Era una de esas cosas contra las que le había prevenido *sir* Horace.

—Usted... usted... ¡Oh, no, no! —chilló, cubriéndose el rostro, con una mano blanca, estremecida, que se crispó sobre sus ojos—. ¡No puede ser... no puede ser...!

Peter decidió seguir hasta el fin. Ya no había otro remedio.

Se despojó de las gafas. Habló dura, roncamente. Con la voz de Peter Steel:

—Mírame, Betsy. ¡Mírame!

Ella lo hizo. Lanzó un grito terrible al verle. Pero el grito se sofocó a medias, al taparse ella misma la boca con ambos puños, frenética.

—No... no... ¡Oh, Dios, es una pesadilla! ¡Un horror! —jadeó desfallecida.

—Ahora vas a hablar... ¡Hablarás claro... o te mataré! —rió, agudamente—. Un muerto no paga delitos, Betsy... ¡Y yo estoy muerto! ¡Muerto por ti misma, por tu propia boca!

Ella se retorció, convulsa, sacudida por mil espantosas emociones y terrores. En ese preciso instante, algo rechinó en la puerta de entrada de la casa. Peter Steel se volvió bruscamente. ¡Un llavín girando en la cerradura!

Ella habíase vuelto hacia allá, con expresión ávida, esperanzada. Retrocedió ante Peter... La puerta de la calle se abrió... Una sombra apareció en la puerta.

—¡Sálvame! ¡Va a matarme! —aulló Betsy Steel, desesperada, echando a correr hacia la puerta y señalándole a él—. ¡Gracias a Dios que vienes! ¡Está ahí... para vengarse! ¡Para destruirme...!

Peter juró entre dientes y se lanzó también a la carrera hacia la puerta. Tenía que saber qué misterio era aquél, quien tenía llavín de su casa y era requerido por Betsy para sacarla del apuro...

Pero todo fue muy rápido y violento. Tanto, que Peter no pudo hacer nada. Sonó un susurro en la puerta, una voz que no se podía saber si era masculina o femenina, apenas inteligible, diciéndole ásperamente algo a su mujer. Luego, algo así como dos taponazos de champaña descorchando, sonaron en la penumbra.

Ella gritó. Con un grito nuevo, desesperado, lacerante... y agónico. Peter Steel, jurando rabiosamente, hubo de detenerse, frenado por el cuerpo de su mujer, cruzado en el estrecho corredor.

Al otro lado, una sombra difusa, la de una persona con largo abrigo o sobretodo, y la cabeza sepultada entre los hombros, se deslizó escalones abajo. Peter saltó sobre el cuerpo inerte de Betsy, tratando de perseguir al fugitivo. Pero un nuevo taponazo le hizo saltar atrás a tiempo y una pieza de buen calibre maulló agriamente sobre el marco de la puerta de la vivienda, rebotando muy cerca del rostro de Steel.

Percibió un taconeo en el asfalto de la acera, unos pasos que se alejaban rápidamente, con un peculiar tac-tac...

¡como el que producirían unos tacones de mujer!

Recordando que la rápida, fugaz visión de la sombra agresora no había sido lo bastante precisa como para definir el sexo a que pertenecía. Pero sus pasos no dejaban lugar a dudas.

Gritó estentóreamente, aterrizando aparatoso sobre los tramos de piedra de la salida:

—¡Al asesino! ¡Han matado a una mujer!

Sonaron silbatos estridentes, no lejos de la calle Cockspur. Pero también sonó el motor de un coche, arrancando velozmente de junto al bordillo. Peter sólo pudo verle doblar vertiginosamente la esquina inmediata, y descubrir que era un pequeño cupé negro o muy oscuro, de cuyo conductor no descubrió el menor detalle.

Regresó, a la carrera, junto a Betsy, mientras vecinos, un *policeman* uniformado, y algunos curiosos, acudían al lugar del suceso, atraídos por los gritos, ya que los disparos, lanzados con silenciador, poco ruido produjeron.

Inclinóse sobre su mujer.

No podía hacer nada por ella. Estaba muerta, con la cabeza apoyada contra el muro del pasillo, vidriados los ojos y deslizándose por sus labios un hilillo de sangre, que acusaba la mortífera puntería del asesino. Un rosetón rojo, manchaba su ropa interior de nylon y el borde de su bata, sobre el seno.

—Adiós, Betsy —Peter le pasó los dedos sobre los párpados, cerrándolos suavemente—. No sé lo que hiciste de mal en la vida, pero te perdono... Todo se perdona en estos momentos, Betsy.

Se incorporó, con un suspiro. Sorprendióse al volverse. Se vio de manos a boca con alguien a quién conocía muy bien, empuñando una pistola automática.

—¡Kenneth Pierce! —exclamó, sorprendido.

—¿Me conoce, señor? —Pierce frunció el ceño, sorprendido—. Tendrá que explicar todo esto. Acompañeme, por favor...

—¿A dónde? —sonrió irónico Peter.

—Déjele, Pierce —dijo una voz seca detrás del agente del Servicio Secreto.

Asomaron un *policeman* y el teniente Forbes, con otro hombre armado, que vestía un sobretodo gris oscuro y flexible color oliva.

—Hola, teniente —saludó Peter Steel roncamente. Hizo un gesto—. Ya sé lo que va a decirme. No pude evitarlo. Hice una visita...

—Y terminó mal —concluyó Forbes, mirando a Betsy. Alzó los ojos hacia Peter—. ¿El que huía era el autor del disparo o...?

—Sí, era él. Lo hizo con un silenciador. No sospeche de mí, teniente.

Pierce, aturdido, miraba a uno y otro. Habló a Forbes con sequedad:

—*Sir* Horace me encargó de la vigilancia de este sector, teniente.

—Ya lo sé, Pierce —sonrió Forbes—. De todos modos, se nos ha escapado quienquiera que fuera, de entre los dedos. Tal vez todo fue demasiado rápido para poderlo evitar. No se lamente por el fracaso, Pierce. Espero que puedan cazar al asesino.

—Parecía una mujer —dijo Peter Steel, saliendo de la casa con Forbes, en tanto Pierce mostraba al *policeman* un documento acreditado de su condición.

—¿Una mujer? —El teniente dio un respingo—. ¿Por qué cree eso, Ashton?

—Su taconeo era muy peculiar. Alto tacón, y bastante sonoro. No pude ver si lo era o no, pero los pasos sí. Tampoco corría con la rapidez de un hombre, pongamos por caso.

—A pesar de ello, fue bastante rápido —suspiró Forbes—. Se nos escapó...

—¿Cómo brotaron del suelo tan oportunamente? —ironizó Peter—. ¿Es un nuevo invento de *sir* Horace?...

—Le seguimos, Ashton, desde que salió de allí. Pero es usted un viejo zorro, con perdón. Se nos escabulló. Cuando me lo dijo mi

hombre, corrí hacia acá. Me temía que iba a hacer algo en el caso de Betsy Steel, como lo temía *sir* Horace. Muy humano, por cierto.

—Lo único que hice, fue precipitar su muerte.

—No se lamente. Otro fue el asesino. Hubiera muerto igual, si es que sabía demasiado. ¿Supo el asesino... que usted...?

—No. No lo supo. Ella no llegó a decírselo, cuando ya le disparó a boca de jarro.

—Bien, eso al menos no ha fallado. Esperemos ahora a ver si cazan a ese hombre, mujer o lo que sea...

Pero la esperanza de Edmond Forbes resultó fallida. Poco después, los informes recibidos en el centro del Servicio Secreto y de la Policía, coincidían negativamente: el coche negro de dos plazas, habíase eclipsado. Con su ocupante, naturalmente.

Cuando Peter Steel supo esto, estaba recibiendo un severo rapapolvo de *sir* Horace Leighton. El rapapolvo se agudizó, con mayor intensidad, y Peter, con un suspiro de resignación, se dispuso a soportarlo hasta el fin.

Bruscamente, *sir* Horace cortó su chorro de reproches, miró el reloj y dijo abruptamente:

—Bueno, váyase, Ashton. Mañana a primera hora, sale para París. Cene y descanse. Olvídese de Betsy Steel y del asesino con tacones de mujer. ¡Empieza la segunda fase de la «Operación Crisálida»! Y no quiero nuevos errores... Tenga en cuenta que, si los hay, seguirá cayendo gente. La «Incógnita Equis» no descansa. Tiene mil ojos y un millón de brazos dispersos por el mundo. Llega a todas partes... ¡y en todas partes mata sin vacilar! Su próxima víctima, puede ser usted mismo...

CAPÍTULO V

PUNTO R

—¿Señor Johnny Ashton, del «Sunday Star» de Manchester?

—Sí —la rápida afirmación del viajero, en la sala del aeropuerto de Orly, fue acogida con una sonrisa amable por la joven de cabellos claros, ojos pardos, tirando a verdosos, y nariz respingona, sobre una boca roja y carnosa, típicamente francesa.

—¿Quién es usted, señorita? ¿El comité de recepción?

—Algo así —rió ella. Su inglés era suave, a veces algo gutural. Muy francés también. Toda ella era «muy francesa». Peter Steel, siguiendo las sinuosidades de su figura, desde el busto a la cadera, y terminando en las bellas extremidades enfundadas en buen nylon, se dijo que Brigitte Bardot y Martine Carol quedaban bastante empalidecidas ante los encantos de la joven, excelente embajadora del *charm* francés a ojos foráneos. Seguía hablando la muchacha, al tiempo de recoger su maletín, previamente pintarrajeado por la tiza de los aduaneros parisinos—. ¿Me acompaña, por favor? Tenemos el coche esperando fuera, señor Ashton.

—Bien, bien —la siguió, vencido por su magnético dinamismo. Y por sus pantorrillas, la verdad—. Estamos en desigualdad, *mam'selle*

. Aún no sé quién es usted.

—Mi nombre es Denise Dauphine —sonrió ella—. Su secretaria personal, a partir de hoy.

—¡No me diga! —Peter silbó entre dientes—. Esas cosas sólo ocurren en el cine y en las novelas baratas.

—¿Qué cosas?

—Que a uno le salgan secretarias así, brotando como los hongos, súbitamente.

—Yo no he brotado súbitamente. Nací hace veintidós años, en Saint Lo, Normandía.

—Veintidós años, normanda y con esa figura y esa cara —suspiró Peter—. Decididamente, un ensueño. La mujer normanda dicen que es fuerte como la tierra en que nació.

—También dicen que los ingleses son fríos y pegajosos como su «puré de guisantes» —ella soltó una carcajada, deteniéndose ante un impresionante «De Soto» blanco, espectacular como un navío en pleno París—. Sin embargo, yo no creo siempre lo que dicen. ¿Se imaginaría a todos los españoles vestidos de toreros, o a los americanos de *cow-boys*, con sus «Colt» a la cintura?

Peter se echó a reír, contagiado por la joven.

—Es usted incorregible —dijo. Y retuvo el aliento al subirse la muchacha al volante. Su falda había subido bastantes pulgadas sobre las rodillas, y el resultado era estremecedor. Ella no se dio demasiadas prisas en arreglar el nivel prudente de su falda. Peter prosiguió, sentándose junto a ella—: ¿Maneja usted este «tanque»?

—Habitualmente, sí. Es mío —le brillaban los ojos, divertidos. Giró el volante, de blanco cerco, cuando puso el motor en marcha. El coche se deslizó como si fuera sobre una alfombra de goma. Suave y silenciosamente, a gran velocidad hacia París, por la autopista de Orly.

—¿Suyo? Querrá decir del periódico, ¿no?

—No, no. Mío. Lo que se dice *mío* —reía, muy divertida por algo—. ¡Pobres muchachos, si supieran que usted les supone capaces de tener coches así! La Prensa en París no es como en Nueva York o Chicago, amigo mío.

—Yo no vengo de Nueva York ni de Chicago —se irritó Peter.

—Es un decir. Quería darle a entender que aquí un periodista es, más o menos, como en todas partes. Sólo el propietario del periódico puede tener un coche así.

—Pues usted, que yo sepa, no es propietaria de un periódico —y Peter pidió al cielo que fuera así, o empezaría pésimamente informado.

—¡Cielos, no quisiera nunca ser dueña de un periódico! —Se horrorizó ella—. Me basta con dedicarme al periodismo por puro *hobby*: Papá está muy furioso conmigo, Ashton. Dice que una Dauphine debe dedicarse a más altos menesteres que emborronar

papelotes y vivir estrechamente.

—¿A esto le llama su papá vivir estrechamente? —señaló el interior del coche, luminoso y tapizado en plástico de vivo colorido.

—El sueldo periodístico no da para tanto —ella enarcó sus doradas cejas, heridas por el tibio sol otoñal de Francia—. Este coche es la envidia de la Delegación del «Sunday Star» en París, y del resto de la Prensa francesa. Pero en realidad, es un regalo de papá, para mi cumpleaños.

—¿Quién es su papá? ¿El rey de Francia?

—Vive usted muy atrasado. Hace mucho tiempo que Francia no tiene otros reyes que los de la baraja —rió ella de buena gana—. Pero si ha querido hacer un chiste, se lo perdono.

—Por lo visto, usted es la chistosa aquí —farfulló Peter.

—Perdone. Creo que estaba tan terriblemente asustada de ejercer como secretaria de un viejo corresponsal, gruñón y chupatintas, que al verle a usted, me he quitado un gran peso de encima y me he sentido capaz de bromear, quizá demasiado.

—No, no. No me molesta. No soy viejo, gruñón, ni chupatintas —sonrió Peter.

—Lo celebro. Leyendo sus artículos, me hice otra idea muy diferente de usted.

—¿Ha leído mis artículos? —Peter se puso en guardia. Aquella Denise Dauphine era muy astuta y observadora. Valía más no resbalar por exceso de confianza.

—Casi todos. Últimamente, claro está. Me parecieron algo petulantes y como escritos bajo cierto punto de vista agrio, poco tolerante con los demás. ¿Comprende ahora mi opinión de usted antes de verle?

—Sí —Peter recordó todos los artículos y reportajes del verdadero Johnny Ashton, que se había tragado durante las últimas horas, para hacerse una idea de su antecesor en el nombre y la identidad. Estaba de acuerdo con Denise. Pero lo ocultó, diciendo con cierta sequedad—: La verdad, señorita Dauphine, que no es muy amable con mi trabajo.

—Perdone. Tengo el defecto de ser a veces demasiado critica. ¿Le he molestado?

—No, no —agitó una mano—. En realidad, admito mis faltas. Y las reconozco. Últimamente, releendo muchas de mis obras, me he

dicho que no es ése el estilo periodístico que debe imperar hoy en día.

—¡Claro que no! —Se tapó la boca con la mano izquierda, mientras mantenía la derecha aferrada al volante, sin quitarse sus rojos guantes—. Oh, perdone. Volví a patinar, ¿verdad?

—«Patina» con frecuencia, a lo que veo. Pero me gusta que sea así. Si ha de ser mi secretaria, el tiempo que esté en París, prefiero su sinceridad. Ya le he dicho que yo mismo acepto mis fallos, y voy a adoptar un nuevo estilo de periodismo...

—Eso está muy bien, Ashton. Pero ¿por qué ha dicho eso?

—¿Por qué he dicho el qué?

—Eso de que «si he de ser su secretaria durante el tiempo que esté en París».

—Porque será así, ¿no es cierto?

—No, no. Lo voy a ser mientras está en París, desde luego. Pero eso sólo será tres días.

—Tres días... —Era la primera noticia que tenía sobre la duración de su estancia en suelo francés—. Bueno, ¿y qué? A eso me estaba refiriendo yo...

—Es que voy a seguir siendo su secretaria en el Protectorado de Kandastán, en Asia, cuando usted salga para allá dentro de tres días...

Lo dijo con la mayor inocencia, y a pesar de su aparente impasibilidad, el corazón de Peter Steel dio un vuelco al oír nombrar, con aquella sencillez, el lugar-clave de su pasado y de su futuro:

Kandastán... El Protectorado británico entre Pakistán, la India y el Afganistán. Kandastán, un trozo de tierra oriental, sacudida por corrientes nacionalistas y los espías de muchos países interesados en su rico suelo petrolífero.

Kandastán, un nombre que apenas sonaba en los diarios y en las noticias cotidianas del mundo. Pero donde habían muerto sus mejores camaradas, donde él tenía que volver, a continuar una misión que era ahora más peligrosa y ardua que nunca: la «Operación Crisálida»...

Kandastán... El «Punto R» del *Intelligence Service* y su secreto ejército de peones sobre un tablero de muerte y de tinieblas...

Miró, receloso, el perfil respingón, pícaro, de la joven francesita.

¿Sería ella un agente de *sir* Horace? ¿El enlace del Servicio de Inteligencia, mencionado en Londres?

Vaciló, a punto de hacer alguna pregunta capciosa. Pero en este momento, ella se le anticipó, señalando sobre el volante, a un bloque de grandes edificios de cemento y cristal, rodeados por altas cercas y arboledas, a cosa de ciento cincuenta yardas de la carretera de Orly.

—¿Ve aquello? —dijo con alegre tono.

—Sí —dijo Peter, después de respirar con fuerza—. ¿Qué es? Parece toda una ciudad.

—Es una ciudad. Antes me preguntó si mi padre era el rey de Francia. No llega a tanto, pero es rey de esa ciudad, la *Colonia Dauphine*, entre París y Orly. Uno de los más importantes centros industriales de Francia, en la fabricación de bebidas carbónicas y refrescantes. Mi padre es su dueño...

Sonrió, como si fuera lo más natural del mundo que ella, Denise Dauphine, hija de aquel magnate, estuviera sirviéndole de secretaria a un tipo que no tenía más de cien libras esterlinas en su cuenta corriente de Londres.

Y ante aquella nueva maravilla, Peter Steel cerró los labios, no haciendo más preguntas a la joven, hasta que ante ellos apareció la entrada a París...

La Delegación de «Sunday Star» en París era una oficina importante, en un moderno edificio de la avenida de los Campos Elíseos.

Peter observó, al cruzar con Denise por entre los cordiales reporteros que mecanografiaban furiosamente, que estaban ya muy habituados a las curvas cimbreantes de su joven colega, o que realmente ella se hacía respetar. Lo cierto es que la sinuosa ondulación de sus caderas al caminar graciosamente, con aquel alegre taconeo de sus rojos zapatos, no provocó en los hombres más que saludos amistosos, entre camaradas:

—Buenas tardes, Denise...

—Hola, Denise...

—¿Qué tal es el inglés, Denise?

Ella saludó a todos, y arrastró a Peter hasta un despacho, al fondo de la sala de furioso tecleo. Una mecanógrafa con gafas, cabellera rojiza y perímetros de tórax impresionante, constreñido

por un suéter increíblemente pequeño de talla, sonrió a Denise y le miró a él con aire crítico, pareciendo complacida del examen.

—Es el señor Ashton —dijo simplemente ella—. ¿Quiere avisar al señor Durand?

—El señor Durand no está —informó la pelirroja—. Ha tenido que salir apresuradamente para esa serie de reportajes que pidieron desde la Redacción de Manchester, sobre el Festival Cinematográfico de Bruselas. Volverá dentro de cuatro días.

—Pero el señor Durand sabía que...

—No se preocupe, señorita Dauphine —sonrió la mecanógrafa—. Está aquí el señor Bernay, que ha dejado la delegación de Marsella para suplir al señor Durand. Pueden pasar, él les espera.

Entraron. En el acto supo Peter las razones de aquel extraño ir y venir del personal del «Sunday Star». El periódico debía de ser, en realidad, una amplia red del Servicio de Inteligencia. Porque *monsieur* Bernay era sin duda, el enlace del Servicio Secreto británico en París. El hombre al que se había referido *sir* Horace.

Lo intuyó nada más estrechar la mano al gordinflón, medio calvo y sonriente caballero de faz redonda, pequeño bigote oscuro, y ademanes nerviosos que, posiblemente, ocultaban un temperamento nada nervioso.

Unos ojos sagaces, grises y penetrantes, examinaron a Peter de arriba abajo.

—La Dirección me ha cableografiado los detalles de su llegada, señor Ashton —dijo con untuoso acento, hablando un inglés defectuoso, acaso intencionadamente—. Es un placer tenerle estos días con nosotros. Supongo que sabe ya el largo viaje que le espera después. Kandastán está lejos. Los incidentes entre nacionalistas exaltados y el primer ministro Kasul Zabad y su Gobierno legal, tienen preocupados a los observadores políticos europeos. Su misión será escribir reportajes de palpitante actualidad sobre la candente cuestión de Oriente, y sus posibles repercusiones en la política mundial.

—Sé todo eso, señor Bernay —sonrió Peter, sin apartar sus ojos del hombre—. Por cierto que ignoraba lo referente a la señorita Dauphine, que acaba de informarme sobre la novedad de que será mi acompañante en este viaje.

—Ciertamente —asintió Bernay, con la risa bailándole en los

ojos—. La señorita Denise, que es una excelente periodista por pura afición, es nuestra persona de mayor confianza para enviar con usted a esa misión en Asia, señor Ashton. El periódico cree que pueden ser mutuamente útiles en cualquier contingencia.

—Tal vez sea así —suspiró Peter—. Me ha sorprendido, porque ignoraba...

—Es natural —se dirigió a Denise—. Señorita Dauphine, ¿tiene en regla todos los requisitos previos para este viaje?

—Casi todos. Únicamente he de hacer ahora una relación para el Departamento de Prensa de París, y si no me necesitan más, les dejaré para resolverlo cuanto antes.

Bernay dio su autorización, y ella salió. Una vez solos los dos hombres, Bernay abrió su carpeta y mostró un papel escrito a Peter. Éste leyó: «Contraseña. Escríbala».

Peter extrajo su pluma. Sobre el mismo papel, trazó cuatro palabras rápidas: «Crisálida por la Reina». Bernay sonrió al leerlo. Extrajo un encendedor de oro, que encendió.

Sonó una musiquilla dentro del encendedor. «La vie en rose», sincopada. Con la llama, redujo a pavesas el papel escrito. Luego, con igual silencio, se sentó e hizo sentar a Peter. Haciendo una seña vaga con el dedo sobre los labios, comenzó:

—Como le decía, señor Ashton, la señorita Dauphine no será un estorbo, ni ha sido elegida locamente. Ustedes dos representarán al «Sunday Star» en Kandastán. La capital, Farat, será su primer punto de destino.

—Entendido, señor. Pero yo creí que iría solo.

—Ha sido acuerdo posterior de la Dirección —su mirada dijo elocuentemente, sin palabras: «*Sir* Horace, ya puede suponerlo». Y añadió, en voz alta—: A veces, un hombre solo, provoca celos, sospechas. Tenga en cuenta cómo está el ambiente político de Kandastán, y de la ciudad de Farat muy especialmente. Ustedes dos, no despertarán sospechas. *Son* periodistas. Harán periodismo, naturalmente. Y además la señorita Dauphine tiene allí un tío. Es hermano de su padre, el magnate de las bebidas gaseosas de Orly.

—¿Un tío en Kandastán? —Peter moduló un silbido breve—. Empiezo a entender...

—Les puede ser muy útil como introductor en ciertos ambientes de alta política. Y en otros menos altos. René Dauphine no es un

magnate como Henry Dauphine. Se trata simplemente de una agencia de viajes.

—Entendido, señor Bernay. Aceptemos la compañía de la bonita *mam'selle*

Denise. Peor hubiera sido un tipo con pantalones y bigote.

—Seguro que sí —rió Bernay. Le estrechó la mano, con una peculiar expresión en los ojos, como diciéndole vivamente: «Mucho cuidado, a pesar de todo. Ya sabes lo que eres, no te tomes el papel de reportero despreocupado demasiado en serio. Esto de Denise es solamente para despistar mejor al enemigo. Pero no te confíes, Peter Steel». En vez de todo eso, Bernay sólo dijo con los labios, sin que sus ojos dejaran de transmitir el mudo mensaje—: Ya nos iremos viendo estos días, Ashton. Vaya a pasear y a conocer París un poco. Merece la pena.

Le guiñó un ojo. Todo muy normal. Pero los dedos del periodista francés le habían dejado ya entre los suyos, un menudo rollo de papel, algo como un canutillo liviano, que Peter oprimió con rapidez, introduciéndolo con una precisión y limpieza increíbles, dentro de uno de los eslabones cilíndricos, huecos por un lado, de su reloj de pulsera. Dejó caer el brazo. El papel yacía dentro, y no caería, mientras no volviera la mano hacia arriba. Cosa que no pensaba hacer.

Salió de la Redacción. Respiró el aire húmedo y otoñal de París. Echó a andar sin prisas.

Pero no pensaba en la hermosa urbe que estaba pisando. Pensaba todavía en Kandastán... en el «Punto R».

Y un poco también en Denise Dauphine, su sorprendente compañera de viaje...

RENÉ DAUPHINE AGENTE BRITÁNICO EN KANDASTÁN.

Éste era el texto, en clave, del papel que Bernay le dejara entre los dedos, una vez traducida su clave. Clave utilizada por todos los agentes del *Intelligence Service*, y que únicamente sufría cambios cuando eran informados sus miembros de tal alteración.

Ahora entendía mejor aquello. El hecho de que una mujer, Denise, hubiera sido autorizada, e incluso empujada, a servirle de secretaria en tan inquietante viaje.

Peter procuró ser sociable, y acompañar a Denise a todas partes. O dejarse acompañar por ella, para ser más exactos. Museos, galerías de arte, estudios de pintura y escultura del viejo París bohemio... y *cabarets*, naturalmente. Un París turístico sin adentrarse en las salas nocturnas, era algo inconcebible. Y menos aún, llevando a una mujer francesa al lado. Una mujer bonita, joven, y a la que las ropas de noche sentaban maravillosamente, según tuvo ocasión de comprobar.

Ahora mismo, frente a él, con aquel espléndido conjunto de raso blanco y gris, la capa plateada, los cabellos peinados graciosamente, salpicados de estrellitas púrpura, los ojos brillando inquietantes, tras el ámbar burbujeante del champaña...

Parecía un sueño, no una mujer real. Y la música, al fondo, realzaba el hechizo del momento, de la mujer cautivadora.

Ella se inclinó de repente. Se marcó la canal suave, tersa, de su seno, aprisionado en el raso.

—¿En qué piensa el hombre de Inglaterra, la fría y brumosa Inglaterra? —preguntó, burlona, sutil la voz.

—Tal vez en una mujer.

—¿Una brumosa y fría dama inglesa? —apuntó, divertida—. ¿O las mujeres allí son como nosotras?

—Las mujeres son iguales en todas partes —sonrió Peter—. Pero en todas partes las hay hermosas y feas. La suerte de un hombre, es encontrar las hermosas.

—¿Usted es afortunado?

—Lo fui —dijo gravemente Peter. Y pensó, fugaz, en Betsy. En un simple fantasma ya. Una sombra diluida en el pasado, en lo que nunca volvería. La belleza radiante de Denise le volvió al presente, tangible y real. Suspiró—: Y creo que vuelvo a serlo. Aquí, en París...

—¿De modo que ha conocido ya a las mujeres hermosas en París? —Ella hizo un mohín y miró a la pista, donde seis parisinas bailaban, sin demasiada tela encima de sus cuerpos—. Bueno, no puedo llamarle bribón. Están tan a la vista que...

—No me refería a ellas... Estoy hablando de usted, Denise.

—¿De mí? —Ella enarcó sus cejas doradas, con sorpresa—. ¡No me diga que va a hacer el amor a su secretaria, Ashton!

—No he hablado de amor. Soy un tipo raro, Denise. Difícil de

conquistar. No le haré el amor, no tema. Solamente admiro su belleza. Es justo, ¿no le parece?

—Claro que lo es —sonrió, burlona—. ¿Por qué no me hará el amor?

—No sé. Supongo que porque hace falta algo más que ser bonita, joven y encantadora, para enamorarle a uno.

—¿De veras? ¿Qué necesito, según usted?

—Yo no sé que necesite nada. No me he parado a analizarla, Denise. Sólo sé lo que necesita la mujer a quién tengo que amar yo.

—¿El qué?

—Fidelidad —dijo roncamemente, con los ojos nublados otra vez por un recuerdo sombrío, penoso y lacerante—. Fidelidad, amor, fe... Espíritu firme y leal.

—Eso suena extraño, Ashton. Es... como si alguien le hubiera sido tan desleal que hubiera amargado su vida, haciéndole sentir casi odio por las mujeres. Y si no odio, siente desconfianza hacia nosotras. ¿No es cierto?

—Dejemos eso —cortó abruptamente Peter, aplastando su cigarrillo en el cenicero. Se incorporó con brusquedad—. ¿Bailamos?

—Sí —ella le miró larga, reflexivamente—. Están tocando «Siempre en mi corazón». Es una vieja melodía, siempre hermosa. Me pregunto qué será lo que hay en su corazón, Johnny Ashton... aparte de rencor, de amargura y falta de fe en la mujer...

—Bailemos, por favor. Y deje de hacerme una radiografía de mis sentimientos, ¿quiere?

Denise no respondió. Se dejó llevar por los brazos del hombre a quién ella conocía como Johnny Ashton. La música les sumergió en un éxtasis sin ideas ni recuerdos...

Pero la mente de Denise Dauphine sí formaba sus ideas. Ideas confusas, vagas. Se preguntaba cuál sería el pasado de aquel hombre, por qué temía amar de nuevo a alguien. Era joven, bien parecido, fuerte y dueño de sí mismo. La clase de hombre que puede enamorar a cualquier mujer, y hacerle ser leal para siempre a él. Pero ¿entonces?

Y el cerebro de Peter Steel, mientras giraba por la pista, llevando entre sus brazos el cuerpo grácil, evocaba momentos lejanos, cuando bailaba como ahora, con otra mujer entre sus brazos...

Entonces, creía en Betsy. Suponía que iba a ser una esposa modelo. No lo fue. ¿Por qué había de serlo otra? Todas serían como ella. Betsy fue dulce, amante, tierna... hasta que apareció en aquel Consejo de Guerra, y lanzó la acusación monstruosa. Sólo que entonces pensó en un juego común con el Servicio de Inteligencia. No había sido así. Alguien, una persona que poseía llave de la vivienda de la calle Cockspur, había estado detrás del siniestro, trágico e inesperado juego de Betsy Steel.

Tal vez por eso no confiaba ya en ninguna mujer. Denise era bella, dulce, encantadora. Pero ¿qué sabía de ella? Solamente que el *Intelligence Service* la había escogido por su parentesco con un agente especial en Kandastán.

No, no podía confiar en nadie.

No quería volver a equivocarse.

El avión había salvado ya las etapas previas del viaje. Atenas, El Cairo, Bombay...

El siguiente punto de destino era el término del vuelo sobre media Europa y media Asia: Farat, capital de Kandastán, en pleno núcleo indioafgano.

Peter, a través de la ventanilla del aparato, recordó su anterior viaje. Y todo lo que siguió después... La base secreta con los proyectiles teledirigidos, de alcance intercontinental, vigilados por la mejor plantilla de agentes británicos... Y el fallo de algo en el cuidadoso, matemático mecanismo. La infiltración insospechada, en las líneas secretas. La voladura de los proyectiles, cuando apenas hacía unos momentos que él había tenido que relevar al hombre que murió en el depósito de proyectiles. Pero jamás lo relevó. Fred Clarence murió fuera de su hora de servicio, esperándole en vano...

La frente de Peter Steel, cubierta de arrugas, evocó la escena...

Alguien, no recordaba quién, había hablado a sus espaldas, en el corredor de metálicas paredes, de ecos sonoros, a muchos pies bajo tierra, en suelo kandastaní, le había llamado:

—Peter, un momento. Ocurre algo grave...

Había querido volverse. La sombra del personaje que le llamara, abatióse sobre él entonces. Algo le golpeó ruda, brutalmente. Perdió la conciencia. Y cuando volvió en sí, todo ardía en torno suyo; el túnel metálico era una pavorosa turbonada de humo denso, negro.

Estaba herido, pero aun así logró salir del túnel, alcanzar a

otros. Se movilizaron los servicios de emergencia, pudieron extraer los cuerpos dañados de Nelson Matthews y de Hamilton Banbury, y ahí terminó todo. Peter mismo se desvaneció, tuvo que ser hospitalizado y enviado a Inglaterra.

Se le presentaron los cargos. Se sospechaba de él. *Sir* Horace le declaró que su posición era muy grave. Y Peter Steel refirió su historia, sin esperanza en que fuera creída.

Inesperadamente, *sir* Horace había confiado en él y en sus años de servicios brillantes, en su patriotismo y lealtad. Sus palabras fueron breves pero rotundas:

—Peter, creo que algún traidor se ha filtrado en nuestras líneas, que alguien que tiene contacto próximo con nosotros, informó al enemigo y provocó esto. Mató a cuantos pudo, en el desastre. Y pensó en hacer de usted un culpable. Pero eso me da una idea... ¿Por qué no seguir su juego...? ¿Por qué no hacer de usted un culpable... e incluso llevar el juego a una ejecución? La ejecución del agente Peter Steel...

Peter se asustó al principio. Luego, al hablarle *sir* Horace, se tranquilizó más y más, hasta comprender el alcance de la jugarreta imaginada por *sir* Horace.

Ahora, la segunda parte de ese dramático juego contra la muerte, estaba llegando a su punto culminante. Volvía a Kandastán, principio de todo el drama. ¿Qué iba a suceder?

Era el «Punto R» para los agentes secretos británicos. La base secreta de proyectiles dirigidos, en Asia.

Pero el enemigo conocía esa base, lo había demostrado ya anteriormente. ¿Por qué utilizarla de nuevo, pese a las precauciones tomadas?

La mente retorcida, diabólica, de *sir* Horace Leighton, tenía la clave de este misterio. ¿Qué había planeado el hombre del *Intelligence Service*?

Las horas inmediatas iban a responder a esa pregunta. Sobre el tablero de aquel colosal ajedrez humano, situado en Kandastán, tendría lugar un jaque mate en breve. Pero ¿de quién... y a favor de quién?

CAPÍTULO VI

KANDASTÁN

René Dauphine alzó la cabeza, dejando de rellenar billetes de avión para Occidente. Bajo el gran pasquín multicolor, anunciando las maravillas de la vieja Europa, cara al turismo, la cabeza rubia y fornida de René Dauphine, recibía la fuerte luz solar a través de un ventanal, pareciendo hilachas de oro.

—¡Denise! —exclamó, atónito, con expresión jubilosa—. ¡Mi querida Denise...!

Dejó su tarea, rodeó la ventanilla, abriendo una puerta en el mostrador, y abrazó calurosamente a la muchacha, que tiñó de *rouge* sus mejillas.

—Hola, tío René... —reía ella, divertida con su sorpresa—. ¿Extrañado de verme en este olvidado rincón del mundo?

—Pero, Denise... ¡esto es increíble! —Miró a Peter, que sonreía, con su traje claro, y el sombrero blanco entre las manos, tras ella—. ¿Pueden explicarme este prodigio?

—Tiene poco que contar —dijo Peter—. Soy Johnny Ashton, del *Sunday News*. Corresponsal de Prensa de Farat. Su sobrina Denise es mi secretaria y auxiliar especial.

—Encantado de conocerle, señor Ashton —René le estrechó la mano. Hablaba el inglés con igual facilidad que el francés—. Y no se lo digo por cumplido. Hacía años que no veía a mi sobrina. Traerla hasta aquí, es casi un milagro. ¿De modo que al fin se metió en la Prensa mi obstinada sobrinita?

—A pesar de los millones de papá, lo conseguí —rió ella—. Seguí tu consejo. «Olvídate de que tienes un padre rico, y ábrete camino por ti misma. Es el único modo de ser algo más que un parásito cargado de oro». Y aquí me tienes. Papá amenazó con

desheredarme. Pero yo no le hago caso.

—Es lo mejor que podría ocurrirte —sonrió René—. Nunca he sabido que tu padre fuera demasiado feliz con sus pilas de dinero... Pero todo esto no le interesa demasiado al señor Ashton. Bien, mi querido amigo. Si en algo puedo serle útil en Farat, dígamelo...

—Puede serlo —asintió Peter—. Me han dicho en París que usted es un hombre de grandes amistades e influencias en Kandastán. Necesito telefonar crónicas de interés para mi periódico.

—No le van a faltar temas —de pronto, el tono de René Dauphine se hizo grave—. Las cosas no están bien en Farat. La capital respira un aire inquieto, turbulento.

—¿Peligros de revueltas?

—Más que eso. Las revueltas han empezado ya.

—¿Nacionalistas?

—Lo parecen. Pero no estoy muy seguro.

—¿Comunistas?

—Tampoco puede asegurarse eso. Es lo raro, señor Ashton. Hace algún tiempo que en Kandastán hay algo... algo que no es lo de siempre. Me gustaría saber lo que es. El primer ministro habló ayer a través de Radio Nacional de Farat. Kasul Zabad dijo que todos los kandastaníes deben mantenerse alerta contra posibles movimientos traidores contra su país.

—Una situación muy compleja.

—Mucho. Los europeos y norteamericanos residentes aquí no acaban de darse cuenta exacta del peligro que se corre. Pero si el Gobierno de Kasul Zabad cae, nadie sabe lo que ocurriría. El hermano de Kasul, Ahmed Zabad, general de los ejércitos kandastaníes, tiene a sus tropas en estado de alarma. Es leal al Gobierno, y está dispuesto a apoyar al primer ministro Kasul hasta el fin, contra los enemigos misteriosos que existen dentro de Kandastán.

—Kandastán no es un país grande ni importante. ¿Por qué todo esto aquí?

—Sería largo de referir, lo que algunos sospechamos —declaró René—. Pero si Kandastán cae en una guerra civil, o se derroca su Gobierno, muchos otros países fronterizos empezarán a peligrar. Y cuando la India, el Pakistán, Birmania y Siam caen en poder de esa

tenebrosa fuerza política, militar, o lo que sea, no se podrá decir que ha sido un golpe inútil contra la firmeza de Asia. Incluso China y otras grandes potencias orientales, estarían en peligro, ante una alianza de todos esos países, dominados por un enemigo común e implacable.

—Ya veo —Peter sabía todo eso. Pero quería pulsar la opinión de René. Se advertía fácilmente que el tío de Denise estaba preocupado. Vivamente preocupado—. Bueno, creo que no debemos molestarle más, señor Dauphine. ¿Cuándo podemos vernos? Me gustaría que hiciéramos juntos el almuerzo o la cena. Nos alojamos en el hotel «Oriental».

—Será la cena —sonrió René, disipándose de su rostro los surcos de preocupación—. Hasta la noche, querida Denise. Iré a reunirme con vosotros al hotel.

—Hasta luego, tío —le besó, y se alejó hacia la puerta de la agencia de viajes. Peter se quedó atrás.

—Espero verle esta noche, René —dijo, estrechándole la mano—. No falte.

Se alejó también. Pero entre los dedos de René quedó algo. Un canutillo menudo, de papel. Dauphine lo guardó tras un grueso anillo provisto de dos rubíes y un zafiro, con habilidoso movimiento de dedos, mientras disimulaba una expresión de sorpresa.

Volvió a su tarea de rellenar billetes de avión. Pero mientras escribía, volvió a extraer el objeto cilíndrico. Era un papel enrollado. Con un texto en clave, que tradujo rápidamente:

CRISÁLIDA POR LA REINA. DENISE NADA SABE. ESTÉ ALERTA.

René introdujo el papel en su boca. Poco después, era una pulpa que tragaba sin dejar el menor rastro...

El taxi dobló la avenida Internacional, enfilando la calle Raipur. Era la más importante arteria de Farat. Al fondo, ante los jardines del Gran Templo Nacional, se alzaba el blanco, moderno edificio del hotel «Oriental».

—Todo parece en paz aquí, a pesar de los temores de tío René —apuntó Denise, mirando las amplias, populosas y bien urbanizadas

vías de la capital asiática—. ¿Usted cree que puede existir un peligro tan latente?

—No se fíe nunca de las balsas de aceite. Sobre todo en estas tierras. La violencia acostumbra a surgir con la brusquedad de un volcán, en repentina erupción.

—A pesar de todo, no creo en que eso ocurra aquí. Mire a la gente. Van tranquilas, apacibles. Todo está normal, se respira paz...

—¿Usted cree? —El tono de Peter rebosaba ironía. Se inclinó hacia delante, y tendió la mano, señalando con su índice a un lugar de la calle, frente al hotel—. ¡Mire allí, entonces!

Denise lo hizo. Sus ojos se dilataron. De repente, habíase arremolinado allí un grupo de hombres con turbante, capa y ropajes blancos. Esgrimían palos, cuchillos y arrojaban piedras sobre el blanco, moderno edificio. Se quebraron bastantes vidrios, que abrieron estrellas en las ventanas, alfombrando de cristales el suelo de la calle.

El rumor de colmena agitada llegó hasta ellos. Un taxi apareció en dirección opuesta, por la calle, desierta de vehículos ahora. La masa se abalanzó sobre el coche, vieron cómo extraían al conductor, un chofer de raza indígena, como el suyo propio, y le apaleaban brutalmente, dejándole inerte en tierra. Los ocupantes, tres europeos, se lanzaron en franca fuga, pero dos fueron alcanzados, uno por las piedras y otro por los garrotes de los revoltosos.

—¡Vamos, Denise! —avisó Peter—. ¡Creo que será mejor salir de aquí!

—¡Yo también me largo, amigo! —rezongó el hindú del volante—. ¡Los nacionalistas han amenazado a todos los que se atrevan a transitar hoy, rebelándose contra la huelga de transportes! ¡Pero nunca creí que llegarían a la violencia!

El chofer les dejó en el taxi, perdiéndose a todo correr en dirección opuesta a la del hotel. Peter, con el gesto endurecido, vio cómo la turba se volvía, airada, iniciando la carrera hacia ellos. Palos, armas blancas y piedras, eran esgrimidas en alto. Denise, muy pálida, se encogió.

—No. Dentro del coche no resolveremos nada —avisó Steel—. Son capaces de incendiarlo... ¡Vamos, salgamos afuera! ¡Yo cuidaré de usted, Denise!

Abrieron la portezuela. Su aparición, fue acogida con un clamor hostil, virulento. Peter, sereno, sujetando el talle a Denise con un brazo, se movió en transversal, hacia la amplia acera. Unas cuantas piedras, rebotaron cerca de ellos.

—Nos alcanzarán —gimió Denise, preocupada.

—Es lo que estoy viendo —se inclinó, veloz, tirando a su vez de Denise que hincó las rodillas en el asfalto de la acera. Un pedrusco voló sobre sus cabezas, destrozando un gran escaparate en el que se exhibían objetos de arte hindú. ¡La cosa se ponía fea por momentos!

No aparecían soldados ni policías por parte alguna, a pesar de ser el centro de la capital. Y la situación era ya insostenible. Ayudó a incorporarse a Denise, mientras en torno suyo silbaban varios pedruscos.

Irritado, miró al grupo de revoltosos. Uno de ellos, de larga barba blanca, que le hacía parecerse a un santón, agitaba sus descarnados brazos bajo la capa blanca, y esgrimía un nudoso bastón. Sus voces en kandastaní, las entendía Peter perfectamente.

—¡Aniquiladles! ¡Matemos a los odiados blancos! ¡Por la libertad de Kandastán y su traición! ¡Aplastadles!

Peter no vaciló mucho. Sabía cuándo era llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Hundió la mano en la americana de tejido claro y liviano. Cuando la extrajo de nuevo, empujaba una automática que apuntó a los revoltosos. Disparó sin vacilar.

Denise gritó, cubriéndose el rostro con ambas manos, cuando el tipo de aspecto de santón gritó algo ronco, y se abatió de bruces sobre la calzada, con la blancura de sus ropas enrojecidas por la sangre.

La audacia del extranjero paralizó por un momento el peligroso ataque indígena. Peter aprovechó el instante de indecisión, dando un empujón a Denise, hacia la puerta de la casa de objetos de arte.

—¡Adentro, Denise! ¡Ya encontraremos salida por alguna parte! ¡Pero que me ahorquen si todo esto no se ha organizado en nuestro honor!

Penetraron en la tienda de antigüedades, al tiempo que una lluvia de piedras y palos destrozaban el último cristal del establecimiento. Un hindú enjuto, se echó atrás, al verles pasar, con gesto de terror. Peter interrogó, enarbolando su pistola amenazadoramente:

—¡Pronto! ¿Por dónde se sale de aquí, renacuajo?

Le señalaron la parte posterior. Hacia allá se lanzaron. En la trastienda, después de unos cortinajes adamascados, llenos de polvo y suciedad, vieron una angosta escalera que subía al techo. En éste, abrió Peter una trampa de madera, que chirrió, lastimosamente.

Era un desván lleno de objetos de arte. Algunos, sumamente pesados, representaban budas ventrudos, de piedra azul o rosada. Cerró la trampa, y empujó una de las estatuas contra la trampa. Apoyándola en ésta, saludó a Buda, con aire de disculpa.

—Perdona, pero no es por falta de respeto a tu divinidad —declaró—. Precisamente por ella, espero que protejas esa entrada, Buda querido... ¡Vamos, Denise, allí hay una salida! A alguna parte dará...

Dio a una azotea interior, que discurría sobre un patio cuadrangular. Otra escala, aplicada a la pared, subía hasta un tejado más alto. Los dos jóvenes siguieron huyendo, hasta llegar a la azotea más alta. Corrieron por ésta, saltaron a otra vecina, y finalmente se vieron ante la entrada a otra casa. La cruzaron. Una escalera interior, dotada de escasa luz, a través de unas rendijas en los muros escalados, les llevó hasta un lóbrego tenducho de tejidos, cuyo dueño trató de escapar, dando chillidos, al ver surgir a Peter y a Denise por la puerta posterior.

Rápido, Steel abatióse sobre él y le descargó un culatazo en la nuca, derribándole sin un solo grito más. Denise, llena de terror, se cubrió la boca con las manos.

—¡Le ha matado! —musitó, espantada.

—No, ni mucho menos. He silenciado unos minutos su escandalosa boca, eso es todo —rió Peter, tomándola por la mano—. Vamos, esto da a una calleja posterior. No creo que nos den caza ya...

En efecto, un angosto callejón maloliente, que corría paralelo a la populosa calle Raipur, les condujo por un auténtico laberinto entre muros encalados, tan desierto como hediondo, hasta un cruce de la calle Raipur, más allá del hotel «Oriental».

Asomó Peter el rostro. A tiempo de ver cómo se dispersaba el grupo de rebeldes, mientras un «jeep» cargado de soldados armados con metralletas, aparecía en la calle, y dos disparos al aire disolvían la violencia manifestación. Pero en tierra, quedaron dos europeos

inmóviles, acribillados a pedradas. Y un tipo hindú, con aire de santón abatido de bruces sobre el asfalto.

—Ya corre la sangre —dijo Peter, sombrío—. Ya hay muertos, Denise. Mal principio es este...

—Dios mío, Ashton —jadeó ella—. Habíamos venido a hacer periodismo, no a correr aventuras... y a pelear como espías.

Peter la miró. Su observación parecía inocente. Prefirió pensar así, y respondió:

—A veces, Denise, hacer periodismo tiene sus peligros y hay que salvar la vida. A cualquier precio. De no disparar yo, ahora estaríamos haciendo compañía a esos dos infortunados europeos.

—Oh, qué horror —estaba pálida, y experimentaba náuseas—. ¿Hay que morir... o matar?

—Sí —asintió Peter—. Casi siempre es así... cuando el enemigo no conoce la piedad.

No añadió más. Lograron llegar al hotel, sanos y salvos. En la puerta, les detuvo un militar, que pidió ver sus documentos. Peter y Denise exhibieron los pasaportes. El soldado kandastaní les examinó luego con atención.

—Está bien —dijo, devolviéndoles los documentos—. Salgan lo menos posible del hotel, si quieren conservar sus vidas. Ha estallado una huelga, y hay disturbios nacionalistas muy fuertes. Atacan a los europeos allí donde les sorprenden. El general Ahmed Zedad no puede garantizar la vida de los extranjeros que se arriesgan a salir a la calle...

Peter asintió. Recogió los documentos, dando las gracias al militar. Entraron en el hotel.

Él sabía que no eran nacionalistas los revoltosos de aquel día. La huelga de transportes lo indicaba claramente. Era muy oportuna la tal huelga, teniendo en cuenta que estarían a punto de llegar al aeropuerto de Farat los transportes aéreos angloamericanos, con los proyectiles «Júpiter» y «Thor», para la Base Punto R.

¿Quién iba a trasladar esos proyectiles, en plena huelga de transportes? ¿Y quién podía garantizar el alcance de aquellas revueltas sangrientas aunque aisladas?

—Vamos, Denise. Hay que trabajar activamente —dijo Peter con gravedad—. Ya tenemos tema para el primer reportaje...

Pero era algo muy distinto lo que estaba pensando el agente

secreto británico, mientras en la calle sonaban los últimos disparos que dispersaban la sangrienta revuelta.

Peter Steel se apartó de la ventana de su habitación. Nervioso, inquieto, aplastó su cigarrillo sobre el cenicero de cristal. El resplandor de los incendios, en diversos puntos de Farat, y el estruendo distante de los disparos, acusaba la dramática presencia de la revuelta, tomando forma rápidamente.

Para Peter, aquello tomaba un significado más siniestro. Su mente, cuajada de sospechas, pensaba en alguien: René Dauphine. ¿Había hecho bien en fiar en él tan pronto, a pesar de sus instrucciones? Era casi seguro que hubo un traidor en las filas del Servicio Secreto británico. Ese traidor... ¿podía ser René Dauphine?

Al menos, nada más verse con él, y revelarle que había llegado a Kandastán un agente secreto, empezaban los disturbios y revueltas, ellos mismos habían sido agredidos en una revuelta de sospechosa oportunidad, frente a su hotel. Y ahora, en varios lugares de la capital kandastaní, incendios, saqueos y revueltas, comenzaban a esmaltar trágicamente la noche de Farat.

Era todo ese raro oportunismo en la violencia lo que le chocaba. Nada más pisar él Kandastán... parecían precipitarse los acontecimientos.

Miró con impaciencia la luminosa esfera de su reloj de pulsera. Las ocho. Faltaba poco para que llegase René Dauphine a la cena. Si es que llegaba. Peter empezaba a desconfiar de todo y de todos.

Encendió un nuevo cigarrillo y abandonó la estancia, descendiendo al vestíbulo. La inquietud entre los súbditos europeos y norteamericanos residentes en el hotel «Oriental», era muy profunda. El servicio nativo se esforzaba por tranquilizarles, y lo mismo parecían pretender los cuatro soldados armados con metralletas a la puerta del establecimiento. Pero todo ello parecía tan débil ante un movimiento revolucionario en gran escala, que nadie respiraba con calma.

De repente, el corazón de Peter dio un vuelco. Le vio allí, en un ángulo de la escala, con las maletas todavía, fumando nerviosamente en pipa. Sus ojos azules, fríos y duros, la nariz aguileña, la boca firme, apretada. Kenneth Pierce, del Servicio Secreto.

Ambos hombres cambiaron una mirada. Pierce no había sido de

fiar en el plan de *sir* Horace. No sabía nada de la falsa ejecución de Peter Steel. Pero en cambio poseía una memoria fotográfica. Demasiado, para olvidarse de un rostro. Y él le había visto en casa de Betsy Steel, después de morir esta asesinada.

Supo que le había reconocido. Los ojos se achicaron, casi insensiblemente, y sin variar de expresión. Luego, Pierce se alejó, con sus maletas, hacia el *comptoir*.

Debía de haber llegado en el avión nocturno de Roma, vía Kabul. Seguramente traería otro nombre y ocupación. Pero si realmente existía filtración en la red sutil del *Intelligence Service*, el juego de aquel peón estaría previsto de antemano, y se le neutralizaría debidamente.

Denise hacía solitarios en el salón de juegos del hotel, dominando sus nervios. Al oír entrar a Peter, se volvió, excitada. Reflejó decepción su rostro.

—Oh —dijo—. Creí que era tío René, que ya llegaba. ¿Está aquí, Ashton?

—No, no ha venido aún. Pero no sufra, Denise. Aún no sirven la cena.

—No disimule, amigo mío. Sé que Farat ha estallado como ese volcán que usted predijo. Es como si hubiera estado esperando a nuestra llegada para hacerlo.

—Privilegios de la Prensa —rió sin humorismo Peter—. Controle sus nervios, Denise. No resolveremos nada poniéndonos a temblar. La radio dice que el Gobierno domina la situación en toda la capital.

—Eso acostumbra a decirse incluso cuando el Gobierno sólo domina ya la emisora.

—Bueno, no es usted fácil de convencer —rió Peter de nuevo—. Es malo ser listo, en estas circunstancias. Uno pasa doble miedo que los tontos, por lo menos.

Denise, a su pesar, también soltó una breve risa. La tensión se relajó.

—¿A qué hora acostumbran a cerrar la agencia? —preguntó ella, tras una pausa.

—No sé, pero es fácil averiguarlo. Voy a llamar, y saldremos de dudas y temores —se encaminó a la sala contigua, donde se alineaban tres cabinas telefónicas. Entró en una de ellas, consultó el

listín. Halló el número de la agencia de viajes de René Dauphine, y marcó, tras depositar la moneda que pedía en el receptor.

Tras una repetición del timbrazo, al otro extremo del hilo, que parecía predecir la total soledad de la agencia, alguien descolgó. Una voz interrogó roncamente:

—¿Dígame? Agencia de Viajes Continental.

—Quiero hablar con René Dauphine.

—¿Quién le llama, por favor? —preguntó la misma voz.

—Johnny Ashton, del *Sunday Star*. Somos amigos y hemos quedado en cenar juntos...

—Lo siento, René Dauphine ha salido —dijo la voz, con sequedad. Y colgó.

Peter se quedó con el auricular en la mano, pensativo. Por un momento, aquella voz le había parecido familiar... Miró el teléfono, con el ceño fruncido.

Aquella voz, aquel tono ronco...

De golpe, dos escenas distintas le llegaron a la mente: unas palabras a su espalda, en un corredor de muros metálicos. *Peter, un momento. Ocurre algo grave...*

Y su vuelta súbita, el golpe en el cráneo, la sombra amenazadora abatiéndose sobre él...

Después, otro cuadro muy distinto; el pasillo de la casa de Cockspur Street... Betsy cayendo, bajo los disparos de un personaje que susurraba brutalmente...

¡ERAN UNA MISMA VOZ LAS TRES!

Aquella del corredor, en la Base secreta... en la casa de los Steel, en Londres... ¡y ahora en la Agencia de Viajes Continental, en Farat!

Con un juramento sordo, derribó el auricular sobre la horquilla descuidadamente, y se lanzó a la carrera fuera de la cabina. Denise acudía ya, procedente de la sala de juegos. Peter la espetó bruscamente un:

—¡No se mueva de aquí, por lo que más quiera! ¡Ahora vuelvo, Denise!

Y se precipitó como un torbellino hacia la salida del hotel. Los soldados le advirtieron de que era peligroso abandonar la protección del establecimiento, pero Peter no les hizo caso, y se zambulló en la noche violenta y ruidosa de Farat en lucha...

—¡Ashton! ¡Ashton! —gritó en vano Denise, desde la puerta.



—¡Alto! —avisó Peter en vano.

A pesar de la resistencia de los soldados kandastaníes para impedir que saliera, la joven francesita se precipitó detrás de Peter, sin que éste lo imaginara...

CAPÍTULO VII

TRÁGICOS ACONTECIMIENTOS

Peter Steel se detuvo en la esquina inmediata a la Agencia de Viajes Continental. Una simple ojeada, a través de la calle desierta, no mal iluminada, pero algunos de cuyos faroles de alumbrado habían sido rotos a pedradas, alfombrando el asfalto los vidrios hechos añicos, le mostró que todo parecía normal, a pesar del ambiente tenso, violento y agrio de la ciudad asiática.

Las vidrieras, ahora oscurecidas, no mostraban las maquetas de plateados aviones ni de buques de placer sobre mapas y paisajes litografiados en vivos colores, de lejanas geografías. La agencia aparecía solitaria, abandonada, en sombras. Desierta, como toda la calle. No se veía transitar público ni tampoco agentes policíacos o soldados.

Se arriesgó a salir, sin que sucediera nada. Cruzó, con pasos rápidos, hasta alcanzar la agencia. Trató de otear a través de las cristaleras salpicadas de letras doradas con anuncios típicos en tales establecimientos: VIAJES CONTINENTAL. AGENTE EN KANDASTÁN: RENÉ DAUPHINE.

Parecía hacer un siglo, en vez de unas horas, de su anterior visita a René y su oficina. Entonces, todo estaba en paz. Extrañamente, a partir de su salida de la oficina, comenzó el revuelo ciudadano.

No vio sino bancos de madera pulimentada, hileras de ventanillas cerradas, sobre los tableros de cristal esmerilado, puertas cerradas también, máquinas de escribir enfundadas en hule, y algunos pasquines, revelados por el reflejo de la luz exterior, con manchas de color que podían ser las playas idílicas de Waikiki o el gris abigarrado de Manhattan, unificados por la publicidad

sugestiva del turismo.

Peter probó la puerta. Estaba cerrada, naturalmente. Vio un timbre, disimulado en un rincón de la puerta. Pero no quiso pulsarlo. Eso podría poner sobre aviso a los que se hallaban dentro. Si el dueño de aquella voz oída por el teléfono fue la de René, entonces René era el traidor del *Intelligence Service*.

No podía perder tiempo. Extrajo de su bolsillo la automática, y con ella golpeó el vidrio de la puerta. Se quebró éste, cayendo estrepitosamente al interior. Peter se inmovilizó, pistola en mano y a la espera. Nada sucedió, ni nadie dio señal de vida en el interior del establecimiento. Peter, rápido, introdujo la mano por el roto. Tiró del pestillo, soltó la cadena de seguridad. La puerta de la agencia quedó abierta. Peter entró, empujando suavemente tras sí la hoja de cristal roto.

Se encontró en una amplia sala en tinieblas, salvo la luz que llegaba de la calle. La cruzó, viendo proyectar su sombra, inquietante y movable, en muros y muebles, desfilando sobre vidrieras escarchadas y mesas con máquinas de escribir silenciosas, encapuchadas.

Avanzó en derechura hacia una puerta determinada. Una puerta de cristal esmerilado, sobre el que se leía: DIRECCIÓN.

Oscuro el recuadro de vidrio con dibujos de escarcha y letras doradas, repetidas más abajo en caracteres kandastaníes, podía ocultar la mayor soledad, o un ejército de enemigos agazapados y temibles. Peter, con la automática por delante, tenso el dedo sobre el gatillo, se movió sin vacilar. Ante la puerta, súbitamente, le descargó un patadón tan violento, que la abrió de golpe.

En el acto, se arrojó de costado con vertiginosa rapidez. Lo hizo muy a tiempo. Un fogonazo centelleó, abriendo una estría llameante, cegadora, en las tinieblas. Un proyectil le rozó los cabellos, y quebró una vidriera a sus espaldas. El estampido resonó huecamente en el silencio solitario de las oficinas. Peter, rápido, replicó desde el suelo, dejándose rodar hasta detrás de una pesada mesa-despacho, sobre la que se incrustó una segunda bala, tan mortífera como la anterior. Su bala, a la vez, se perdió en las sombras. Posiblemente, ni siquiera hizo blanco, a pesar de ir dirigida al fogonazo. Y si algo sabía Peter en su vida, era disparar.

Esperó, jadeante, con el rostro en sombra, cubierto de gotas de

sudor. Achicaba los ojos, clavados en la negrura del despacho interior. Esperando otro disparo para a su vez apuntar él bajo las patas de la mesa.

De repente, dentro del despacho sonó un ruido leve.

Un quiebro de cristales, amortiguado sin duda por algún trapo envuelto al revólver o al objeto contundente utilizado en el mazazo.

Peter juró entre dientes, incorporándose vivamente. Dentro, retumbó un estampido, y una estría roja, ardiente, brotó hacia él, en oblicua. Se lanzó de bruces, y aun así la bala le rozó el cuero cabelludo, junto a los aladares. La sien izquierda se le cubrió de rojo y le quemó la piel.

Dentro del despacho, la rotura de vidrios creció. Peter quiso incorporarse, y sintió que el suelo oscilaba bajo sus pies. Presa de un vahído, se sujetó la cabeza con las manos, sin soltar la automática. Retiró los dedos cubiertos de rojo, pero experimentó una suavización de su mareo. Logró erguirse, tambaleante, y corrió hacia la puerta del despacho.

Nadie volvió a disparar, pero le llegó el eco sordo de unas pisadas que se alejaban por una superficie pedregosa, dura. Reconoció, con un relampagueo de lucidez, aquel ruido de pisadas distantes y rápidas...

¡UN TACONEO DE MUJER! *¡Las pisadas de Muerte en la calle Cockspur de Londres!*

Penetró como una exhalación en la masa de negruras del despacho. Vio al fondo la ventana abierta, destrozados sus vidrios, flotando las cortinillas, que agitaba el aire de la noche.

Peter Steel cruzó en diagonal la pieza a oscuras. Tropezó con una butaca, que osciló pesadamente. A punto estuvo de caer. Peter la aferró para evitar el obstáculo. Pero no pudo impedir que otro objeto pesado rebotara en tierra, entrelazando sus piernas. Cayó Peter a la alfombra, golpeó algo blando, lo mismo que se cruzara con él.

Su cabeza chocó con algo que se aplastó bajo el peso suyo. Algo cilíndrico, ligeramente cónico. Un soporte de madera le oprimió los riñones. Estiró las manos, palpando el objeto cruzado. Era una lámpara de pie. No era aquello lo que se cruzara ante él. Pero buscando su pulsador, lo oprimió.

Una potente bombilla se iluminó de pronto, tras una pantalla

apergaminada, de color ocre. La luz, crudamente, cayó sobre las manos de Peter, cubiertas de rojo sanguinolento de su herida en la sien. Y también sobre algo más.

Un rostro crispado, lívido, tirante, de ojos dilatados por el horror. Un cuerpo encogido, sin vida, el mismo sobre el que se trabucaron sus piernas al caer. Peter, con una interjección de horror, reconoció a René Dauphine, el tío de Denise...

Estaba muerto. Un cortaplumas le perforaba la garganta de lado a lado, como un alfiler que atravesara un raro, colosal ejemplar de mariposa. La sangre lo bañaba todo en un rojo delirante y siniestro.

Peter sintió de nuevo el mareo. La Muerte era escena habitual en su vida. Pero no tan espantosamente descarnada. Se irguió, tambaleante. En el exterior, sobre el asfalto de las callejas posteriores a la oficina, continuaba, cada vez más lejano, el taconeo que se distanciaba.

Avanzó, tambaleante, hacia la abertura. El aire seco de la noche oriental le azotó el rostro. Vio los edificios, como blancos fantasmas en mudo desfile sobre el azul estrellado de la noche.

De repente, el taconeo se detuvo. Sonaron disparos. Dos. Un grito de hombre. Y otro de mujer. Luego, el taconeo arreció, alejándose. La voz del hombre volvió a chillar.

¡Y esta vez en inglés, con palabras bien conocidas para Peter Steel!

—¡Socorredme! ¡A mí, a mí los amigos! ¡«Crisálida... por la... reina»!

Peter no esperó a más. Cruzó sobre el cadáver de René Dauphine de un brinco, alcanzó la ventana y la salvó de un brinco. Cayó sobre el asfalto, con las piernas encogidas, flexionadas para evitar el impacto brutal. Luego, a pesar del dolor de sus rodillas resentidas, se irguió, lanzándose a la carrera, calle adelante.

En la distancia, la ciudad ardía sobre los tejados orientales. Disparos, gritos y estruendos, llegaban hasta él, como eco amenazador de la revuelta.

Pero Peter no sentía interés alguno por esos sucesos. Eran cosas que él no podía evitar, sentimientos nacionalistas exacerbados, o tal vez fingidos, no sabía. Cosas fuera del alcance de un solo hombre. No así aquel asesino que taconeaba, en su fuga. No así aquel inglés en peligro que gritaba, con una voz conocida para él... y con una

contraseña que denunciaba su condición de agente secreto británico.

Al volver una esquina descubrió el cuerpo tendido junto al bordillo de una acera, la cabeza contra el filo mismo del asfalto, sobre el que corría la sangre. Un revólver en tierra, lejos de la mano agarrotada.

«¿Otro cadáver?», pensó con los cabellos erizados. Se acercó a la carrera, inclinóse sobre el herido... Le reconoció en el acto, pese a su rostro pálido por el dolor y la seminconsciencia. Pero se cuidó mucho de pronunciar su nombre, que en cambio sí retumbó bajo su cerebro:

¡Nelson Matthews!

Nelson Matthews, el inválido... el superviviente milagroso del estallido de la base secreta... Contempló su ojo único, opaco e inexpresivo, casi tanto como su pupila de vidrio, hábilmente fingida. Luego, su mirada bajó a las piernas del desdichado. Bajo el pantalón remangado por la violencia caída, se distinguía el tobillo velludo de una pierna... y la goma articulada, el plástico metalizado de una pierna artificial, de un prodigio de la ortopedia, que nunca podría igualarse, siquiera de lejos, al miembro auténtico.

Miró, por encima de él, a la larga calle desierta, en sombras. El taconeó se alejaba, se perdía sobre el asfalto, más allá de la barrera de tinieblas que podía captar su mirada. Encogióse, irritado, crispando sus mandíbulas.

—Estoy... herido... —jadeó el hombre yacente, modulando palabras torpes con sus labios, sin moverse del suelo, como si delirase—. Ese maldito... asesino... fue más rápido. Ha... huido...

Peter imaginaba ya todo eso. Pero las palabras entrecortadas del viejo camarada, dieron alas a sus pies. Si a alguien no había esperado hallar en Farat, era a Nelson Matthews, forzosamente dado de baja en las filas del Servicio Secreto. Algo, más fuerte que su propia profesión, empujaba a Matthews al lugar de su primer desastre.

Y ahora, posiblemente estaba abocado al segundo y último...

La ira fría, implacable, hizo presa en Peter. Se irguió, lanzándose en carrera vertiginosa hacia las negruras. Corrió como si llevara alas pegadas a sus pies. Apenas si parecía pisar el asfalto. Y de nuevo, el taconeó del enemigo en fuga, creció de punto. Se aproximaba al

adversario. Eso demostraba que, de nuevo, el fugitivo corría poco, no era veloz más que para matar... Primero Betsy... luego René Dauphine... después, ¿quién sabía cuál más?

Tenía que darle alcance. ¡Era absolutamente preciso! Y parecía posible, al alcance de su mano ya...

El taconeó estaba ante él, acaso a menos de cien yardas. De repente, se apagó. Pero seguía sonando, más opaco. Una esquina; el asesino había doblado una esquina. Peter también la alcanzó y la dobló, ganando en casi cinco segundos al fugitivo.

Le vio ya ante sí. Corría desesperadamente, flotaba tras él un abrigo amplio, de ancho cuello subido... como en Londres. Como la noche del asesinato de Betsy...

No se detuvo el que huía. Por el contrario, aceleró la carrera cuanto pudo. El taconeó se hizo más intenso. Peter disparó sin contemplaciones. Su bala silbó, describiendo una roja lengua junto a la sombra que huía. No la tocó ni logró frenarla.

Un segundo disparo, dirigido a sus piernas, llegó esta vez más tarde que la intención de Peter, y levantó esquirlas de asfalto entre los pies veloces.

De pronto, el fugitivo dobló otra esquina. Por un momento, su sombra se proyectó, siniestra, sobre el asfalto de la calzada, al ser cogida por un fulgor anaranjado y ondulante. Peter, aun antes de girar la curva, sabía que había llegado al centro de mayor violencia en la lucha callejera de Farat.

Cuando saltó al otro lado de la esquina, vio la figura de su perseguido, vacilante ante la cortina de llamas de una manzana de edificios ardiendo, equipos de bomberos extinguiendo el incendio, y soldados armados, que patrullaban en torno, dispersando sin miramientos a cualquier grupo sospechoso de ciudadanos.

Peter tuvo su oportunidad. Y la aprovechó. Vaciló su perseguido, ante la confluencia de dos calles, como si no supiera cuál seguir. Peter ganó terreno, en fulgurante carrera final. Se volvió el enemigo hacia él, como asustado. Y el cuerpo de Steel cayó sobre su presa, en una zambullida en plancha realmente prodigiosa, rodando ambos estrechamente enlazados, por el asfalto. Unas manos nerviosas le golpearon el rostro, unas piernas frenéticas se enlazaron a las suyas, tratando de dificultar su acción.

Pero Peter hincó la automática en el pecho del adversario,

ordenando áspero:

—¡Quieto... o te atravieso, maldito criminal!

Entonces ocurrieron dos cosas increíbles. El criminal lanzó una interjección de estupor, y dejó de agitarse, mirando con ojos dilatados a su captor. Exclamó, con voz sorda:

—¡Ashton! ¡Johnny Ashton!

Y Peter, al reconocer a la persona a quién había perseguido, no pudo ocultar su enorme sorpresa y desconcierto:

—*¡Denise!* ¡Usted...!

CAPÍTULO VIII

MISTERIO

Los personajes reunidos en la «suite» que Peter Steel tenía alquilada en el hotel Oriental, se miraron entre sí con perplejidad. Nadie se atrevía a ser el primero en despegar los labios. Tuvo que ser Nelson Matthews, con la cabeza vendada y su único ojo brillando colérico, el que hablase:

—¡Estoy seguro, bien seguro! ¡El que me atacó no era una mujer, por mucho que insista usted en que taconeaba, señor Ashton!

—El taconeó lo percibí claramente, señor Matthews —Peter habló serenamente, sin dar a su voz otro énfasis que el preciso, procurando disimular su tono habitual—. No una sola vez, sino varias. Por eso lo seguí, hasta alcanzar a la señorita Denise. Y por cierto que mi secretaria va a tener que explicar muchas cosas, si no quiere pasarlo mal.

—¡Pero, Ashton, usted es un monstruo! —gimió ella, retorciéndose las manos—. ¡Pensar que yo... que yo maté a tío René de un modo tan horrible, y luego intenté matar al señor Matthews!

—Vayamos por partes —declaró Matthews con voz sorda—. En principio, y cuando atraído por los disparos me aproximé a ese edificio de la agencia por su parte posterior, yo también creí percibir un taconeó, pero luego fue un hombre el que surgió de las sombras. Un hombre alto, fornido, con abrigo oscuro y sombrero flexible sobre los ojos...

—¡Es el mismo a quién yo vi escapar, después de ver rodar por tierra al señor Matthews! —gritó Denise, incorporándose de un salto—. ¡Le perseguí; es todo cuanto hice, hasta que usted cayó sobre mí como un bárbaro, después de freírme a tiros!

—Usted no se detuvo a mis conminaciones, señorita Dauphine.

—¡No conocí su voz! ¡Pensé que era otro de ellos... de los hombres con quienes estaba usted peleando!

—Es una disculpa muy débil. ¿Pretende decirme que eso es lo que hacía? ¿Perseguir a mi adversario? ¿Y también taconeaba por las calles?

—Sí, taconeaba, aunque usted no lo crea! ¡Posiblemente fuera una mujer disfrazada de hombre, pero así era! ¡Trataba de ver dónde se metía, pero al llegar a la zona de los incendios se me despistó, y mientras pensaba por dónde seguirle, usted me llovió del cielo, derribándome como un salvaje!

—En otra ocasión le pediré disculpas —replicó secamente Peter—. Eso puede ser verdad o no. Pero ¿por qué abandonó el hotel, saliendo detrás de mí?

—Me imaginé que algo le ocurría a tío René. Usted había telefonado, y llevaba un gesto muy preocupado. Temí lo peor... le seguí, a pesar de que los soldados intentaron impedirlo. Pero nunca pensé que fuera tan horrible. ¡Oh, pobre tío! —Se ocultó el rostro entre las manos estremecidas—. ¿Por qué tuvieron que asesinarle así?

—No sé si llegaremos a saberlo alguna vez —eludió Peter—. Estas revueltas tienen cosas extrañas e indescifrables. Odios, enemistades, politiqueos personales... Todo lo que no puede evitarse, y hace tan sangrientas las guerras civiles.

Se volvió a Nelson Matthews, y le miró con fijeza, agregando secamente:

—Y usted, señor Matthews, como ha dicho llamarse, ¿qué hacía por allí? Veo que su estado físico no es el más apropiado para andar corriendo aventuras... y perdone mi crudeza.

—¡No, no soy un hombre en condiciones de luchar! —Se irritó, algo pálido, el antiguo agente del Servicio Secreto. Se irguió, tembloroso—. ¿Y sabe por qué perdí mi ojo y mi pierna, señor Ashton? ¡Se lo voy a decir, por si quiere publicarlo en su periódico! ¡Yo luché por Inglaterra en una ocasión, y perdí todo esto, defendiéndola! ¡Un maldito, solapado enemigo, me causó este mal, me destrozó para siempre! ¡Yo he sido jubilado por inútil para toda acción, pero obro por mi cuenta! ¡Tengo dinero y medios, sé por dónde voy... y no pararé hasta dar con una pista que me lleve a los que me arruinaron para siempre! ¡Entonces, vengaré el mal que me

hicieron, aunque tenga que morir en el empeño! ¡Después de todo, vivir así, es como estar muerto!

—No diga eso, Matthews. Los que murieron, preferían sin duda vivir así...

—Los que murieron... —Nelson Matthews crispó sus labios. Su único ojo brilló—. Sí, mis pobres camaradas... Uno de ellos, murió por traidor. Era compatriota suyo y mío. Sin embargo, luchaba para ellos...

—¿Para quiénes? ¿Para los nacionalistas?

—No, no. Ni comunistas, ni esas zarandajas. Es algo diferente, otra cosa. Hay algo en Kandastán que no está claro. Esas revueltas de esa noche —caminó, cojeando ligeramente, por el centro de la estancia— no son de extremistas vulgares. Una inteligencia diabólica mueve los hilos en la sombra. Un poder nuevo, que ignoramos. Una tercera fuerza vital, que dispone de dinero, de leales y de poderosos medios. Kandastán es país clave en esta región de Asia. El que lo domine, si es fuerte y audaz, puede dominar la India, Pakistán, Birmania, Afganistán, incluso el Irán. Ser el amo de Asia, en definitiva, enfrentándose con el poder de China, de Rusia, de los Estados Unidos o de Inglaterra, si sabe utilizar la mentalidad de estos hombres, con una hábil propaganda político-religiosa por un Oriente nuevo y dominador. Los países irían tras él, sin vacilar.

Peter escuchaba a Nelson Matthews. Su antiguo colega, el inválido jubilado por el *Intelligence Service*, y que ahora no le reconocía, era un hombre experto en cuestiones asiáticas. Si él decía eso, tenía fundamento de causa. Y Peter empezaba a ver aquellos motivos como algo sumamente plausible y razonado, aun en su tremenda, delirante grandeza y ambición desmedida, que posiblemente llevaría lustros enteros para irse concretando. Pero que acaso ahora, en estos momentos, empezaba a perfilarse en Farat.

—Sí, es una historia muy sugestiva —asintió, despacio. Meneó la cabeza, de un lado a otro—. No obstante, totalmente increíble para mis lectores. Hay que estar aquí, respirar el aire mismo de Asia, para escucharle a usted y sentir que todo eso es factible, posiblemente demasiado real y cercano... Nos falta, sin embargo, el hombre, el superhombre, diríamos mejor, capaz de llegar a esa cumbre de poderío y de sueños megalómanos de dominio

continental. Hoy por hoy, no hay nadie con personalidad, para...

—No se fie de eso. Cualquiera puede ser esa personalidad dentro de Asia, si tiene a su lado una mente que se mueva en la sombra. Un antiguo caudillo de Kandastán, el coronel Ormara, desterrado por el primer ministro Kasul Zabad, puede ser ese hombre. Falta de Kandastán hace casi ocho años. Pero tiene fuerza, prestigio, poder y una personalidad magnética. Hay quién dice que ha vuelto, que está aquí, oculto, esperando su momento. Ormara sería capaz de movilizar a toda Asia en pos de su fanatismo. Es astuto, cruel y feroz. El hermano de Kasul, el general Ahmed Zabad, es su enemigo mortal, porque sabe que nacionalistas, extremistas asiáticos de toda laya, seguirían su voz como un solo hombre, arrollándolo todo. Ormara es casi un mito para ellos, por las ideas que dice respetar y amar... aunque en el fondo creo que es un gran falsario.

—Sabe usted mucho de Kandastán, señor Matthews, pero aún no me ha dicho algo: ¿cómo es que se hallaba en las cercanías de la Agencia de Viajes Continental?

—Hay otras cosas que no le he dicho —suspiró el inválido—. Y que no creo necesario ocultar ya. He sido un agente secreto inglés, Ashton. Del *Intelligence Service*. Ellos me han dado por inútil ahora, y no se lo reprocho. Es lo cierto. Pero he vuelto a Kandastán, para vengarme. Busco a los culpables. René Dauphine, señorita Denise, era también agente secreto británico.

—¡No es posible! —gimió ella, asombrada. Y parecía sincera.

—Lo es —sonrió débilmente Matthews—. Iba a verle, nada más llegar a Farat, para pedirle ayuda. Entonces oí disparos. Traté de descubrir la razón, vi huir a aquel hombre, y traté de interceptarlo. Olvidé mi pierna inútil. Me derribó fácilmente, hiriéndome con un disparo que, por fortuna, me tocó solamente de refilón. Luego, huyó a la carrera. Creo que, asustado, grité algo inoportuno sobre Inglaterra...

—No recuerdo nada —dijo Peter, con gran serenidad—. Solamente que pedía auxilio en inglés. Por eso dejé el cadáver de René, y corrí en busca suya.

—Dios mío, si han matado a René, es que sigue habiendo traidores en nuestras filas, o que Peter Steel, el hombre a quien ejecutaron en Inglaterra por traidor, habló demasiado y reveló muchas cosas. Sin embargo, nunca creí que tuviera él contacto con

René. Hasta ahora, había sido un agente al margen de todos los demás...

—De cualquier modo, supieron que era agente —habló Peter, tajante, disimulando su turbación. Hubiera querido darse a conocer al antiguo camarada. Pero la orden era tajante: solamente aquellos que estaban en el secreto, podían conocerlo—. Y le eliminaron brutalmente. Tal vez el que le mató era persona amiga suya, alguien en quien René confiaba...

—Hay agentes de nuestro país en Kandastán ahora, Ashton —dijo con voz ronca Matthews—. Yo les conozco a todos. Pero no puedo revelar sus nombres ni señalarlos. Usted mismo, podría ser un enemigo emboscado. O la señorita Denise...

—La señorita Denise no ofrece una posición muy clara —manifestó Peter con cierta aspereza, mirándola de soslayo—. En cuanto a mí, puedo decirle que soy ante todo inglés. Y que estoy a su lado o al de cualquier otro compatriota leal a Inglaterra.

—Gracias, Ashton —suspiró Nelson—. Le creo. No sé por qué... pero le creo.

—La labor de un periodista no es precisamente la de espiar —siguió Peter—. Podría traer la inmediata expulsión del país, y eso no me interesa. Pero le ayudaré en cuanto me sea posible, Matthews. A usted o a mis compatriotas del Servicio Secreto.

—También lo supongo así. Por ahora, viva al margen de todo. Es un consejo, muchacho. Ya ha podido ver esta noche, que el peligro acecha en todas las esquinas. Y es mortal... En cuanto a la señorita Denise, creo que ha sido víctima de un error muy grave, que pudo incluso costarle la vida. Yo no creo que fuese una mujer mi agresor.

—Yo no sé ya qué creer —suspiró Peter, mirando de soslayo a la bella muchacha.

—Yo, en cambio, sé lo que creo de usted, Johnny Ashton —habló ella con aspereza, casi violenta—. ¡Es un tipo rudo, violento y mal intencionado, que me ha engañado en principio! ¡Voy a solicitar del periódico mi regreso inmediato a Inglaterra! ¡No quiero seguir ni un minuto más a su lado!

Y como dando una prueba evidente de esa determinación, avanzó como una flecha hacia la puerta de la habitación, que abrió. Antes de salir, gritó sobre su hombro:

—¡Y no me haga buscar por la policía! ¡No saldré de este hotel

hasta que tenga el pasaje de regreso, señor Ashton! ¡Pero no quiero verle en absoluto!

—Una mujer de carácter —opinó suavemente Nelson Matthews.

—Sí. Pero ¿hasta dónde es capaz de llegar ese carácter? —musitó Peter, reflexivo—. Es lo que yo me pregunto, señor Matthews... Ahora, por favor, dispénsame. Voy a cenar y a retirarme. ¿Me acompaña usted?

—No, no, gracias. Me alojo en el hotel «Cachemira», no lejos de aquí —se incorporó, y avanzó, renqueando ligeramente, hacia la salida—. Buenas noches, Ashton, y gracias por todo. ¿Va a telegrafiar todo lo ocurrido a su periódico?

—Si la Censura local me deja, lo haré. Imagino que habrá empezado a imperar el estado de alerta.

—Yo también lo imagino. Pero todavía es peor lo que seguirá... Esté alerta, Ashton. Muy alerta, si quiere sobrevivir a la vorágine que va a ser pronto este país...

Peter asintió, mientras la puerta se cerraba tras Matthews. Lamentaba no poder revelar su verdadera identidad al exagente. Si alguien podía colaborar con él eficazmente, era Matthews. Buen conocedor de Oriente y los orientales, de sus problemas y de sus cuestiones políticas y sociales. Y un buen observador de la vida.

Lo que ahora había dicho, era bien cierto. Pronto, Farat, la capital, y Kandastán, el país... y acaso todo Asia... sería la vorágine sangrienta y terrible que pronosticaba el antiguo agente secreto británico...

Pero ¿quién podía ya impedir eso, si la hoguera estaba encendida?

A primera hora de la mañana, llegó al hotel el «jeep» militar. Los soldados armados se extendieron rápidamente en torno al edificio. Formaron un denso cordón, mientras un segundo automóvil negro, cerrado, se detenía delante de la puerta del hotel.

Peter vio todo eso desde su ventana. Le sorprendió que, acto seguido, descendieran del automóvil negro un militar de uniforme gris oscuro, gorra de plato y figura erguida. Desde donde se hallaba, no pudo advertir su graduación. Pero instantes después el timbre del teléfono repiqueteaba en su alcoba.

Intrigado, acudió al receptor telefónico color crema. Lo alzó, preguntando:

—¿Quién llama?

—Aquí la dirección del hotel, señor Ashton —dijo una voz firme—. Tiene usted una ilustre visita. No se mueva de sus habitaciones, por favor.

—¿Yo? ¿Quién me visita? —preguntó Peter, intrigado.

—Su Excelencia, el general Ahmed Zabad, hermano del primer ministro, y jefe del Ejército kandastaní.

Colgaron. Peter se quedó perplejo. No entendía aquello. Esperó, sin embargo. Recordando que su automática se hallaba aún en el bolsillo de su chaqueta, se cuidó de ocultarla rápidamente, en una juntura de los cojines de su butaca. Luego, apaciblemente, sentóse en ésta, arrellanándose y encendiendo un cigarrillo.

Golpearon la puerta suavemente. Peter se limitó a indicar, sin nervios:

—Adelante.

Se abrió la puerta. Primero, aparecieron dos oficiales armados de revólver. Se acercaron a él, en tanto otros dos oficiales, provistos de un pequeño rifle cada uno, escoltaban la entrada.

—Levántese, por favor —pidió uno.

Peter obedeció. Fue cacheado veloz, eficientemente. Luego, se le dejó ocupar de nuevo la butaca, cosa que hizo sin prisas. Entonces, apareció un quinto personaje en la puerta.

Era el militar del coche negro. Alto, enjuto, aceitunado, de ojos oscuros y vivaces, gran expresión de inteligencia. Llevaba bigote negro y una barbita puntiaguda, poco poblada. Era de raza hindú, pero con rasgos muy correctos, muy suaves.

—Buenos días, señor —saludó en inglés correcto, ceremonioso—. Soy el general Ahmed Zabad. ¿Ha oído hablar de mí?

—¿Quién no? —suspiró Peter, poniéndose de nuevo en pie—. El primer militar de Kandastán, si no me equivoco.

—No se equivoca —asintió Ahmed Zabad. Le estudiaba con fijeza—. ¿No está sorprendido por mi visita?

—Sería tonto negarlo. Estoy atónito. ¿Por qué un pobre periodista tiene el alto honor de recibir una visita tan alta?

—No sea modesto —hizo un rápido gesto, indicando a sus hombres que cerrasen la puerta. Obedecieron quedándose fuera. Ambos hombres quedaron a solas en la sala. El generalísimo de las fuerzas armadas de Kandastán, sonrió a Peter suavemente—. No nos

engañemos, señor Ashton. Usted no es periodista. Pertenece al *Intelligence Service*.

—Perdone, general —sonrió Peter, dueño de sí—. Creo que me confunde...

—«Crisálida por la reina» —rió entre dientes, al ver las cejas de Steel enarcadas—. ¿Lo ve? ¿O prefiere seguir fingiendo?

—¿Por qué ha dicho eso de... «Crisálida por la reina»? —El tono de Peter era cauto.

—Usted lo sabe, Ashton. La clave de los hombres del Servicio Secreto. No finja conmigo. Trabajamos juntos. Para salvar Kandastán. Y Asia también. Mi hermano está asustado. Yo, no. Pero es natural. Él es político, yo militar. Sabemos dominarnos mejor, cuando hay motivos para sentir terror.

—¿Hay motivos para aterrorizarse ahora?

—Sí, y muchos —asintió gravemente Ahmed Zabad—. El coronel Ormara está aquí, en Kandastán. Quizá en Farat mismo. ¿Ha oído hablar de él?

—Sí. No hace mucho aún, general. Creo que es el hombre fuerte de Oriente, el ser capaz de trastornar la política y la geografía asiática, si se lo propone.

—Pues se lo está proponiendo. Él es la tercera fuerza oculta que buscábamos todos. Un movimiento religioso-fanático, encaminado a destruir toda influencia europea en Asia, y también a aniquilar a los actuales Gobiernos orientales. Usted está en Kandastán para ayudarnos, Ashton. *Sir* Horace le envió a tal fin. ¿Le basta esto?

—Viniedo de usted, sí. Pero no le sorprendan mis recelos. Hay agentes falsos en nuestras filas. Hombres que traicionan a Inglaterra y a una Asia en paz también. Por eso...

—Por eso volaron en fragmentos hombres y proyectiles hace poco tiempo —sonrió Ahmed Zabad. Hizo un gesto vivo—. Ahora mismo, en el aeropuerto nacional de Farat, hay siete transportes norteamericanos, sin poder descargar su preciada carga. Proyectiles «Thor» y «Júpiter», para las bases anglo-kandastaníes. Hay huelga total de transportes y servicios en Farat. Obvio es decir quién ha promovido esa huelga.

—¡Pero tenemos que intentar algo, para sacar de allí esos proyectiles!

—No es necesario —rió Ahmed—. Ésa es una jugarreta de *sir*

Horace y de los servicios secretos inglés y americano. Los auténticos proyectiles llegaron ya, y están almacenados en el nuevo «Punto R». Nuestro Gobierno y el suyo, disponen ya de los proyectiles en su base. Esta vez no habrá infiltraciones, se lo aseguro.

—¡Dios sea loado, otra treta del viejo *sir* Horace! —Peter preguntó después—: ¿Quiénes traían ese cargamento?

—Hombres de toda confianza. Todd Gruber, del Servicio Secreto de Washington. Y Kenneth Pierce y el teniente Edmond Forbes, del *Intelligence Service*. ¿Les conoce?

—Les conozco —asintió Peter, sorprendido.

—Pues por ellos he sabido su presencia y situación en Farat. Las cosas se precipitan, y habrá que alterar los planes. Por eso he venido aquí. Vamos a fingir que está usted arrestado, acusado de traición y de espionaje en territorio kandastaní. Eso justificará a ojos ajenos mi presencia en el hotel. ¿De acuerdo, Ashton? Forbes y Pierce le esperan en un lugar adonde le conducirán mis hombres. Yo he de ir al Palacio Presidencial, a reunirme con mi hermano Kasul, para examinar la situación desde un punto de vista que a ustedes no afecta: el militar. El estado de sitio se ha declarado oficialmente esta madrugada por Radio Nacional de Farat.

—Sí, ya lo oí en el boletín informativo de las tres, general.

—Pues ya comprenderá nuestra misión. Mis hombres le llevarán hasta Forbes y Pierce. Nos veremos más tarde... en la Base Secreta. En el «Punto R», Ashton. Ahora, tiene que fingir. Es nuestro prisionero, recuérdelo. Aténgase a su papel.

—Lo intentaré —a Peter le incomodaba esa idea, pero era preciso seguir el juego—. ¿Y la señorita Denise Dauphine?

—Nada tiene que saber por ahora —sonrió Ahmed—. Está sometida a vigilancia. Si no descubrimos nada sospechoso en ella, relacionado con el crimen de René Dauphine y la agresión al antiguo agente Nelson Matthews, es posible que se reúna pronto con usted.

—No se les escapa nada, ¿eh, general?

—Casi nada —el jefe militar de Kandastán rió—. Además de general del Ejército, soy jefe de la Policía Militar Especial. Es mi deber estar al tanto de todo, señor Ashton.

—Ya veo. ¿No temen que siga habiendo traidores en nuestras filas de agentes?

—No, señor Ashton. El traidor fue ejecutado en su día, en Inglaterra, ¿lo olvida?

—Oh, cierto. Peter Steel —el propio aludido, esbozó una mueca—. ¿Era él solo?

—Nuestros informes, así lo aseguran. Muerto Steel, no hay peligros. Pero siempre es conveniente tomar precauciones. Adiós, Ashton. Sea buen actor, se lo ruego...

—Trataré de imaginar que tengo ante mí las cámaras cinematográficas —rió Peter, inclinándose ceremonioso ante el alto militar hindú.

Éste salió en silencio de la estancia. Peter, rápido, sepultó el arma en su bolsillo de nuevo. Luego, vio venir hacia sí a los militares armados. Alzó sus brazos, burlonamente.

—A su disposición, señores... —dijo, con sencillez.

CAPÍTULO IX

BASE SECRETA

Un «Jeep» militar le condujo a la Jefatura de Policía Central, en el núcleo urbano más vigilado y patrullado de Farat.

Entre cuatro soldados armados, fue introducido en el local, y conducido hasta el interior. Un oficial leyó sus documentos, dio una orden en kandastaní, y fue conducido al interior de una sala cerrada. De allí, otro oficial armado le guió hasta un despacho interior.

En él, se encontró con Pierce y el teniente Forbes.

Ambos se incorporaron al verle llegar. Forbes se adelantó a estrecharle la mano.

—¡Hola, Ashton! —saludó—. ¿Ya sabe las noticias?

—Me ha informado el propio general Zabad. Parece ser que las cosas se precipitan.

—Eso es poco decir. Estamos en pleno torbellino —habló apasionadamente Kenneth Pierce—. A la calle aún no han llegado noticias, pero ha estallado la revuelta en el norte del país, cerca de la frontera con la India. Tribus y guerrilleros están atacando Zuhar, punto fuerte de comunicaciones ferroviarias, y el aeropuerto militar de Sanghoa. Si ese movimiento tiene éxito, pronto rodearán Farat con una bolsa, en cuyo interior cazarán al grueso del ejército kandastaní.

—¿Es el coronel Ormara el que acaudilla el movimiento rebelde?

—Sí, eso se temen todos, o esas tribus jamás hubieran alzado sus armas contra Kasul Zabad. Solamente el magnetismo de un coronel Ormara podía llevar consigo a todos los pueblos hindúes fuertemente religiosos y nacionalistas.

Peter asintió en silencio. Miró a sus dos compañeros.

—Y bien —dijo—. ¿Ahora qué hemos de hacer? El general me ha contado la artimaña de *sir* Horace. Los proyectiles que habéis escoltado hasta Farat...

—Latón vacío, muy bien preparado —rió Forbes—. Unos hermosos cuerpos de metal, en cuyo interior no hay nada, sino el lastre preciso para engañar a los demás. Los proyectiles llegaron días atrás, y están ya en la base. Hemos de procurar por todos los medios que no se destruyan ni caigan en poder del enemigo, Ashton. Son la única defensa posible de Farat y del Gobierno de Zabad. Y también de los intereses británicos en Kandastán, la India y todos los países de la Mancomunidad británica en Asia.

—¿No respetarían los nacionalistas de Ormara nuestros derechos en Kandastán?

—No. Ni en parte alguna de Asia. Lamento decírselo Ashton, pero en Zuhar, han sido pasados a cuchillo, según noticias de la Emisora de allí, ahora en poder rebelde, todos los ciudadanos franceses, americanos, ingleses y rusos que residían en el lugar. Es algo más que un movimiento antibritánico. Es un movimiento asiático, contra todo hombre de raza blanca, oriental u occidental. Es un golpe antirracial de proporciones insospechadas, si sigue adelante. ¿Comprende ahora la importancia de los proyectiles, en nuestra actual Base Secreta?

—¿Y cuál es ahora el «Punto R»? —interrogó Peter Steel, sombrío.

—Lo vamos a saber enseguida —dijo roncamente Forbes—. Nuestra misión es esperar. Pronto vendrá el hombre que conoce esa Base Secreta. El único que nos puede llevar a ella, por orden expresa de *sir* Horace Leighton. Éste es un juego peligroso y sutil, en el que todo pende de un hilo. Ninguno sabemos nada del «Punto R». Así no podemos cometer traición. Luego, una vez dentro, no podremos salir, hasta que esos proyectiles hayan comenzado a ser dirigidos contra los núcleos principales de los rebeldes, anunciándoles nuestra aniquiladora fuerza. Un sabotaje, a estas alturas, sería trágico para nosotros.

—Puede ocurrir, a pesar de todo —Ashton entornó los ojos—. Recuerden... lo anterior.

Forbes asintió, mirando significativamente a Steel. Pierce ignoraba su auténtica identidad. Ya no parecía tener objeto, pero

era preciso seguir la farsa hasta el fin. Después de todo, el traidor aún seguía existiendo. ¿Quién sería?

Se sentó junto a sus compañeros, fumando nerviosamente un cigarrillo. Poco después se aproximaron nuevos pasos hasta la puerta de la sala. Todos miraron en aquella dirección. Se abrió la hoja de madera...

—¡Nelson Matthews! —Forbes se incorporó dando un brinco, al reconocer al inválido exagente—. ¿Qué hace usted aquí?

—Ya lo ve —sonrió el hombre que sufriera las graves heridas—. De nuevo juntos, mi querido Forbes. El general Zabad ha ordenado mi detención. Y me traen aquí.

—¿Con nosotros? —Peter Steel le miró, sorprendido—. Me dijo usted que ya no era...

—¿Agente secreto? —Matthews sonrió burlón—. Oficialmente, no lo soy. Pero *sir* Horace me utiliza todavía. Así soy más útil a la causa, señor Ashton. Siempre me figuré que usted era de los nuestros, y no un periodista. Incluso advertí en usted algo familiar, no sé... como si le conociera.

—Es curioso —apuntó vivamente Kenneth Pierce, aguzando la mirada de sus ojos azules—. A mí me ocurre igual, desde que le vi en Cockspur Street aquella noche...

Forbes, rápido, intervino, cortando las palabras de Pierce, con tono grave:

—Señores, dejemos de discutir eso. Matthews, me alegra tenerle de nuevo a nuestro lado, aunque sea... tal como le dejó la voladura de los proyectiles. ¿Es usted el encargado de llevarnos hasta la Base Secreta?

—¿Yo? ¡Oh, no! —Agitó sus manos—. El viejo debe tener mucha confianza en alguien, para haberle elegido como único conocedor del «Punto R». Y no se fía de nosotros. He de esperar, como ustedes... a ese emisario especial.

En ese instante, volvió a rechinar la puerta. Todos se volvieron, sobresaltados. No apareció nadie conocido. Solamente un oficial kandastaní, que les sonrió, sobre su metralleta en ristre. Los ojos del hindú eran graves, pensativos.

—Por favor, señores. Su enlace ha llegado. Les espera abajo, en un coche blindado. No en la calle, naturalmente. Síganme, por favor.

Los cuatro se pusieron en pie. El oficial les guió hasta un corredor, y por éste, de sonoros ecos metálicos, hasta una escalera metálica que se hundía en el subsuelo del edificio de la Jefatura de Policía de Farat.

La escalera les dejó en una especie de patio cubierto por una vidriera que el oficial les señaló como a prueba de balas. Formaba claraboya sobre un rectángulo de cemento, en el que vieron un coche negro, no muy grande y con matrícula de Farat, sin distintivos oficiales. Ante el coche, la negra boca de un túnel, abría su camino hacia alguna parte.

—Suban, por favor —indicó el oficial—. Tienen al volante al agente especial número Uno, que les conducirá hasta su Base Secreta. Buena suerte, señores.

Saludó militarmente. Los cuatro echaron a andar, profundamente intrigados, bajando los tramos de piedra que conducían al coche. Éste tenía los vidrios azulados, haciendo muy difícil la visibilidad desde el exterior. Una figura difusa, inclinada sobre el volante, aguardaba su llegada.

Abrió Forbes la puerta de atrás. Se hizo a un lado.

—Vengan conmigo, Matthews. Y usted, Pierce. Aston puede ir delante.

Un compartimiento de cristal esmerilado separaba un lado de otro, dentro del coche. Para Forbes y los demás el conductor era totalmente invisible. Sólo una silueta borrosa, un perfil irreconocible. Pierce y Matthews se miraron, como ansiosos de conocer al que ocupaba el volante. Pero Forbes habló, tajante:

—Fueron las instrucciones que recibí, caballeros... Ashton debe ir delante. No pregunten por qué. Son órdenes. Vamos, no perdamos tiempo.

Eran disciplinados, y acataron la orden. Peter, por su parte, subió al compartimiento delantero. Sentóse, cerrando la portezuela, miró al conductor del automóvil negro y blindado, y tuvo que contenerse para no lanzar una interjección.

—¡Santo cielo! —balbució, mientras el personaje del volante hacía un vivo gesto de silencio—. ¡Usted...! Siempre la encuentro en los sitios más inesperados. ¿Cómo...?

Denise Dauphine sonrió enigmáticamente, encogióse de hombros por toda respuesta. Después, puso en marcha el coche con rapidez,

y se adentraron en las negruras del túnel con vertiginosa rapidez y suave rodar.

El viaje fue largo, a través de sectores suburbanos, y posteriormente por una carretera poco amplia, que les dejó en un camino vecinal embarrado, y por él se adentraron en un terreno boscoso, ondulado y totalmente desconocido, a través del cual viajaron casi durante dos horas.

Por último, atravesaron un amplio páramo, de escasa vegetación y tierra pantanosa. Algunos pueblos indios quedaron atrás, dispersos en la planicie. Se cruzaron con animales típicos del lugar, que huían ante la presencia del rápido y rugiente coche.

Peter Steel, rígido, silencioso, iba atando cabos en su mente. Algo no estaba claro en todo aquel complicado juego que parecía movido desde la sombra por la habilidad suprema, diabólica, de *sir* Horace Leighton. O tal vez, estaba demasiado claro para él.

Porque en la mente de Peter, una teoría iba tomando forma. Una teoría en la que sólo faltaba un rostro, una incógnita por despejar... Miró hacia el espejo retrovisor, y tuvo un movimiento de sobresalto.

—¡Nos siguen dos coches! —susurró a Denise Dauphine, que parecía conocerse el terreno palmo a palmo, como si jamás hubiera salido de allí.

—Sí, ya lo veo —asintió ella, con un murmullo—. Son autos del Ejército, no tema. Los hombres del general Zabad nos escoltan. Es lo convenido. Quizá el propio general viene con sus hombres de confianza.

Peter asintió. Eso era perfectamente natural. Su misión estaba al lado del Gobierno de Kasul Zabad y su hermano. Por un momento, había temido que fuesen otros sus seguidores.

—Mire. Ya llegamos al «Punto R»... —dijo bruscamente Denise, haciendo virar el coche en una curva del camino.

Peter, sorprendido, miró ante sí. Estaban salvando un puente de madera, sobre un caudaloso río. Al otro lado, se alzaba simplemente un dique artificial, formando un pantano para las aguas del río. El muro de hormigón tendría ochocientos pies de altura.

—¿Dónde? —interrogó Steel—. No veo señal alguna de la base...

—Está viendo la propia base —rió Denise—. Ese dique señor Ashton, es el «Punto R». Debajo de la superficie, aparentemente inocente, del pantano, están los proyectiles. Y los demás hombres

del Servicio Secreto, esperándonos, junto a los técnicos norteamericanos en balística intercontinental. Es una especie de fortaleza submarina, muy bien camuflada. Cuando brigadas de obreros alzaron ese dique de contención, lo que hicieron en realidad fue construir la fortaleza submarina, y dejar luego que las aguas cubrieran su mole de hormigón, cemento y acero. Ni el propio Gobierno lo sospechó.

—¡Cielos, qué prodigio! —Peter la miró de soslayo—. Bien me engañó, Denise. Usted era agente, igual que yo, al servicio de Inglaterra...

—Nos engañamos mutuamente —rió ella—. Yo tenía órdenes de fingir con usted, igual que usted conmigo. La verdad es que sospechaba de usted como agente enemigo. Luego, pensé que era la pantalla para ocultar la razón de mi propio viaje a Kandastán. El viejo *sir* Horace es un bribón que se las piensa todas, Ashton...

—Si lo que yo imagino es cierto, aún piensa todas y alguna más —farfulló Peter.

—¿A qué se refiere? —Se intrigó ella.

—A nada, Denise, a nada. Diga, ¿va a convertir este portentoso coche en submarino, para alcanzar la base sumergida?

—No —rió ella—. Es más fácil. Vea...

Habían salvado ya el puente. Descendieron hacia la orilla. Corriendo paralelamente al río. Detrás suyo, siempre la escolta militar del general Zabad.

Otra carretera ascendía hacia la cumbre de la presa. Les llevó unos diez minutos alcanzar su cúspide. Y entonces, penetraron por la carretera del propio dique. Se abrió ante ellos, la puerta deslizante de una edificación que parecía destinada a los guardas de la obra. Se cerró luego la puerta. Y el suelo, bajo el coche, cedió comenzando a descender. Era un ascensor. Un ascensor a la profundidad del pantano...

Peter entendió. Todo sencillo, pero eficaz. Y totalmente insospechado. Ya estaban en la Base Secreta. ¿Qué iba a suceder ahora?

El viaje en ascensor terminó en una galería metálica, un túnel sobre el que sin duda circulaban las aguas del pantano, como un velo perfecto, insondable, incluso para la vigilancia aérea.

La iluminación allí era cruda, intensa, sin sombras. Las pisadas

resonaban huecamente bajo la bóveda metálica. Denise saltó a tierra, dejando el automóvil. Dos hombres con uniforme blanco, de la Policía Militar británicas, armados de rifles, avanzaron a su encuentro.

—«Crisálida por la reina»... —les dijo Denise, que agregó enseguida—: «Invitados en casa».

—Bien, señorita —saludaron los dos militares—. Sigan, por favor, hasta el fondo del túnel. ¿Le acompañan John Ashton, Edmond Forbes, Kenneth Pierce y Nelson Matthews?

—Todos están aquí —les señaló, mientras bajaban del coche. Ellos miraron con profundo asombro a Denise a excepción de Peter, que sonreía. Junto a ellos, bajaron de la altura dos nuevas plataformas o ascensores automáticos. Salieron oficiales kandastaníes armados. Todos dieron su clave también. Del segundo coche, el propio general Zabad asomó, cubriendo su brillante uniforme con una capa azul marino cerrada al cuello. Sonrió exquisitamente a Denise y saludó a los agentes británicos.

—Bueno, señores. Ya estamos en el «Punto R» —dijo admirando, estudiando la obra en derredor suyo—. Un trabajo perfecto, ciertamente. Y que ni siquiera nosotros hemos llegado a imaginar. Vamos, señores. Las últimas noticias son graves. Zuhar, Sanghoa y Nabat-Fazzen han caído en poder de los hombres de Ormara. Si no se destruyen Zuhar y los demás sitios, con proyectiles dirigidos, la rebelión acabará triunfando.

—En marcha, pues —indicó Forbes, roncamente—. Los técnicos deben de estar esperando instrucciones. Esta vez, nadie destruirá esos proyectiles.

—Descuide —dijo Zabad—. Hemos adoptado todas las precauciones imaginables.

Echaron a andar. Delante de ellos, Denise, Peter Steel, Forbes y el general Zabad. Detrás, los demás agentes, con los militares kandastaníes. El túnel hizo un recodo. Sobre los muros metálicos, fulgurantes y bruñidos, indicadores luminosos señalaban la dirección a seguir. Con la clave, dos grupos de centinelas les dejaron paso.

Peter iba reflexionando. Aquel túnel, tan similar al otro donde se hallaba cuando le golpearon, cuando voló por los aires la anterior base, con su carga de proyectiles... El taconeo de los hombres, bajo

el techo curvado, brillante de luz... Tac... tac... Tac... tac... Paso a paso se acercaban al final.

¡Aquellos pasos! Unos desentonaban, producían un tap-tap especial, fuerte y seco. Un taconeo que le era familiar... siniestramente familiar.

Miró vivamente a los pies de Denise. Ella calzaba zapato bajo, con suela y tacón de crepé. Pisaba blanda, esponjosamente, sin ruido... ¿Quién, entonces...?

Sus ojos siguieron, disimuladamente, por el suelo metálico, terso, que reflejaba las figuras en movimiento. El taconeo se hacía ensordecedor en su mente, alucinante...

Vio unos pies que pisaban con un ritmo diferente de los otros. Un pie que arrastraba ligeramente al pisar, otro que se apoyaba con fuerza sobre el talón, produciendo un taconazo intermitente, como el de un zapato de mujer. Y un bastón luego, completaba el tac-tac...

Entonces se completó el cuadro. El personaje de Cockspur Street, en Londres... El asesino de René Dauphine en Farat... ¡El hombre alto y vigoroso que cayó sobre él en un túnel similar a aquél! ¡El traidor... el traidor del *Intelligence Service*!

Se volvió en redondo, le señaló con mano firme. Y su voz retumbó huecamente bajo el techo metálico, al acusar al que taconeaba de aquel modo:

—¡*Nelson Matthews*! —aulló—. ¡Arréstenlo, pronto! ¡O repetirá su hazaña! ¡Ese inválido que inspira lástima... es el traidor, el hombre que asesinó a Betsy Steel y a René Dauphine! ¡El agente enemigo en nuestras filas... es Nelson Matthews!

El cojo de un solo ojo de visibilidad, se detuvo, atónito. Su bastón se alzó en el aire, una palidez mortal cubrió su rostro, y pareció adherir sus pies al suelo.

Forbes, Denise, Pierce y el propio Zabad le miraron con asombro, Matthews, aunque alterado, habló roncamente:

—¿Está loco, Ashton? No sabe lo que dice...

—¡Sí lo sé! —gritó Peter—. ¡Lo he reconocido, Matthews! ¡Usted me golpeó aquel día, en el túnel! ¡Debió ser alcanzado por la explosión por simple error... y eso le libró de muchas sospechas! ¡Pero usted fue quien me atacó! ¡El único de quien nunca sospeché!

—¿Qué yo le ataqué a usted? —Matthews soltó una seca carcajada—. ¿Cuándo, Ashton?

—No soy Ashton —dijo duramente Peter, mirándole a su único, brillante ojo—. ¡Yo soy Peter Steel, el hombre ejecutado en Inglaterra por su traición, Matthews!

Esta vez, la sorpresa venció toda resistencia del traidor. El cojo Matthews enarboló su bastón febrilmente, con expresión terrible, reconociendo a su enemigo con increíble estupor, del que formaron parte Denise, Pierce y el propio Zabad.

—¡Vamos, general, arreste a ese hombre! ¡Si escapa, volverá a destruir! ¡Es un criminal, un fanático capaz de todo! —gritó Peter, desenfundando su propia pistola.

Pero entonces ocurrió la última y más colosal sorpresa del dramático momento. Zabad dio una seca orden. Sus militares alzaron las armas. El general kandastaní disparó sin vacilar... pero sobre la mano armada de Peter.

Éste vio volar su automática, alcanzada por el balazo de Ahmed Zabad, disparando con silenciador. Y la voz serena, dura, habituada a mandar, del hermano del primer ministro, ordenó:

—Quietos todos, o haré disparar a mis hombres. Usted también, Peter Steel. ¡Todos ustedes!

—¿Qué significa esto, general? —gritó Forbes—. ¡Ese hombre dice la verdad! ¡Es Peter Steel... y acaba de descubrir al traidor, que puede destruir de nuevo la obra nuestra!

—¡Silencio todos, señores! —Ahmed Zabad se volvió despacio al inmóvil Nelson Matthews—. Señor Matthews, ha sido usted un estúpido al delatarse de ese modo. Pero todo tiene remedio aún. Desarme a esta gente. ¡Hemos vuelto a ganar la partida... y ahora definitivamente!

CAPÍTULO X

CATÁSTROFE

Bruscamente, el cuadro había sufrido un trágico, y asombroso cambio.

Se hizo el silencio en el túnel.

Peter Steel, al igual que todos los demás, sometidos al implacable celo de los fusiles ametralladoras apuntados sobre ellos, y viendo cómo Nelson Matthews, con sus armas, se apartaba hasta reunirse con el general kandastaní, encajó sus mandíbulas con ira.

—De modo que eran ustedes los traidores —silabeó—. ¡Matthews, un inglés! Y usted, Zabad... ¡el propio hermano del primer ministro!

—Ahí termina mi parecido con Kasul —dijo fríamente Zabad—. No es un buen gobernante, porque nos vende a los europeos, a la raza blanca, que esclaviza a mi pueblo desde hace siglos. Por eso nuestro movimiento de liberación no puede ser simplemente nacionalista, como el del coronel Ormara, que pregonaba una convivencia pacífica con los ingleses, americanos y franceses, pero sin dominio de ninguno. ¡Yo, Ahmed Zabad, propugno algo más! ¡La total extinción de blancos en Asia! ¡El dominio absoluto de nuestra raza sobre todos los pueblos orientales! ¡Y una política fuerte, agresiva, dura, capaz de ser respetada por el temor! Kandastán es sólo el principio del fin... Hay dinero, fuerza militar, política y racial, para aplastarles a todos en todos los frentes señor Steel.

—¿De modo que no era Ormara el agresor, el caudillo de esta lucha?

—¡Claro que no! —rió Zabad, con ojos brillantes—. ¡Ormara agoniza en una celda secreta de la prisión militar de Farat, bajo

nombre falso! ¡Pero mientras el pueblo crea que yo soy Ormara, que Ormara vive y dirige desde la sombra la revuelta, ésta triunfará! ¡A pesar de sus proyectiles, a pesar de todo, perros ingleses!

—No triunfará, estoy seguro —dijo duramente Peter—. Pero en usted eso es perdonable, general Zabad. Lucha por su raza. Pero ¿y usted, Matthews? ¿Por quién lucha?

—¡Por mi fortuna! —aulló Matthews, con su único ojo brillando de codicia, de malignidad—. ¡Por el oro que el general Zabad ha prometido a quienes le sean leales! ¡Hay dinero para comprar a cientos de ingleses, de americanos, de rusos, franceses, alemanes, indios, chinos o de donde sea! ¡El dinero todo lo puede, Steel! ¡Y si no, pregúnteselo a Betsy, a su querida esposa! ¿Por qué ella le traicionó, por qué fue capaz de unirse a mí, en la acción contra el *Intelligence Service* y contra su propio marido? ¡Por dinero, Steel! ¡Todo por dinero!

—¡Calle de una vez, maldito traidor! —rugió Peter.

—¡No callaré! —Agitó una mano frenética—. ¡Betsy no era buena, de acuerdo! ¡Pero yo sabía que, después del accidente, no podía enamorarla con mi físico! ¡Mi único ojo y mi pierna destrozada, que suplía una ortopédica! ¡Un pobre inválido, que no podía seducir a la señora Steel! ¡Pero sí la seduciría el dinero, hasta el punto de hacerla traicionar todo! ¡Incluso a usted! Lo hizo, Steel... No sé por qué no le fusilaron, o cómo me engañaron con su jugarreta. Nos engañaron a todos, la verdad. *Sir* Horace es maestro en esos trucos. No sé por qué, casi sospeché que usted vivía, cuando aquella noche, al ir a hacer mi visita a Betsy Steel, ella me salió aterrorizada, y vi su sombra allá dentro. La maté, porque era peligrosa con vida... y huí. El maldito taconeó de mi pierna y de mi bastón, temí que me delataran. Pero ustedes pensaron en una mujer, y eso me ayudó. Después de todo, nadie iba a sospechar de mí... Sería absurdo, suponer a una víctima del sabotaje, culpable del mismo.

—Sigue pareciendo absurdo —gruñó Steel—. ¿Cómo ocurrió eso?

—Un error. La explosión se anticipó, algo falló en el mecanismo. Pude haber volado con los demás, pero me libré de milagro. ¡Sin embargo, les odié más desde entonces, a todos ustedes! ¡Fueron culpables, con sus malditos ingenios de guerra y destrucción, de mi

infortunio!

—El culpable fue usted mismo con su traición cobarde, su repulsivo crimen...

—¡Para mí, siguen siendo ustedes culpables de muchas cosas! ¡Soy más idealista que todos los necios que ayudan a destruir a la Humanidad, pese a mis defectos! ¡La ambición humana, Steel!

—En usted es nauseabunda. ¿Por qué mató a René Dauphine?

—Tenía que hacerlo. Dauphine era vigilado por nosotros —dijo fríamente Zabad—. Al recibir su visita aquel día, estaba claro que también ustedes eran espías ingleses. Sabíamos que él lo era, pero nos era útil vigilarle de lejos, como cebo para los demás. Matthews se cuidó de visitarle. René no sospechó de un camarada. Y Matthews le atravesó la garganta con el cortapapeles, sin que René pudiera defenderse siquiera.

—¡Canalla! —gimió Denise, muy pálida, apoyándose en Forbes.

—No tenía nada contra él, pero era necesario eliminar agentes enemigos —siguió Matthews, roncamente, con indiferencia—. Llegó usted muy a tiempo, cuando yo aún estaba registrando, en busca de documentos, claves y demás cosas. Había reconocido, como temía, que la voz del teléfono no era la de ningún empleado de Dauphine. Huí, tras dispararle. Pero usted me alcanzó con su bala, Steel. Escapé a duras penas, hasta donde me aguardaba otro agente nuestro. Rápidamente, le di el revólver con el que disparara sobre Steel, y fingí caer, atacado por él. Él se escapó, cuidando de taconear con fuerza. Al parecer, atrajo a la señorita Denise, que era algo más que una curiosa periodista, lo mismo que el falso señor Ashton. Entre sí se confundieron ustedes, favoreciendo mi posición. Y eso fue todo. Cuando le hablé de la situación en Kandastán, era preparando el ambiente. Había que crear la impresión de que es Ormara el líder de la revuelta. Y aún hay que seguir creándola, engañar siempre a los que lucharán, creyendo que defienden al coronel Ormara...

—Pero ahora sabemos nosotros la verdad —avisó Pierce.

—Una verdad que no dirán a nadie —rió duramente Zabad—. Cuando esta base vuele con sus proyectiles, ustedes irán con ella. ¡Vamos, sujeten a esos hombres! Esta vez... NO HABRÁ SUPERVIVIENTES.

Fueron aferrados por soldados del ejército kandastaní, traidores

a su Gobierno. Steel trató de resistirse aún. Su puño derecho salió disparado y derribó a uno. Otro recibió un cabezazo en el estómago y se dobló, tosiendo secamente. Pero la culata de un fusil golpeó la nuca de Steel y el joven agente británico cayó de rodillas, siendo dominado fácilmente.

—Un bravo luchador el señor Steel —dijo Zabad, con admiración—. Lástima que él no fuera capaz de pasarse a nuestro bando. Lo siento, pero de mi sistema de ejecución, no es fácil escapar. Ahora su muerte va a ser bien cierta, dentro de esta tumba húmeda. En marcha, hay que apoderarse del *stock* de proyectiles. Antes de que estén sobre aviso, y puedan defenderse. Vamos, amordacen a esos hombres y a la señorita Denise. No quiero alarmas prematuras. Todo ha de ser silencioso...

Fueron amordazados, y ligadas sus manos y tobillos con esposas de acero. Se les dejó en el suelo, mientras Matthews y Zabad, al frente del grueso de fuerzas kandastaníes, se alejaban por el corredor. Era evidente que hubieran preferido esperar a desenmascararse hasta el fin. Pero el repentino descubrimiento de Peter, había malogrado en parte sus siniestros planes.

Ahora, impotentes, los cuatro agentes secretos, leales a Inglaterra y a su causa, tenían que ver al enemigo feroz, solapado, a la auténtica fuerza ignorada de Kandastán, que *sir* Horace llamara «incógnita Equis», sin imaginar siquiera su auténtica identidad, avanzando hacia la base secreta, hacia los proyectiles norteamericanos encerrados allí, que de nuevo serían objeto de catástrofe, de destrucción, y no de victoria para una causa justa y civilizada.

Steel y Forbes lo intentaron todo para desasirse o despojarse de sus mordazas y así gritar y dar aviso a los centinelas de la base sumergida en el dique. Habían sido ligados a tubo metálicos del corredor, a distancia prudencial para no tocarse uno a otro. Y un guardián kandastaní, armado de fusil, montaba guardia, a escasa distancia de ellos, presto a disparar sobre ellos su pistola, provista de silenciador, si intentaban algo eficaz, cosa que parecía bastante imposible.

Los minutos, lentos, angustiosos, transcurrieron, y tensando los nervios del grupo de cautivos. Viendo aproximarse el desastre inevitable, si triunfaba Zabad...

Y triunfó.

Apenas si había transcurrido media hora, cuando regresaron pasos por el corredor. Peter, esperanzado, alzó su rostro sudoroso, miró a Denise, que se había dejado caer, impotente, y se alzaba también con una leve esperanza. Forbes y Pierce se miraron entre sí también.

Pero la esperanza se disipó pronto. Regresaba gente, sí. Pero entre ella, una persona de singular taconeo. Pronto, en un recodo del túnel, al que apuntaba el soldado de vigilancia con su fusil, aparecieron el general Ahmed Zabad y Matthews, al frente del grupo de militares. Éste iba casi completo. Sólo faltaban dos. No era difícil imaginar lo que les había ocurrido, en la sorda lucha.

—Asunto resuelto, caballeros —les dijo fríamente Zabad—. Los técnicos de la sala de proyectiles han sido vencidos. Muertos o hechos prisioneros. Los proyectiles han sido situados en un circuito eléctrico que provocará una chispa dentro de pocos minutos. Exactamente doce. Entonces, volarán todos ustedes por el aire, con toneladas de agua que pesan sobre sus cabezas. Estos túneles y toda su instalación desaparecerán a la vez que sus cuerpos. Hay veinte proyectiles «Thor» y «Júpiter». Su carga, bastará para destruir totalmente este dique. Adiós, señores. ¡Buen viaje a la Eternidad! Lo siento por usted, bella señorita Denise... pero no hay otro remedio. ¡Vamos, que tenemos el tiempo justo...!

Echaron a correr por el túnel, alejándose. Les dejaron solos. Los pasos se perdieron. En último lugar, el cojeante
tac-tac

de Nelson Matthews, el traidor. El silencio sordo, de tumba terrible, quedó con ellos.

Denise lucía sobre su seno un curioso colgante con una diminuta esfera de reloj. Era una joya, un adorno caprichoso. Jamás pensó ella que se convirtiera en centro del angustioso interés de sus compañeros. Todos centraron en el relojito su mirada.

El
tic-tac

era inaudible. Pero las menudas saetas se movían, marcando el compás inexorable del tiempo. De repente, aunque fue un simple murmullo bajo la mordaza, la voz ronca de Kenneth Pierce llevó al terror y el sobresalto a los demás:

—Siete minutos... —dijo—. Han pasado siete... ¡Tenemos cinco minutos de vida!

Nadie replicó. Con sus manos esposadas a la espalda, en torno a los tubos metálicos del paso del aire y calefacción, cuatro rostros sudorosos, pálidos, tensos, se miraron en alucinante, desesperada mudéz.

Peter Steel miró a Denise con amargura. Pensó que morir no era tan terrible como otros creían. Él había pasado ya ese trance otra vez, aunque fingido. Ahora era cierto, y sin embargo parecía igual.

Una nueva ejecución. La segunda ejecución para Peter Steel. Pero ésta terriblemente real. Cierta, inexorable. No tenía miedo a morir. Pero sin saber por qué, lamentaba la vida. Y mirando de nuevo a Denise, se dijo que acaso por ella...

Los minutos se agotaron...

Cinco... cuatro... tres... dos... ¡Uno! El minuto final.

Y del minuto final, llegó el último, el postrero segundo...

El pantano se levantó bruscamente, sacudido por la tremenda explosión, formando una oleada pavorosa de agua, toneladas de líquido elemento a las alturas, en colosal surtidor estruendoso.

Resquebrajóse el dique, bajo el impacto de las aguas lanzadas por la explosión.

El río comenzó a subir de cauce, anegado por las aguas que caían en aparatoso, fragoroso torrente desde casi mil pies de altura.

—No han debido estallar todos —dijo Matthews, contemplando el espectáculo con su ojo brillante y malévolo—. Hubieran provocado mayor explosión...

—¿Y eso qué importa? —Gruñó Ahmed Zabad, a su lado dentro del coche, impertérrito observador del caos—. Lo cierto es que la explosión ha destrozado el interior del pantano, y ha roto el dique. Vea los fragmentos de proyectiles, flotando en las aguas y dígame si no es suficiente...

Era cierto. Fragmentos astillados, rugosos y casi irreconocibles, de cuerpos acerados, con la forma de proyectiles de enorme tamaño, caían ahora, saltando en el rugiente torrente que brincaba de las alturas. El dique se desmoronaba ya, hecho pedazos, como si fuera una obra infantil de arena, resquebrajada por el agua.

—Vamos ya —dijo fríamente Zabad—. La tragedia ha terminado, Matthews.

Los dos coches militares de los hombres que constituían el núcleo traidor que iba a variar los destinos de Asia, se pusieron en marcha, de regreso a Farat...

CAPÍTULO XI

LO IMPREVISTO

Kasul Zabad, primer ministro de Kandastán, escuchó el relato de su hermano, sombrío e impresionado ante él. A un lado, Nelson Matthews corroboraba, con una expresión desoladora, llena de vivo horror, el relato del general de las tropas de Kandastán.

Kasul, más alto, moreno y enjuto que Ahmed, aunque algo menos rígido de aspecto, y de rostro totalmente afeitado, vestía un traje blanco de hilo. Parecía un ciudadano cualquiera, no el primero en Kandastán.

Dejó caer la cabeza, abatido, sobre la amplia mesa que ofrecía ante él el mapa en relieve de su Estado, con unos alfileres de roja punta clavados en varios lugares del norte, y otros blancos dispersos en torno a Farat y otros puntos.

—De modo que ha vuelto a producirse el desastre —jadeó—. ¡De nuevo los saboteadores y enemigos de la paz de mi país, introduciendo su siniestra mano en nuestros planes! Dios, mío, hermano, ¿qué dirá ahora la reina? ¿Y el Servicio Secreto inglés?

—No tenemos culpa de ello, Kasul —dijo roncamente Ahmed—. No pudimos evitarlo. Después de todo, nosotros no podíamos entrar en su base sin permiso, y Forbes y Ashton no quisieron darlo, como el propio agente Matthews te ha referido ya. Optaron porque nos quedáramos nosotros fuera, a la espera de si acontecía algo. Y de repente... todo voló por los aires, hecho añicos. Era nuestra última esperanza, Kasul...

—La última esperanza... —repitió el primer ministro, abatiendo de un manotazo los alfileres blancos sobre el mapa en relieve—. ¡Así harán con nosotros los leales al coronel Ormara! Es el desastre, Ahmed. Y el desastre de Inglaterra también. Aunque pidamos ayuda

urgente, no habrá remedio. Ya es demasiado tarde...

Muy cerca de ellos, varios jefes del Estado Mayor de Kandastán, seguían atentamente por radio las noticias. De pronto, uno de ellos lanzó una imprecación y se volvió en redondo.

—¡Señor, señor! —llamó al primer ministro. Su voz era agitadísima—. ¡Excelencia, escuche esto! ¡Notifican de radio nacional en Passha, que Zuhar, Sanghoa y Nabat-Fazzen, están sufriendo un terrible bombardeo con proyectiles dirigidos británicos y norteamericanos, y los rebeldes huyen a la desbandada, abandonándolo todo!

—¡Imposible! —aulló Ahmed Zabad, palideciendo. Corrió a la radio, escuchando la voz del locutor que estaban captando por los potentes receptores del Palacio Presidencial.

—... Y también se nos notifica desde el «Punto R» de las armas teledirigidas británicas en territorio kandastaní —seguía el locutor— que el coronel Ormara no es el cabecilla de la sublevación, ya que, bajo nombre supuesto, está encerrado en las mazmorras de la prisión militar, por un traidor a la causa de nuestro primer ministro, Kasul Zabad.

Ahmed Zabad cambió una mirada de estupor con Matthews. El inglés estaba lívido, sus manos temblaban y el bastón taconeaba, nervioso, en tierra. Kasul miró a su hermano con vivo asombro.

—¡Eso ha de ser una falsa información! —gritó el primer ministro—. ¡No es posible!

—¡Claro que no es posible! ¡Yo vi volar hechos añicos esos proyectiles, hermano! ¡Y Ormara no puede estar donde dicen...!

—Sabes muy bien que es así, general Zabad. Que Ormara es tu prisionero y que algo os ha fallado, y el enemigo está siendo vencido. ¡Todo os ha fallado, traidores!

Kasul se volvió en redondo, con una interjección de asombro. Matthews, estremecido de horror, gritó, retrocediendo ante la visión que ofrecía la cortina alzada del gabinete presidencial.

Allí, junto a *sir* Horace Leighton y un alto, rubio joven de aspecto yanqui, ¡pudieron ver, como resucitados, a Denise Dauphine, a Forbes, a Pierce... y a Steel!

—¡Traidores! ¡Son traidores a Kandastán y a Inglaterra, hermano! —gritó, desencajado, luchando con su propio estupor, el general Zabad—. ¡Ese hombre es Peter Steel, un traidor, y no

Johnny Ashton, como pretende ser!

Kasul no sabía qué pensar, cuando Nelson Matthews menos sereno que el general oriental, perdió el control de sí mismo. Extrajo su automática, apuntando sobre el grupo de ingleses.

No llegó a disparar. Esta vez Peter Steel logró su objetivo antes. Y lo hizo con una mueca dura, violenta, implacable.

No era un compatriota, ni un excamarada. Matthews era el traidor que trató de presentarle a él como tal, que mató a Betsy, a Dauphine... Disparó sobre él un segundo antes de que Matthews pudiera hacerlo.

Le clavó dos, tres proyectiles en el vientre. Le vio retroceder, tosiendo espasmódicamente, doblóse y, sin poder mantener el equilibrio sobre su pierna postiza, rodó de bruces, sobre su propia sangre. Balbució, mirando con un ojo dilatado y horrible a Peter:

—Te... odio... maldi... to...

Luego, su cabeza chocó en tierra, quedando inerte.

Un silencio denso, violento, se había hecho en la estancia. *Sir* Horace, avanzando con firmeza, señaló a Ahmed Zabad.

—Es hora de dejar las máscaras, excelencia —habló a Kasul—. Vuestro hermano es el traidor que provocaba el levantamiento. Tenemos pruebas. Y el testimonio de mis agentes. Ormara está realmente cautivo, bajo nombre supuesto. Celda 193, nombre, Hassan Raj. Ése es el coronel Ormara, al que pretendía culpar. Hemos ido deprisa, en cuanto Peter Steel, mi mejor agente, me reveló todo.

—¡Es falso! ¡Hermano, no les creas! —gritó Ahmed, con gesto terrible—. ¡Además, ellos tuvieron que morir en el dique! ¡Ésos son falsarios!

—No somos falsarios, Zabad, y tú lo sabes —Peter habló, sobre su humeante automática, sujetando contra sí a Denise, pálida pero serena—. Nos dejaste condenados a una muerte cierta, sí. Pero no sabías que el juego de *sir* Horace era más hábil que el tuyo. Sembró tu camino de engaños y trampas para hacer caer al traidor, y lo logró. Aquella base sumergida, no era el «Punto R», sino un lugar donde estaban los proyectiles falsos, vacíos, sin carga explosiva ni mecanismo de lanzamiento.

—¡Mentira! ¡Todo voló por los aires!

—Pero no por vuestra conexión eléctrica, sino porque *sir* Horace

os vigilaba de cerca, desde el interior de la base sumergida. Le bastaba poner en contacto para estallar, unas minas o explosivos en la superficie del pantano. Esa explosión haría volar todo, mostraría los supuestos cascos de los falsos proyectiles... y entretanto, los túneles donde nos dejasteis, situados no en el agua, sino *debajo del dique y del agua*, socavado en la tierra, y lejos de todo efecto explosivo, quedaban al margen de la hecatombe fingida, que sólo destruía instalaciones inútiles. En realidad, calculasteis mal la profundidad del refugio, porque los ascensores señalaban una velocidad y profundidad distintas en su recorrido, que sólo *sir Horace* conocía. Nos engañó también a nosotros, y pensamos llegado el último momento. Cuando todo estalló, nos quedamos indemnes, salió *sir Horace* y nos libertó, ordenando, por radio, a la auténtica «Base R», situada en un lugar muy diferente, el bombardeo de las ciudades ocupadas. Nosotros informamos de todo y ahora Ormara está siendo liberado, y él mismo se cuidará de hablar en público y revelar a los necios tu plan, impidiendo la guerra que ibas a emprender contra la raza blanca, Zabad, y contra tu propio hermano.

Kasul miraba con estupor a su hermano. En su gesto adivinaba que la acusación de los ingleses era cierta. Que el traidor de Kandastán era el general Zabad, de su propia sangre.

—Lo siento, hermano —dijo con voz ronca, al final—. Pero hay que saber perder.

Antes de que nadie pudiera evitarlo, había extraído su machete del correa. Peter se dispuso a apretar el gatillo, para matarle. No hizo falta. El machete cayó, con bárbaro valor, sobre el corazón del militar kandastaní.

Se desplomó sin vida, a los pies de su hermano. Sin un gemido, sin una queja.

—Era un canalla —dijo fríamente Steel—. Pero también un valiente.

Luego, su mirada fue con asco a Matthews, el traidor. Ése, ni siquiera había sabido morir como tal.

—Creo que Kandastán se ha salvado —suspiró *sir Horace*—. Y también todo Asia...

CONCLUSIÓN

—¿Ya de regreso a Europa? —preguntó *sir* Horace a Peter Steel, en el aeropuerto de Kandastán.

—Sí, *sir* Horace. No me gustaría seguir en este país, mucho tiempo más.

—Diga mejor que prefiere ese avión... porque la señorita Denise Dauphine se va en él —sonrió el viejo jefe del Servicio Secreto inglés.

Peter sonrió a su vez. Agitó una mano, mientras subía la escalerilla, y respondió, antes de entrar en el aparato:

—Tal vez, *sir* Horace, tal vez... Peter Steel, el difunto, tienes ganas de volver a vivir...

—¿Y... de volver a amar? —dijo con ironía el anciano.

—Es posible. Amar y vivir casi constituyen una misma cosa.

—Pero si Denise y usted se casaran, perdería a uno de los dos, estoy seguro...

—No, *sir* Horace. Si ella y yo nos casamos algún día... ¡nos perderá a los dos!

Rió, agitando de nuevo su mano, y se metió en el plateado pájaro que le llevaría a París.

Sir Horace, ceñudo, le vio pasar tras las ventanillas... sentarse junto a una, la que ocupaba el bonito perfil rubio de Denise Dauphine.

Meneó la cabeza con pesar.

—Claro que se casarán —gruñó. Y añadió, encogiéndose de hombros—: Bueno, después de todo, no puedo exigirle ya mucho más al agente Steel. Él, a fin de cuentas, está oficialmente muerto... ¡y si quiere volver a vivir, tiene derecho a ello!

Escupió a tierra irritado. Pero cuando el avión remontó el vuelo, perdiéndose en el azul del cielo asiático, hacia Occidente, *sir* Horace Leighton agitó su mano en despedida cordial y deseó, entre dientes,

de mala gana:

—¡Feliz futuro, muchachos! Y gracias por todo, Peter Steel...

Después, emprendió el regreso hacia una capital de Kandastán en paz...

FIN

Jerry Dunlap iba a cometer una traición a su patria si entregaba aquellos documentos a los alemanes. Necesitaba dinero para salvar su reputación y no se detuvo ante una acción que podía reportarle funestas consecuencias...



MARK HALLORAN

es el celebrado escritor, autor de este magnífico relato, titulado:

PERFUME DE POLVORA

¡Una larga sucesión de monstruosos crímenes, cometidos por dos organizaciones que perseguían el mismo fin: adueñarse de unos documentos que podían variar, en pocos días, el rumbo de la guerra!

Perfume de pólvora

Otro éxito más en la ya larga lista de
COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Haga reservar hoy mismo su ejemplar!

¡Aparecerá dentro de siete días!

Precio de venta: **6 ptas.**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
707 — María Nieves Grajales
TU, MI REFUGIO

COLEC. "MADREPERLA"
603 — Matilde Redón
AVENTURA EN LA INDIA

COLECCION "ROSAURA"
547 — Jesús Navarro
LA PASION DE SU VIDA

COLECCION "AMAPOLA"
434 — Corín Tellado
EL Y EL OTRO

COLECCION "ALONDRA"
368 — Celia Bravo
APASIONADA

COLECCION "CAMELIA"
399 — María Dolores Acevedo
LA BODA DE REBECA

COLECCION "CORAL"
184 — Corín Tellado
LA SOMBRA DE OTRO
AMOR

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
648 — Fidel Prado
AMIGO DE LA LEY

Col. "SERVICIO SECRETO"
512 — Donald Curtis
EJECUCION

COLECCION "BUFALO"
345 — Orland Garr
DESTINO: LONELY TOWN

COLECCION "CALIFORNIA"
192 — A. Rolcest
LA HIENA RONDA EL
"VIVAC"

COLECCION "TEXAS"
213 — Clark Carrados
SOGA ROTA

COLECCION "COLORADO"
137 — M. Lafuente Estefanía
FEDERAL VENGADO

COLECCION "KANSAS"
103 — M. Lafuente Estefanía
ERAN TRES COBARDES

Col. "HEROES DEL OESTE"
85 — M. Lafuente Estefanía
LA LEY DE LA ARENA

COL. "ASES DEL OESTE"
55 — Keith Luger
EL RESUCITADO

Las obras más selectas, los autores más populares
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



La colección del **HOMBRE MODERNO**

Aprenda a vivir mejor,

**a conocerse,
a dosificar
sus esfuerzos,
a sacarle a la vida
el máximo provecho.**

**UNA COLECCION INTELIGENTE
QUE RESUELVE LOS PROBLEMAS
QUE PLANTEA LA VIDA MODERNA**

**COMO VIVIR
365 DIAS AL AÑO
ARTRITIS Y
SENTIDO COMUN
EL ARTE DE DESCANSAR
NUESTRO PRIMER HIJO
BAJAR ES FACIL
VIVIR MEJOR
VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS
COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA
INGLES PRACTICO**

COLECCION

IBIS

¡Extraordinaria!

LA COLECCION MAS LEIDA
EN TODOS LOS PAISES DE
HABLA HISPANA

temas

CULTURALES
RELIGIOSOS
DE AVENTURAS
FEMENINAS
INFANTILES, etc.

**100 TEMAS APASIONANTES
en los
100 TITULOS PUBLICADOS**

**250 ilustraciones
en cada volumen**

PRECIO: 30 PTAS.

COLECCION

HISTORIAS





**LAS MEJORES
OBRAS DE AYER
Y DE HOY**

**de la literatura
universal**

RECUERDE ESTA COLECCION:

JOYAS LITERARIAS

Y ESTOS TITULOS:

NO SERAS UN EXTRAÑO

GUERRA Y PAZ

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

LOS HERMANOS KARAMAZOV

LA MONTAÑA DE PLATA

E X O D O

Editorial Bruguera, S. A.
BARCELONA

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Bocayá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMÁ.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.
- PERU:** Victor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MON-
TEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 173 - CARACAS.

★ ★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★ ★



Paul Newman

N.º 1103

La más sensacional revelación del cine americano después del fallecido James Dean. Está casado con la actriz poseedora del *Ukear* Joanne Woodward. Ha protagonizado junto a Elizabeth Taylor "La gata sobre el tejado de zinc caliente".

Foto WARNER



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

